FRAY MOCHO



"DE SANGRE TORERA"

Por EMILIO RIVAROLA

N.° 692

FRAY MOCHO

Año XIV — Buenos Aires, 28 de julio de 1925 — Núm. 692

Cómo Napoleón estuvo destronado y muerto durante doce horas

(Ilustración de Rojas)

De todas las aspiraciones que pusieron en peligro el trono de Napoleón, ninguna más insensata ni más próxima a conseguir sus resultados que la del general Malet. Aprovechando la ausencia del emperador y las nuevas desastrosas que llegaban de Rusia, Malet, sin ningún plan premeditado, sin dinero, casi sin cómplices, tentó un atrevido golpe de estado. Al principio todo marcha a pedir de boca: el ministro de policía es arrestado, los conspirados celebran ruidosa asamblea en el salón municipal... ¿Ha llegado acaso el fin del poder napoleónico? El siguiente relato, que condensa esta extraordinaria aventura en todos sus detalles, hará penetrar a los lectores en los secretos de este episodio, al que bien puede considerársele como una chirinada trigicómica.

Los pensionados de Dubuisson

Los prisioneros políticos, que existían hacia fines del primer imperio, en la casa de salud del doctor Dubuisson, situado en el barrio de San Antonio, acostumbraban reunirse a la noche, después de cenar, en un gran salón separado del comedor por grandes arcadas, con vistas a los jardines.

Entre ellas se encontraban el abate Lafon, un meridional, en otros tiempos apóstol de la chuanería bretona, encarcelado por haber promulgado en nombre del Papa, una bula de excomunión contra el emperador, y el ex general de brigada Claudio Francisco de Malet, promotor de continuas conspiraciones contra Bonaparte, enconado, ambicioso y decepcionado.

Partida de ecarté histórica.— Un castillo de naipes simbólico.

Una noche del mes de septiembre de 1812, mientras que sus compañeros hacen la digestión entre cabeceos y sueños tranquilos, Lafon y Malet, en el silencio del salón, envuelto en penumbras juegan su acostumbrado partido de ecarté.

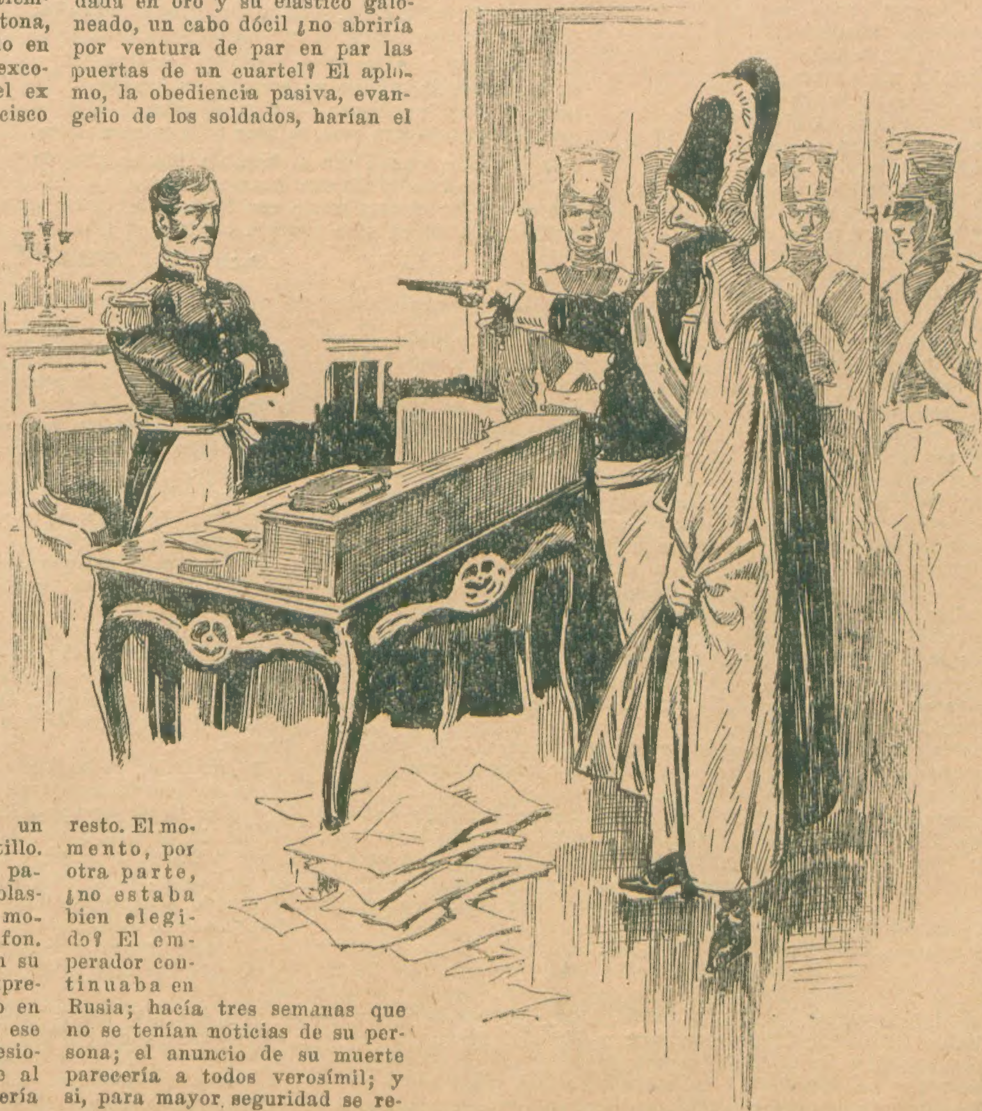
Terminado el juego, el general se entretiene mecánicamente, con el espíritu muy lejos de aquel lugar, en construir un castillo de naipes que el abate mira con una singular sonrisa, dibujada en sus labios pálidos y finos. Apenas terminada la construcción, que el general concluye con cuidado, retirando prudentemente las manos para no desmoronarla, Lafon, con un ligero golpe, deshace el frágil castillo.

El general entonces pierde la paciencia: en sus labios vibra una blasfemia que retiene y con un brusco movimiento de cabeza, interroga a Lafon. Este sonríe. Hay tanta malicia en su mirada, tan intencionada es su expresión, mientras que sigue dibujando en la carpeta el gesto causante de ese desmoronamiento, que Malet, obsesionado por su idea fija, comprende al fin, en un instante. La socarronería de su compañero vale por un apólogo: ese castillo de naipes, es el imperio, el imperio inquebrantable en apariencia, pero de una fragilidad inconcebible, hasta el punto que un soplo en la base bastaría para desmoronarlo...

Entre conspiradores.—Todo está previsto. — Plan de una atrevida simplicidad.

Cuando se encontraron completamente solos, hablaron.

¿Malet, no era acaso general? ¿No había conservado su uniforme? Al solo aspecto de su casaca bordada en oro y su elástico galoneado, un cabo dócil ¿no abriría por ventura de par en par las puertas de un cuartel? El aplomo, la obediencia pasiva, evangelio de los soldados, harían el resto. El momento, por otra parte, ¿no estaba bien elegido? El emperador continuaba en Rusia; hacía tres semanas que no se tenían noticias de su persona; el anuncio de su muerte parecería a todos verosímil; y si, para mayor seguridad se refuerza la noticia con la lectura de un mensaje del senado-consulto, convenientemente preparado...



El general Malet, sintiendo quemársele las sienes, dejaba hablar al abate. A medida que éste exponía sus ideas, todo el plan de una gigantesca conspiración se elaboraba en su espíritu. Las objeciones se presentaban, es cierto, numerosas: pero Lafon tenía respuesta para todo.

El abate conocía en el jardín, al término de un muro que cerraba la huerta, una puerta de servicio; nada más fácil que tomar el molde de la cerradura y procurarse una llave falsa.

¿Quién serviría de correo al general? El abate recibía a veces la visita de un joven sargento de la guarnición de París, llamado Rateau, cuyos padres había conocido: Rateau obedecería ciegamente.

¿Y el texto apócrifo del mensaje del senado-consulto, la proclama que se leería a las tropas, el decreto anunciando la muerte del emperador y la constitución de un gobierno provisorio? Era preciso una mano hábil para transcribirlos, la mano de un desconocido... Lafon todo lo ha previsto: Bontreux se encargará de esto. Bontreux es un estudiante de derecho, pobre e inteligente, de buena pasta, muy necesitado y él responderá de su discreción.

La evasión durante la noche. — Un hermoso sueño en la mente y doce francos en el bolsillo.

Es jueves 22 de octubre. Malet cenó como de costumbre, con Lafon y otros detenidos.

Sin alterar en lo más mínimo sus prácticas de todas las noches, hacia las 9 se retiró a su aposento. Lafon se unió a él más tarde: entre los dos revisaron por última vez los decretos, las proclamas y el mensaje del senado-consulto, luego encerraron todos esos documentos en una cartera de aspecto oficial.

Afuera todo era silencio; la casa ya estaba envuelta en las sombras. Paso a paso, no sin cierto temor, Lafon y Malet atravesaron el jardín y, dejando a la derecha los tres pabellones donde velaban los guardianes de los pensionistas, alcanzaron la poterna de la huerta. Ya están afuera.

El general hace su composición de lugar; tiene doce francos en el bolsillo; con este viático parte a la conquista del poder supremo.

La espera en la casa del callejón Saint-Pierre

La ruta es larga: fué necesario caminar más de una media hora antes de llegar a la plaza de la Bastilla. Después penetraron en la calle Saint-Pierre, donde en medio de dos casas altas y ennegrecidas por la acción del tiempo, se iniciaba lo que se conocía con el nombre de callejón de San Pedro, una especie de corredor obscuro en una de cuyas casuchas vivía el monje Caamano. Allí Malet iba a constituir el centro de sus primeras operaciones.

Cuando entró seguido de Lafon, en el tugurio del monje, Bontreux se encontraba esperándolos. Como se había convenido, éste había trasladado al-



gunos días antes de la calle de la Universidad, donde vivía la señora Malet, el uniforme de general, su elástico galoneado y su espada. El sargento Rateau llega casi en seguida. Vistió rápidamente su uniforme de subteniente, que se le había preparado, admirándose de su ascenso inesperado. Recibió la palabra de orden: "conspiración".

Una vez endosado el uniforme de general, Malet reveló a sus compañeros la muerte del emperador y la constitución del nuevo gobierno cuyos decretos y primeras resoluciones, él estaba encargado de ejecutar.

Hubo un ligera refacción, mientras esperaban que terminase la lluvia. Malet se levantó de la mesa, ciñó su espada, se alzó el cuello y descendió la escalera. Rateau le seguía con su flamante uniforme de ayudante de campo; después Bontreux, con una levita azul con vistas negras, ostentaba en el ojal una escarapela tricolor, porque en este drama que empezaba, él tenía señalado el papel de comisario de policía.

Lafon, que al principio vacilaba, se decidió por fin a seguir a los militares; bien abrochado su redingote, su sombrero redondo echado sobre los ojos, los alcanzó en la calle Saint Gilles. Malet y sus acólitos marchaban con paso de vencedores.

El instante crítico—Coloquios misteriosos—A paso redoblado

El abate vió desde lejos a sus tres cómplices avanzar hasta el cuartel donde se alojaba la décima cohorte de la guardia municipal. Un corto coloquio se celebra con el cabo de guardia, al que Malet le ordena conducirlo hasta su coronel. Este vive en una casa cercana. El soldado, sin vacilación, toma una linterna y precediendo al general, va a llamar a una puerta que se abre al instante.

Era el momento crítico. Lafon palpitándole apresuradamente el corazón, la garganta seca, hace esfuerzos inauditos para permanecer tranquilo. Se guarece en la esquina de la calle, detrás del semicírculo de una puerta. En frente se levanta la capilla de las Anunciadas. Allí encontrará el abate un buen refugio si la puerta no está cerrada. Tiembla al menor ruido, pronto a desaparecer al primer alerta, por una carretera abandonada que se divisa a través de unas huertas, en dirección a Charonne.

Pero nada hace temer el menor peligro. Un hombre acaba de salir de casa del coronel y ha corrido hacia el cuartel, donde entra a prisa.

En fin, ahí está el general en persona con porte conquistador, que llega seguido por Bontreux y Rateau; los tres franquean el patio del cuerpo de guardia; algunas órdenes breves, ruidos de armas, y en seguida la voz cascada de un capitán leyendo el mensaje del senado-consulto. Lafon conoce bien esta proclama; sigue la lectura acompañando algunas frases que llegan hasta él.

"Ciudadanos, Bonaparte ha muerto! El tirano ha caído bajo los golpes de los vengadores de la humanidad..."

Ninguna protesta: las tropas acogen la noticia con un mutismo absoluto. ¿Por qué han de dudar? Desde hace veinte años la Francia vive de lo imprevisto y pasando sucesivamente por golpes como ese.

Todo está consumado. Se ha ganado la partida: el castillo imperial va a ser desmoronado con milagrosa facilidad.

Los prisioneros puestos en libertad—El prefecto de policía en la cárcel

A la distancia, como un simple curioso que pierde el tiempo, el abate sigue a los soldados. En la calle San Antonio, esquina de Balais, la tropa hace alto y descansa. Una sola compañía sigue hasta la prisión de la Force. Malet va a abrir las puertas de esa cárcel a dos de sus antiguos camaradas: el general Guidal y Lahorie, detenidos hace largos meses por conspiraciones contra el emperador. La operación se ejecuta con precisión militar; el conserje para salvaguardar su responsabilidad, reclama una orden concreta del ministro de policía, pero Malet contesta:

¡Responderéis con vuestra cabeza de toda dilación!

Reunidos Guidal, Lahorie y Malet, éste expone:

El emperador ha muerto, un nuevo gobierno acaba de constituirse, es preciso obrar en el acto. El general, conduciendo a sus dos compañeros frente a las tropas, les entrega solemnemente las órdenes del senado, en sobres lacrados, para que las ejecuten sin dilación; él mismo ha sido encargado del comando general de las fortificaciones; parte en dirección a la calle Sain Honoré, al frente de una sola compañía, mientras las otras cuatro, al mando de Guidal y Lahorie, a quienes acompaña Bontreux, irán a ocupar la prefectura y el ministerio de policía. Detrás de éstos Lafon, con aire más resuelto, sigue sus pasos.

A las siete se presenta el batallón de Lahorie en casa del prefecto de policía, Pasquier, que sorprendido, arrancado a su toilette, aturdido por los golpes que recibía, queda provisoriamente encerrado en sus habitaciones, bajo la vigilancia de un piquete, a la espera de su traslado a la Force, que no se demora mucho tiempo.

Bontreux se instala en el gabinete jefatural; una compañía queda de guardia en el palacio; se da la orden de no dejar salir a nadie. En menos de un cuarto de hora también este asunto queda despachado. Lafon, continuaba en observación sobre los muelles: vió que Lahorie y Guidal volvía a ponerse al frente de las tropas y se dirigían al muelle Malaquais donde estaba el ministerio de policía.

Rumores inquietantes. — El plan empieza a trastornarse

El abate Lafon lleno de cuidado vuelve al muelle y se decide a llegar hasta la plaza Vendome. Allí está la sede del gobierno militar y Malet hace tiempo que debe de haber tomado posesión de él.

La plaza está rodeada de tropas y el tránsito está interrumpido. Lafon a duras penas llega hasta la puerta del palacio. Sin designar ningún nombre, por prudencia, pregunta por el "comandante de las fortificaciones" Su actitud parece sospechosa: se le detiene bruscamente y se le conduce hasta la guardia donde un oficial le interroga.

—Vengo—dice Lafon con tono humilde—a preguntar por un pariente que tengo en el ejército de Rusia; no sé cómo hacer para saber sus noticias.

El oficial murmura algunas palabras ininteligibles. Después le dice que vuelva otro día. Lafon saluda apresuradamente y sale, contento de haber escapado a una nueva prisión.

Era ya tiempo, porque la conspiración acababa de fracasar.

Detención de Malet. — Altercados y desórdenes.—Escenas tragicómicas

Después de haber expedido diversas órdenes desde las fortificaciones, Malet se había dirigido hasta la comandancia general para arrestar al general Hulin, quien le opuso seria resistencia. Malet le apunta con su pistola, la que no hace fuego, lo que valió a Hulin, el ser bautizado por los pilluelos de París: el general tragabalas. Penetrando en seguida en el estado mayor, Malet encuentra en la escalera al ayudante Laborde con quien tiene viejos rencores que ventilar.

—¿Qué hacéis ahí?—le grita.—Yo había enviado órdenes para que os presentaseis a la guardia detenido.

—Esa orden no puedo acatarla, si no proviene de mi superior—responde Laborde.

—Conducidme a la presencia del coronel Doucet.

Al mismo instante, éste apareció en el descanso de la escalera. Malet lo interpeló:

—Coronel, os había ordenado hacer arrestar a Laborde. ¿Por qué no habéis cumplido la orden?

—¡Pero, si no os conozco—interrumpió el coronel—y en cambio me sois sospechoso!

—Está bien. Os arresto.

Y Malet quiso una vez más hacer jugar el gatillo de su pistola, pero, advirtiendo su intención, Doucet se le echó encima aprisionándolo entre sus brazos.

Al grito de: ¡a las armas!, los dragones de guardia corrieron hasta allí. Con ellos llegó por casualidad un inspector de policía, Pasques, que reconoció a Malet, por haber estado bajo su vigilancia. Este último gritaba desesperado, procurando desasirse de las manos que lo sujetaban.

—Tendrá funestas consecuencias para vosotros este arresto de mi persona!

Pero fué desarmado, atado con cuerdas, amordazado e incomunicado, mientras que el inspector Pasques corría en busca de informes.

Hubo entonces en el París oficial un sacudimiento tragicómico, una indecible confusión.

Sólo, la emperatriz, en esta extraordinaria jornada, no salió de su estado de inconsciencia.

—¿Qué queréis que se pueda hacer a la hija del emperador de Austria? —respondía a los que llegaban presurosos a su lado a hablarle de sorpresas y de atentados. Era ella muy cercana pariente de María Antonieta para tener el derecho de temblar por lo que había de sobrevenir!

A las tres de la tarde todo había vuelto a su orden en París.

Catorce condenados a muerte. — Fin heroico de Malet

El 27 una comisión militar se constituyó en tribunal, y dos días después dió su veredicto y falló condenando a catorce de entre los veintiocho acusados. Malet hizo recaer sobre él solo la responsabilidad de la conspiración, afirmando que todos los otros le habían obedecido de buena fe. Como los jueces insistiesen para que revelase el nombre de sus mismos, si hubiese obtenido el éxito.

Al día siguiente del juicio, seis fiacres condujeron los condenados a la explanada de Grenelle, sitio ordinario de las ejecuciones militares. Malet murió heroicamente: había cómplices, respondió:

—La Francia entera, y vosotros quedado solo, en pie, entre los cuerpos de sus compañeros destrozados por las balas y como oyera gritar: ¡Viva el emperador! tuvo fuerzas para responder:

—¡Tu emperador está herido de muerte como yo!

Y cayó bajo el fuego de una segunda descarga.

El suicida de los bosques de Fontainebleau

Todos los que habían tomado participación, conscientes o no, en la conspiración, acababan de expiar su crimen o su torpeza. Solamente el abate Lafon permanecía en el misterio.

Las pesquisas continuaban todavía, cuando el 7 de noviembre, llegó a la prefectura de policía un parte que causó gran conmoción. En el bosque de Fontainebleau había sido descubierto un ahorcado y sus señas correspondían a las del abate Lafon.

El 9 de noviembre, el cadáver del ahorcado había sido transportado a París, y el director de la casa de salud, donde Lafon había estado detenido, fué invitado a reconocer el cadáver. En el acto Dubuisson declaró que el suicida era el mismo Lafon.

Más tarde se comprobó secretamente que Lafon no había muerto: aquel cadáver era el de un pobre médico que se suicidara por deudas.

El honor de la policía se encontraba comprometido. El gran recurso en casos semejantes consiste en callarse y dar por terminado el asunto: así el abate Lafon fué declarado muerto oficialmente.

Dos años más tarde, cuando cayó el imperio, en medio a los realistas que habían acudido para protestar de su fidelidad a los Borbones, se encontraba un hombre cuyo nombre provocó unánime sorpresa. Era el abate Lafon, en carne y hueso. Salía de un colegio de Louhaus, donde había encontrado asilo el mismo día en que se había impartido la orden de su prisión. Con el mismo ardor con que había procurado ocultarse, se mostraba ahora, proclamando bien alto su papel en la conspiración de Malet.

Bajo el nombre de Memorias, escribió para el rey un relato de esta heroica aventura: publicó después una segunda edición, cuando como un rayo, estalló esta temible noticia: la vuelta de Napoleón de la isla de Elba.

El abate entró a la Trapa. La Trapa esta vez fué la Suiza.

La mariposa ilusionada

A mademoiselle Jeanne Moine.

¿Fué acaso alguna espina o el perfume aspirado,
la causa de su muerte, de su fugacidad?
Los ojos que la vieron olvidarla no pueden...
Jardinero: tú sabes que es la pura verdad.

Esa tarde — la última — tuve un presentimiento,
un mal presentimiento de transitorio amor;
y así fué: por la noche lo supe; al día siguiente
la hallé con las alitas rotas junto a una flor.

Para mí desde entonces la fortuna no tiene
más que la movediza transparencia de un tul
en cuyo irreal encaje se abre un iris de ensueño:
Símbolo de una barca de oro en un lago azul.

La juventud lo sabe y, no obstante, persiste
en su mundano orgullo ya trocado en desdén
hacia el artista anónimo — poeta, escultor, músico —
que, incapaz de otra cosa, se hace un hombre de bien.

Por eso hoy, como nunca, bajo la blanca pérgola
cubierta de rosales de este hermoso jardín,
me estaré en el crepúsculo con los ojos en éxtasis,
mientras la malquerida canción toque a su fin!

Santos AGUILERA.

RETRATOS EN CUADROS

Cuéntase de Leonardo de Vinci que, cuando estaba pintando su famosa "Cena", los monjes del convento de Santa María de las Gracias, iban a molestarle a cada momento recomendándole que tenía que terminar el cuadro para fecha fija. Uno de ellos, sobre todo, se hacía notar de tal manera por su impertinencia, que llegó a cansar al artista, y éste, en venganza, reprodujo su fisonomía en la figura de Judas.

El caso no es único en la historia de la pintura. Miguel Angel, en el fresco del "Juicio Final" de la Capilla Sixtina, pintó un réprobo al que los demonios torturan con singular refinamiento. El infeliz condenado es el retrato de un cardenal, gran enemigo del florentino.

Casi en nuestros días, Horacio Vernet, hizo algo parecido en su gran cuadro de la "Smalah de Abd-el-Kader", que se conserva en el Museo de Versalles. Entre las numerosas figuras, se ve la de un ladrón que huye llevándose una bolsa de dinero. El pintor, furioso contra un banquero célebre que influyó para que le pagasen por su cuadro menos de lo que valía, quiso vengarse dando sus facciones al merodeador.

Pero no hay que creer a todos los artistas animados de tan vengativos sentimientos. Muchos son los cuadros célebres cuyas figuras son verdaderos retratos de personas muy conocidas, que en la mayoría de los casos eran amigas, protectoras o parientes del pintor.

Los Médicis, reyes magos

Los artistas italianos siguieron por mucho tiempo la costumbre de retratar a sus Mecenas. En la "Adoración de los Magos", de Botticelli, se ve el establo de Belén invadido por una multitud de grandes señores florentinos, entre los cuales sobresale el gran banquero Cosme de Médicis, su hijo Pedro el Gotoso, Lorenzo de Médicis, y hasta el pintor mismo. En otro cuadro del mismo asunto debido a Gozzoli, vuelven a aparecer entre los magos, los Médicis, juntamente con el cardenal Salviati y el emperador Paleólogo.

Leonardo de Vinci, que tan cruelmente se burló del fraile de Santa María de las Gracias, supo halagar a León X, pintando a su cuñada como Santa Catalina leyendo junto a la Virgen. El cuadro se conserva en el Museo de San Petersburgo.

Nadie ignora que Rembrandt y Rubens tomaban por modelos a sus mujeres. Rembrandt, que se casó dos veces, inmortalizó sucesivamente a sus dos esposas, Saskia y Henrickie. Sabido es también que en el cuadro de Rubens titulado "El jardín del amor", figuran los retratos de la Calderona y de su hijo.

En 1629, Carlos I de Inglaterra encargó a Rubens un San Jorge, y el pintor no encontró mejor manera de agradar al monarca que dar su fisonomía al santo, y la de la reina a Cleodelinda. En un cuadro de Lebrun, representando la Resurrección de Cristo, que existe en el Museo de Lyon, se ve el retrato de Luis XIV, con su peluca rizada y todo.

Rafael se pintaba a sí mismo en casi todos sus cuadros. En la "Disputa del Santo Sacramento", el famoso artista y su colega el Perugino aparecen como dos obispos.

Los retratos de las salas Borgia

Las pinturas místicas que adornan las salas Borgia en el Vaticano, constituyen una verdadera galería de retratos debidos a la maestría del Pinturicchio. Sobre una puerta, se ve la célebre "Madona del Bambino", que no es otra que la bella Julia Farnesio; en la escena de la Resurrección, aparece el Papa Borgia, y en el magnífico cuadro representando la "Disputa de Santa Catalina y del emperador Maximiano", se ven retratados César Borgia, su hermano Juan, vestido a lo oriental, y caballero en blanco corcel, la célebre Lucrecia Borgia, el hermano de Bayaceto, Andrés Paleólogo, Rafael, Volaterrano, Maquiavelo y muchos otros personajes ilustres de aquel tiempo. El mismo Pinturicchio, en sus frescos de las Artes Liberales pintó al elegante latino Pomponio Leto, fundador de la Academia Romana, al Perugino, a Miguel Angel, a Copérnico y a Leonardo de Vinci.

No menos célebres son los cuadros que Pablo Veronés pintó tomando como asunto el milagro de las bodas de Caná. En el que se conserva en el Museo del Prado, de Madrid, el personaje que está en pie a la izquierda, con una capa verde, como recitando un epitalamio, es el mismo Veronés. Francisco I de Francia vuelve la cabeza para escucharle, y entre los sirvientes que hay a la derecha aparece un personaje calvo con barba negra y ojos saltones, que no es otro que el pintor Juan Bautista Maganza. Otro cuadro del mismo asunto hay en el Louvre, donde el Veronés aparece tocando la viola, su hermano Benedetto Caliari en pie y con una copa en la mano, y más lejos el emperador Carlos V, la reina Leonor de Francia, el sultán Solimán y el célebre Aretino, disfrazado de mayordomo.

Algunos casos modernos

Muchos pintores modernos han seguido este ejemplo. Entre los cuadros más célebres en Chantilly, figura un San Huberto, por Baudry, en el que aparece el patrón de los cazadores con la cara del duque de Chartres, y su paje con la del duque de Orleans cuando era un muchacho.

En el Panteón de París, se puede ver un friso representando el triunfo de Clodoveo, admirablemente pintado por Joseph Blanc; si se mira con detenimiento el grupo de personajes que rodean al célebre jefe franco, se descubre en ellos a Clemenceau como un guerrero herido, a Gambetta en traje de catecúmeno, a Pablo Bert como obispo y a Coquelin convertido en monje. Es un friso histórico bajo todos los puntos de vista.

Hasta los Humbert, aquellos famosos Humbert que tanto dieron que hablar con su "coffre fort", han sido inmortalizados en un cuadro titulado "El matrimonio de Ana de Austria", que unos atribuyen a Roybet y otros a Federico Humbert. Es un verdadero retrato de familia, que a falta de otros hubiera podido tener su utilidad en su día.

Para terminar, debemos hacer mención de un caso español, el de Velázquez, que como no ignoran todos los iniciados en el arte, además de retratarse en "Las meninas", dió sus propias facciones a uno de los soldados que figuran en "La rendición de Breda", más conocida con el nombre de "cuadro de las lanzas".

Breve historia de una mirada

Buen rato hacía ya que Elvira, la cortesana elegante (que en tiempo no lejano había sida una habilísima ratera de tiendas, pero "regenerada" por un sujeto, que no tardó en abandonarla a su suerte, se conformó con ser una "buena" cortesana), sentada en una mesita del café "León", aún vacío de público, sentía una extraña fascinación ante la "mirada" del enorme y maravilloso brillante que se ostentaba, como un reto luminoso, en la fina corbata de seda azul del "hombre rico", que se hallaba sentado en una mesa próxima, frente a ella, con la mirada perdida en un punto vago.

El hombre rico no tenía, para Elvira, más que un solo ojo provocante que le llenaba la mirada de luces sensuales como las que enciende el deseo en las pupilas de los seres ardientes.

Y ese ojo fúlgido—el brillante—burlón y terrible incautaba, poco a poco, su mirada: sus otro cuatro sentidos (el gusto, el oído, el olfato y el tacto) desaparecían de su ser, rápidamente.

La orquesta (una lánguida orquesta de señoritas anémicas, mal pagadas y sin novio) sonaba un vals lento: Elvira no lo oía.

El humo de un riquísimo chocolate espeso, subía desde la fina taza de porcelana, en ondulaciones casi serpentinas, amorosamente, hasta la nariz de Elvira: Elvira no sentía ese perfume.

En sus dientes en movimiento, se desmenuzaba un terrón de azúcar que sus dedos habían metido, maquinalmente, en su boca: Elvira no "gustaba".

Sus manos largas y sensuales yacían, inmóviles, sobre la mesa de mármol: Elvira no sentía el contacto frío.

Todos sus sentidos se habían unificado en su mirada, o, mejor dicho, en su mirada dormían, latentes, sus otros cuatro sentidos.

Su rostro palidecía de amor: de un amor sincero e imperioso que se desenroscaba de sus ojos como una serpiente de luz que escuchaba el "rumor silencioso" de la "llama fría", interna del brillante que se acercaba y se enroscaba en él, que lo olía como un perfume enervante y que lo gustaba en un supremo deleite como un manjar prohibido...

Las señoritas anémicas, en trance de beso, habían dejado de tocar. El chocolate se había enfriado lentamente. Elvira continuaba en su actitud como el ave fascinada por un reptil. (¿Qué mujer no es un poco pajarillo ante la serpiente tentadora de una alhaja artísticamente expuesta en una vitrina?)

El "hombre rico" se despertó de su ensimismamiento y dejó caer, como quien deja caer una limosna, su mirada hacia la mesita donde se encontraba Elvira. Los ojos de la cortesana, brillantes de codicia, se le antojaron (¡Oh ingenuo Don Juan!) codiciosos de su tipo de hombre bien plantado. Con un elegante movimiento se alzó de su asiento y acercóse a ella. Este movimiento del hombre, como un relámpago que corta una visión, cortó la dirección de la mirada de la cortesana que por primera vez se orientó hacia los ojos del hombre.

El fulgor del brillante que se ostentaba en la corbata del "hombre rico" se había comunicado a los ojos de Elvira.

—Me gustas—dijo él, imperativo, fascinado por el brillo de los ojos de Elvira.

—¡Soy tuya!—dijo ella, fascinada por la mirada... del brillante.

—¡Ven!—dijo él.

—¡Voy!—respondió ella.

(Por la rápida decisión de ambos bien se ve que él se había fascinado con la mirada brillante de ella, y ella se había enloquecido con el "brillante" mirar de él).

.. ..

A la mañana siguiente el "hombre rico" se despertó en su lecho, con la cabeza aún pesada por los vapores del opio que contenía el cigarrillo que le hizo fumar la cortesana... y ratera, en un intervalo de amor.

Sobre la mesita de luz se ostentaba una carta. El hombre rico se apoderó de ella, y leyó el contenido que decía:

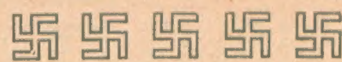
"El brillante de tu corbata me "miraba" demasiado en el café, y yo me enamoré de él, perdidamente; perdóname que lo haya preferido a ti... Si tus ojos hubieran sido "brillantes"... ¡entonces!... pero, ¡ay! tú tenías un solo poder para fascinarme: el ojo de tu brillante... Y ahora, ¡ay de mí! has quedado ciego. Abur, amigo mío..."

El "hombre rico" lanzó una carcajada sonora.

.. ..

En el compartimiento del vagón que le llevaba lejos del peligro de la policía, Elvira comprobó—¡oh la mueca de rabia!—que el brillante, magníficamente engarzado del "hombre rico"... era falso.

Mayorino Ferraria



Mañana de invierno

Pajarillo mío,
anoche ha nevado...
¡Y el invierno helado
te ha muerto de frío!

Ya no oiré tus cantos
siempre cristalinos;
ya no oiré tus trinos
que eran mis encantos.

¡Pobre mi ventana
que fué, sin reparo,
tu asilo y amparo
en cruda mañana!

Eran cual trasuntos
de fieles auroras,
las rítmicas horas
que pasamos juntos.

Alegres cantares
tu pico gorjeaba,
mientras yo rimaba
versos y pesares.

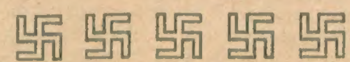
Todo ha fenecido
desde esta mañana,
pero mi ventana
guardará tu nido.

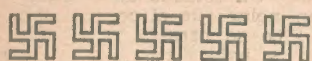
Has volado al cielo,
pajarillo santo,
con el dulce llanto
de tu "violoncelo"...

Pajarillo mío,
anoche ha nevado...
¡Y el invierno helado
te ha muerto de frío!

Ricardo H. [illegible]

Inglaterra, 1925





Pecadora

Mujer extraña y trivial,
mujer de alma desigual
pródiga en odio y amor
que brindas la miel fatal
de tus panales en flor.

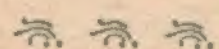
¿Por qué la ironía cruel
con hiriente cascabel
clava tu loco reír?
¿por qué me embriagan de hiel
tus pupilas de zafir?

¿Por qué el perlado crisol
de tu insólito llorar
va a empañar el arrebol
con que te ha besado el sol
en tus mejillas de azahar?

¿Por qué en tu rostro gentil
no mora el gesto sutil
y grato de Pompadour,
de la galana febril
que vendió su honra al azur?

Es que malvada y mujer
tu vanidad fué a caer
con tu cuerpo en el fangal,
y eres mala sin querer
y eres buena haciendo mal.

Salvador ORÍA.



Acuarela

El horizonte colora
una amplia franja rojiza,
mientras la sombra agoniza
en los flancos de la aurora.

Junto al arroyo que llora
y ante el sol que se desliza,
su silueta patentiza
poco a poco, una totora.

Se despereza el desierto
al estallar el concierto
de la luz que se derrama;

y en el cáliz de una rosa,
se mece una mariposa
como un pétalo hecho llama.

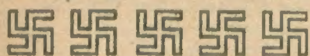
Leopoldo VELASCO.

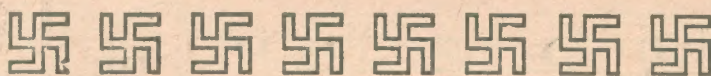


Comparación

Angustiada por mi suerte,
me preguntas con terror
por qué es que siempre a mi amor
lo comparo con la muerte.
Si tras inútil rogar,
no hallo más que juego esquivo,
yo que sólo por ti vivo,
con qué lo he de comparar...
Si tanto verme sufrir,
no me has de compadecer,
qué otra cosa puedo hacer
que amarte más y morir.
Si muero de verte ingrata,
cómo quieres que no acierte
a comparar con la muerte
lo mismo que así me mata.
Cómo hallar mejor idea,
si me parece más blando
morir que vivir amando,
por más que esto morir sea.

Leopoldo LUGONES.





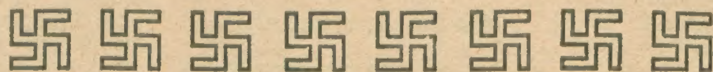
Lo pasado no vuelve

Lo pasado no vuelve. Si hemos hecho algo útil y noble, mejor. Si no hemos hecho nada que valga la pena, peor. Pero, detenerse en la plañidera contemplación de lo hecho, es perder el tiempo lastimosamente. Es dejarse llevar por estériles y pesarosas meditaciones pesimistas, por negras reflexiones o consideraciones sentimentales de tardío arrepentimiento y dolor. "A lo hecho no hay remedio, y a lo por hacer consejo". Este refrán es una sentencia profunda. Nos enseña la conformidad que se necesita en lo que ya se hizo, cuando salió mal, y la prudencia y prevención con que se debe obrar en adelante. Tenía sobrada razón Alberdi al decir que la experiencia es provechosa, pero llega siempre tarde. Y la experiencia no es más que el conocimiento práctico, que sólo se adquiere de lo que aprendemos, vivimos y estudiamos. Por eso, si es posible, hay que adelantarse, hay que anticiparse. No se puede hacer otra cosa ni más.

"No nos dediquemos con tanto ahinco a recordar dolores antiguos, en vez de soportar con entereza los presentes, ha dicho Goethe. Pensar en lo que ha sido, es perecer, es dejar de ser, es morir. Si lo pasado nos ha enseñado algo bueno, provechoso, digno de atención y examen, tengámoslo en cuenta. Aprovechemos, para bien del alma, sus saludables enseñanzas, sus fecundas lecciones, sus grandes ejemplos para imitarlos y seguirlos. Pero, nada más. No perdamos el tiempo en llantos inconducentes, en reflexiones estériles, en vanas sutilezas. Miremos siempre adelante, más allá. No desandemos lo andado. El "hoy" nos debe preocupar e interesar vivamente. Pensar en el presente y tener en cuenta el futuro. Mas pensar en el pasado, ese retroceder, es volver hacia atrás. Recordar el pasado, sus hombres ilustres y eminentes, las grandes e inmortales obras del género humano, las que han pasado las fronteras, en sus altas concepciones de la Ciencia y el Arte; admirar sus actos sobresalientes; inspirarse en sus hechos más notables de acción intrépida, de labor bienhechora, e iluminarse en sus gestos dignos y ejemplares, en sus ideas generosas y elevadas. Pero olvidar el presente, el ahora, es cometer una necedad. El ayer es una cosa muerta. Fué. El hoy es lo único que vive latiente, vivificante, entusiasta, fuerte. Es. Bien dice Romain Rolland: "Lo pasado tuvo su belleza, pero lo porvenir está pletórico de esplendor y de infinitas fuerzas".

La vida corre con velocidad impetuosa. Querer detener su curso sería, no imposible, sino inútil y vano empeño. Tengamos plena conciencia de la hora y del tiempo en que vivimos. Nuestra obra —cualquiera que sea su naturaleza— debe inspirarse en las múltiples y complejas necesidades de ahora. Nuestra acción debe responder a los sentimientos, deseos y aspiraciones de la época actual, si no queremos ver esterilizados nuestros esfuerzos o fallidas nuestras iniciativas. Hay gente que prefiere el pasado al presente. Son los que siguen siendo hoy lo que fueron ayer. No cambian. No se mueven. Permanecen estáticos. Ni su capacidad, ni su educación, ni su cultura, ni su conducta ni nada indica que se ha producido algún cambio, que han evolucionado progresivamente. Siguen siendo los mismos. Viven de lo pasado, deseándolo a toda fuerza nueva. Son los que no reconocen otras razones ni otras voluntades y energías que las que les dicta y marca el ayer. Es el pasado que vive en el presente. Esas personas no descubren ni son capaces de descubrir horizontes nuevos, ni ven otra cosa que lo que tienen en sus narices. Padecen de cortedad de alcances. Vivamos divorciados del pasado. No miremos, descorazonados y amilanados, lo que queda a las espaldas. Amemos con todas nuestras fuerzas el presente. Trabajemos hoy, en la hora actual, sin desmayo, sin trepidar, con ahinco y fe. Interesémonos, también, por el futuro, lo por venir, sin hacernos muchas ilusiones sobre él, porque lo que no está en nosotros está lejos, y no hay porque forjarse esperanzas que podrían llegar a no realizarse. No por eso dejemos de vivir serenos, despojando de necias preocupaciones, contentos y satisfechos con nuestro modo de ser. No debe impacientarnos el futuro ni ha de tener la virtud de hacernos perder los estribos. Tratemos de ser alguien y no alguna cosa, sobreponiéndonos siempre a las pequeñas miserias de la vida diaria, de esta vida breve y efímera. Mientras tanto, apartemos las piedras que pudieran ponerse en nuestro camino, los impedimentos, los estorbos, que no han de hacernos variar de ruta ni torcer el sendero trazado. Para ello, contemos con una voluntad firme e inquebrantable, la profunda convicción de la bondad de nuestras ideas y ideales y una fortaleza de ánimo que sólo da la belleza y nobleza de los sentimientos elevados, de las ambiciones grandes, de los deseos sagrados y de los pensamientos bañados en las fuentes de la verdad, del amor y de la sinceridad.





Blasón

Este es el pueblo heroico y peregrino
que con su espada fatigó a la tierra
y abrió surco en el mar; pueblo de guerra,
de casta hidalga y de blasón latino.

Leyó en los astros su imperial destino,
subió a la cumbre, traspasó la sierra,
y aun forzó el alto término que cierra
de la humana ambición todo camino.

Pueblo orgulloso, apasionado y fuerte,
o batalla sin pulso y sin medida
o se abandona a la pereza inerte.

Nunca acertó a vivir: es un suicida
que, abrasado en las fiebres de la vida,
para saciar su sed busca la muerte...

Ricardo LEON.



Una canción de la muerte

La Muerte en su palacio prodigioso,
de luna viste nacarino manto,
su cetro agita con un sol glorioso,
y toca a un niño que al sentir su canto

acrece su frescor de vida en berza,
tiembla al impulso de la savia ruda,
y en su vibrante carnación desnuda
luce la Gracia transformada en Fuerza.

Y poniendo dos alas en su espalda,
en sus mejillas arrebol de aurora,
y en sus ojos cambiantes de esmeralda,
dice al niño la pálida Señora:

—"Que haya en tu ser lo dulce y lo potente
mezclando la violencia a lo sereno;
voz armoniosa con fragor de trueno,
mar impetuoso con rumor de fuente.

Vibra cual arpa en que la vida cante,
y sé nota y lamento, llanto y risa,
luz apacible, hoguera devorante,
rudo huracán y refrescante brisa.

Quita a la voz del ruiseñor dulzura
turbándola con indecibles celos,
y a los rugidos de la fiera, vuelos
de canto infunde al destilar ternura.

Trastorna así la gran naturaleza,
y resume en tu nota o en tu grito,
con impasible anhelo de Infinito
la aspiración divina a la Belleza.

Haz que los cuerpos con las almas, lazo
forjen tan hondo, que al sentir tu arcana
voz vibrante de fuerza soberana,
busquen la paz en mi supremo abrazo.

Mira la luna de mi manto, y vuela
con el sol de tu cetro de fulgores;
y en lo profundo de las almas riela
cual astro de invisibles esplendores.

Al enseñar la cumbre o el abismo
con tu flecha flamígera o graciosa,
ten la fuerza del águila, y al mismo
tiempo el voltear de leve mariposa.

Recordando mi lúgubre vivienda
evoca alegre mi semblante serio,
y en tu voz, en tu espíritu, en tu venda,
semilla oculta de mi gran misterio.

Y como el beso de mi ser no olvida
que tiene fin lo que en fulgor se enciende,
forja sin tregua renovante vida
y así mi imperio colosal extiende.

¡Va pues; anima con sagrado aliento
toda la luz que lo viviente crea;
y que oponerse a tus embates sea
como construir una prisión al viento!"

¡El ágil niño abandonó el palacio
de aquel sepulcro donde fué su cuna,
y alegre y triste se lanzó al espacio,
y el sol en su alma se mezcló a la luna!

Angel de ESTRADA.



Porcelana alemana de antaño y hogaño

Por el doctor HOFMANN

Un alemán fué quien logró descubrir en Europa el secreto de la porcelana, Boettger, boticario y alquimista en Dresden, guiado por los experimentos de Tschirnhaus, eminente científico especializado en la cerámica, consiguió realizar esta invención. La primera fábrica europea de porcelana fué la de Meissen, fundada en 1710. En aquella época de afición a la porcelana del Oriente asiático revistió el descubrimiento una gran importancia artística y económica. No obstante las medidas que se tomaron, cundió rápidamente el secreto, primero en Viena y Venecia, y no hubo con el tiempo príncipe alguno que no quisiese buscar en una fábrica de porcelana la panacea para sus aprietos económicos y un "atributo brillante de majestad". Porque, durante todo el siglo XVIII eran casi únicamente los príncipes los dueños de esta manufactura. Muchos entre ellos, deseosos de ver un éxito inmediato, cayeron en las redes de impostores que pretendían haber dado con la llave del secreto, pero que en realidad no solicitaban más que su conveniencia y lucro. Consiguió, sin embargo, la mayor parte de los soberanos establecer talleres cerámicos, si bien después de grandes desengaños y trabajos. El segundo tercio del siglo XVIII es el período clásico de la elaboración de porcelana en Alemania.

El gran vuelo que alcanzó allí y en toda Europa el nuevo arte no obedecía únicamente a motivos de prestigio económico y palaciego; el brillante y alegre rococó no podía hallar mejor material que la porcelana para petrificarse. No es, pues, de extrañar, que al expirar el estilo por los años de 1770, pasase con él la época del florecimiento de la manufactura cerámica.

Las fábricas más importantes de aquel siglo eran Meissen en Sajonia, de la que arriba se hizo mención y donde Kaendler, excelente artista, dió durante 50 años las directrices; Frankenthal, creación del elector palatino Karl Theodor; Nymphenburg, propiedad del elector bávaro; Ludwigsburg, de los duques de Wuerttemberg; Hoechst del Main, en los dominios del Arzobispo de Maguncia. En el Norte de Alemania sólo existen Fuerstenberg y Berlín; ambas fábricas deben su existencia a los esfuerzos personales del Gran Federico. En la Turingia y al fin del siglo nacen varias fábricas pequeñas, cuyos elaborados tienen un sello democrático, puesto que sirven más al uso doméstico que a las finalidades del arte. En Austria se acercaba la manufactura vienesa a la cumbre alcanzada ya por Sajonia.

Los trastornos políticos al terminar el siglo XVIII, el cambio de la situación cultural y económica y la preponderancia conquistada por la loza, dañaron grandemente la industria de la porcelana. Los tiempos del primer Imperio en los comienzos del siglo XIX, vieron un nuevo, pero corto florecimiento del arte, particularmente en el estilo de las vasijas; este movimiento ascendente quedó limitado a algunas fábricas.

Transcurrieron casi cien años de un decaimiento y una paralización sin igual, hasta que al finalizar el siglo XIX comenzó a levantarse poco a poco la industria de la porcelana y a recuperar su fuerza de acción al mismo tiempo que los mercados. Es característico que las nuevas corrientes de simpatía no se originaron de las innovaciones técnicas y artísticas, sino de la inclinación manifiesta hacia el arte del siglo XVIII.

Muchas fábricas florecientes entonces habían desaparecido: Frankenthal, Ludwigsburg, Hoechst y otras. Las antiguas fábricas de Meissen, Berlín, Nymphenburg y algunas empresas pequeñas en Turingia habían podido sostenerse en medio de las fluctuaciones; otras fábricas nuevas nacieron a fines del siglo XIX, especialmente en la Baviera nordoriental, donde están los yacimientos de caolín más ricos del país; a la cabeza de estas obras se halla la fábrica de Selb. Viena aparece también de nuevo entre las fábricas de la actualidad.

Después de muchos ensayos han adoptado casi todos los talleres cerámicos alemanes una orientación moderna, acomodación que fué seguramente difícil para las viejas fábricas de Berlín, Meissen y Nymphenburg. Organizadores de la talla de Pfeiffer en Meissen, Baeuml en Nymphenburg, Toepfer en Volkstedt, Rosenthal en Selb y otros más, han laborado con éxito en pro del renacimiento de un fino arte cerámico.

Pudo la mayor parte de las empresas alemanas de hoy continuar la gloriosa tradición, pero no lo hizo simplemente en lo relativo a pormenores de la creación artística, más bien se abstuvo al espíritu y a la cultura de la época dieciochesca, con muchos de cuyos lazos empalma su producción.

Repugna al alma de la porcelana todo lo que trasciende a modernismo abstracto, a exagerada actualidad, parece que el material no ha podido perder el contacto con el siglo de las pelucas empolvadas. Pero, lo dicho no quiere patrocinar la ciega imitación, pues no hay nada más feo y risible que ese "estilo original rococó", cuya vaciedad de expresión únicamente puede superarlo la tosca puerilidad de sus formas. La medida de las figuritas, cuya largura no debe pasar de una tercia, y el canon de las formas más adecuadas para la vasija, ambos establecidos por las necesidades de la práctica, no se pueden desatender sino en casos excepcionales.

Pónganse en parangón la plástica cerámica del tiempo viejo y la del moderno y se encontrará verificado lo que hasta aquí llevamos expuesto.

Con facilidad podrá verse en estas comparaciones que las formas y el estilo, a pesar de la búsqueda hacia lo nuevo, evocan el espíritu del rococó con tanto mayor provecho cuanto menos intencionada es la reminiscencia. Deliberadamente nos abstenemos de emitir juicio alguno y de alabar una fábrica con desmedro de las demás. Sólo pretendemos dar en los clásicos ejemplos del siglo XVIII una medida para que el lector pueda juzgar independientemente las cualidades artísticas de las modernas creaciones.

Estas se han escogido entre aquellas que ostentan íntimos nexos con el estilo del siglo XVIII, aunque la primera impresión sea aparentemente moderna. Tal base es de seguro la más favorable para un desarrollo fructífero, pues es riquísima en encantadoras combinaciones.

La plástica, las vasijas y los artefactos pueden en la cerámica moderna hallar otras modalidades de expresión artística según tres principios.

Ya hemos hablado del uno, de la servil imitación del rococó; esta vía es improductiva y no merece el nombre de arte; causa escalofríos el solo pensar en los trabajos de ese "segundo rococó", mentirosa continuación del verdadero. Tampoco creemos viable una segunda posibilidad también mencionada arriba: el atrevido modernismo; no tendría resultado estable.

Pero, no podemos menos de aprobar las tendencias nacientes en las antiguas fábricas, las que con cuidado indecible y una exactitud cuasi científica copian las obra del siglo XVIII, del siglo de oro del arte cerámico, obras que fueron las que asentaron la fama de esos talleres. El estudio de estas copias — perfectos sustitutos de los originales — fecundará así nuevas concepciones.

Animales que nunca tienen padre

Gran número de especies de cinífidos a los cuales pertenecen los cínifes o mosquitos de trompetillas, parece, según las últimas observaciones, que han abandonado por completo la generación sexual. No hacen más que una cría al año, y todos salen hembras que luego se reproducen por partenogénesis, año tras año, indefinidamente, sin que jamás se presente ningún macho.

Este fenómeno de la partenogénesis se puede producir artificialmente. Hay algunas especies de mariposas cuyos huevos basta sacudirlos o tratarlos durante muy poco tiempo con algún ácido, para fecundizarlos sin intervención de macho.

Existen varias especies de animales, tanto insectos como crustáceos, que no se les conoce macho, y, sin embargo, viven y se reproducen indefinidamente sin que haya conjunción de sexos. Verdad es que este asunto ha sido estudiado poco tiempo y por escaso número de observadores, y que donde no se creía encontrar machos se han presentado éstos al fin y al cabo, pero cuando se observan doce mil individuos de una misma especie sin encontrar ninguno del género masculino como ocurre con el "Cynips kollari", puede considerarse la reproducción bisexual casi nula por su escasez. Además, todas las especies puramente partenogénicas parece que subsisten y florecen con no menos vigor que aquéllas donde hay reunión de sexos.

Coincidencia

Por Elena DELLEY

—Estoy muy impresionado esta noche—dijo Claudio volviendo el rostro hacia su amigo Francisco—. Me agitan dolorosos presentimientos. Ya sabes lo escéptico que soy; ver trece convidados o que la sal se derrame en la mesa, no me hace pensar en la muerte; pero hay momentos en que ciertas coincidencias me horrorizan, pues veo en ellas la fatalidad.

Era la noche obscura. Claudio y Francisco caminaban lentamente por un estrecho sendero bordeado de espeso matorral. A su espalda, árboles enormes extendían sus ramas nudosas y las hojas oscilaban al empuje del viento.

—Buena idea hemos tenido en salir—dijo Claudio—. Hace una noche muy agradable.

En ese instante, Francisco oprimió suavemente un brazo de su amigo:

—¡Mira!—murmuró—. ¡Mira!

Ante ellos, a la altura de su cabeza, se balanceaba un objeto negro.

—¡Oh!—exclamaron con voz ahogada.

Envalentonado por el silencio, con gesto rápido, Francisco se atrevió a tocar el objeto negro que aparecía ante ellos: era un saco enganchado en las ramas del árbol.

—¡Qué tontería! — exclamó queriendo sonreír.

Y continuaron el paseo; pero un miedo extraño les dominaba.

Y pensaron entonces que se hallarían mejor en su casa, cerca de la lumbre, abrigados los pies en confortables pantuflas.

Pero ni uno ni otro quería ser el primero que propusiera la vuelta a casa.

—El caso es—dijo Claudio—que no he terminado lo que te estaba diciendo...

—¿Qué cosa? ¡Ah, sí! Lo de las coincidencias.

Claudio prosiguió:

—No leo nunca en los diarios las páginas de avisos. Hoy, no sé por qué, mientras mi esposa terminaba su 'toilette", llegó a preocuparme uno de los enigmáticos avisos personales que leí varias veces. Decía así: "Le esperaré esta noche, donde usted sabe. El pobre no volverá."

Almorzamos y olvidé las misteriosas frases. Pero, al levantarme de la siesta, volví a recordarlas netamente. Y pensando sobre lo mismo con involuntaria tenacidad, no sé cómo vino a mi imaginación el nombre de Jorge, nuestro vecino, que fué siempre excesivamente obsequioso con mi mujer. Y escudriñando en mis recuerdos, hallé sospechosa la conducta de ese hombre. Le recibo en mi casa porque es mi vecino y tuvo la habilidad de hacer que le invitara, pero uno a otro no nos profesamos una gran simpatía.

Esta noche debía venir, como otras veces, a jugar al bridge, pero esta tarde me dijo mi esposa:

—El señor Jorge no vendrá hoy. Ha avisado que se encuentra indispuesto.

Entonces tomé el periódico. Las mortificadoras frases se destacaban a mis ojos entre las columnas de líneas, y más que las otras, una palabra, una sola palabra: El pobre...

Claudio miró cara a cara a Francisco:

—¿Qué piensas tú de esto?

—Yo... la verdad... No sé. Pero si tenías un presentimiento, ¿por qué has salido de casa esta noche?

—Si yo debo morir, ya podía haber cerrado a piedra y lodo la puerta de mi casa; o refugiarme en el café más concurrido, o rodearme de detectives; todo sería inútil: la ley fatal se cumpliría. Moriré cuando haya llegado mi hora.

La espesura cubría casi el estrecho sendero. Francisco caminaba detrás de Claudio. De pronto, se oyó como un cuerpo que caía, ruido breve de lucha, el crujir de las ramas rotas. Después, una sombra se precipitó hacia adelante, mientras retumbaba un grito sordo que parecía venir del fondo del barranco...



Sarmiento

BIOGRAFÍA EN ANÉCDOTAS

Lo tengo tan presente, que me parece estarlo viendo. Era presidente cuando una noche salió solo y en cabeza, de su casa particular de Buenos Aires, a comprar en una farmacia próxima pastillas de goma, de las que era muy goloso, cuando un tropel de compadres de varita, que pasó a su lado y el mío, le armó un titeo bárbaro, porque... porque sí... de gusto. Verlo e írmeles al humo, fué la misma cosa. ¡Sinvergüenzas!

Cuando me di cuenta completamente de la cosa, no atiné a contar los machucones y arañazos que tenía. Como buen redentor, estaba crucificado.

El viejo luchador me tomó a sus órdenes, desde entonces. ¡Qué buen señor! En la isla del Carapachay, bajo las palmeras, me tiene contados más cuentos!... Y luego, tenía unas salidas... La primera que le conocí, fué la de llamarme Juan, siendo así que sólo respondo al nombre de Roque. Como le replicase, me dijo que había tenido un vasquito, Juan, a su servicio, a quien quería mucho, que se había muerto en sus brazos, por más señas, y cuya grata memoria evocaba llamando con la misma palabra a todo fámulo que le tocaba en suerte.

Entre cuento y cuento, yo colegí después—cuando hube hecho la digestión de su trato—que era hombre como no se estilan ahora, esto es: entregado en cuerpo y alma a la cosa pública.

No he conocido persona que leyera más ni mejor; bien que, de chico, todo lo leía, y en San Bernardino, en la Asunción del Paraguay, enfermo y octogenario, andaba con los libros a las vueltas...

¿Que tenía mucho genio?... De veras, y condiciones de mando, no se diga. Entre órdenes y réplicas, enseñó no bien salido de la escuela a reproducir lo impreso, a zagalones mucho mayores que él, de esos de cuerpo atrofiado por la falta de ejercicio, a quienes miraba tamañitos... ¡Qué mucho que mirase ya entonces como asunto serio, el gobierno de los pueblos!

Y, a poco, publicó "El Zonda"... Así me contaba que le fué: como el viento de ese nombre hacer suele, le dió buenos dolores de cabeza. Más: y no lo fusilaron, por Benavides: y no lo degollaron, por los Andes, que, a fuerza de corer, puso de por medio...

Con qué gracejo me contaba que en Chile fué minero, preceptor, periodista, y gran amigo del presidente Montt, a quien, parece mentira, ayudó a subir!

Al fundar el primer diario en Santiago, lo hizo con López, Mitre, Posse... ¡contra Rosas, contra Rosas y contra Rosas!

Con la pluma que escribió el "Silabario", grabó "Facundo" y "Recuerdos de provincia", de prisa, de ocasión, para su defensa, para darle al tirano en la cabeza, legando a la literatura nacional, de paso, sin sospecharlo, páginas modelo de buen decir, y al mundo, una idea acabada de nuestra manera de ser social.

Me olvidaba decir que, alejado de Santiago con el pretexto de estudiar la educación común en Norte América, creció a la vuelta en su odio a las polleras masculinas, ya fuesen chiripá o sotana, hasta el extremo de anatematizarlas como reos de lesa civilización, de lesa patria.

Ya en el terruño, hizo maravillas periodísticas en el ejército grande que mandó al diablo a Rosas; no dándose sosiego hasta que no produjo el "11 de Septiembre" contra Urquiza—contra el cintillo punzó—quien le obligó a expatriarse al Brasil, para no usarlo.

En ese tiempo fué que le dió contra los postes de las calles de la ciudad, y a favor de los que debían formar los cercos de los campos, abiertos, como decía, a la pereza, al robo, a la montonera.

Fué gobernador de su provincia, de su San Juan. En la aldea colonial pasó a del Carril—su paisano—en eso de las reformas, pues llegó a arrancar de manos de la iglesia el camposanto, que cambió en cementerio-jardín, como transformó una capellanía en quinta normal; una iglesia a medio concluir, en escuela completa, y una propiedad de "manos muertas", en vivísima escuela de niñas—echando al suelo un cacho de convento, para dejar pasar la calle que se había permitido atajar...

Que dió nueva organización a la policía, a la justicia, a la administración—no se diga; por cierto que, de reflejo, imprimió un movimiento al pueblo nunca visto.

Realizó imposibles, como correr a Saá, primero, y luego al Chacho, ¡con unos cuantos paisanos asustadizos!

Por supuesto, entre otros, los ignorantes y los clérigos le hacían una guerra a muerte, levantándole historietas que no son para repetirlas de inverosímiles. Ejemplos: que en la escuela Sarmiento, un paisano había visto al gobernador y a sus amigotes, convertidos en semicaballos, azotando a Nuestro Señor Jesucristo; que ese mismo gobernador, otras veces, convertido en murciélago, chupaba la sangre a las mujeres piadosas; que...

Esto otro lo dijo el padre Reta, en plena iglesia, a la luz del día, predicando, so pretexto de San Ramón, el odio convenido contra Sarmiento: Que era masón, y que, como todos los masones, Sarmiento tenía cola; un rabo, como Lucifer, así de largo, así...

Claro, no faltó quien le fuera con el chisme al gobernador, el cual viendo en la calle a fray Reta, le invitó, señalándose el lugar donde termina el espinazo, a cerciorarse de lo del rabo, repitiéndole hasta tres veces: "¡Venga, padre, y cerciórese!" a lo que, por cierto, no accedió de buenas el invitado.

Cuando dejó el gobierno, ¡ah!, como cuando se pierden los bienes, comprendieron los sanjuaninos amantes del progreso de su tierra, lo que habían perdido.

Y así, sin reparar en la opinión ajena más que lo justo, este hombre singular, tan complejo en todo, llegó por ese camino, el de su consagración por entero a la patria, pero de lleno, sin vueltas, a serlo todo, hasta ser presidente de la República, a la cual, como a su San Juan, y contra viento y marea, dotó de lo que constituye una nación moderna, con la visión clarísima de su porvenir, que ya tocamos y que aprovecharemos debidamente—niños para quienes me he llamado Roque un momento—sino descuidamos el cumplimiento de nuestros deberes de buenos argentinos, sin cuidarnos para nada de que nos asegure alguno que tenemos cola.

Digámosle, cuando más, como el gran argentino cuya figura destaca más y más el tiempo: Venga, padre, cerciórese...



—¡Claudio! ¡Claudio!... — llamó Francisco.

Sólo le respondió el eco.

Entonces apartó las ramas de los matorrales con el oído atento al menor ruido. Al levantarse, el viento le arrebató el sombrero. Y horrorizado, sin atreverse a volver la cara por temor a que algún fantasma surgiera de entre la arboleda, volvió a repetir con voz ahogada:

—¡Claudio!

El prolongado silbido del viento contestó a la llamada: a lo lejos, se veía una sombra negra que se alejaba...

Y sin aliento huyó de aquel lugar. Al llegar ante la casa de Claudio empujó la verja del jardín.

Al ruido, una joven acudió seguida de Jorge. Francisco, con el rostro lívido, castañeteándole los dientes, los miró un segundo y penetró después en la casa, dejándose caer en un sofá como un hombre borracho.

A la mañana siguiente encontraron a Claudio muerto en el fondo del barranco.

La senda por la que tranquilamente caminaban la noche anterior los dos amigos, estaba al borde de una cantera cortada a pico y disimulada por los matorrales. Cómodo le fué a la justicia atribuir el hecho a un accidente.

Pensamientos

Es propio del poeta verdadero creerse un poco profeta, y después de todo, ¿no tendrá razón? Todo grande hombre se siente providencia, porque se siente su propio genio.

El libro amigo es como un ojo abierto que la muerte misma no alcanza a cerrar, y en el que se hace siempre visible, en un rayo de luz, el pensamiento más profundo de un ser humano.—Guyau.

LA SUERTE

Un cuento de

J. H. ROSNY

Según la cuenta de Amadeo Renoux, su fortuna se elevaba a veinticuatro pesetas y cincuenta céntimos, fortuna completamente negativa, puesto que debía mucho más. Era preciso tomar una determinación. Amadeo, que había empezado por malgastar su dinero, andaba hacía quince días en busca de empleo. Jamás los cuadros de empleados habían estado tan completos. ¿Cómo se las arreglaban los pobres diablos que veía a diario a la puerta de las agencias de colocaciones? Problema insondable para Amadeo. Cosa más singular todavía: un número considerable de personas que tampoco tenía empleo le ofrecía a él soberbias colocaciones a cambio de módicas cantidades.

Estos misterios, como es consiguiente, impulsaban la fe de Amadeo hacia esa diosa vaga e inquietante a quien llaman la "Suerte"; pero, sin duda, la encantadora deidad guardaba sus preferencias para las gentes que no tienen necesidades, porque Amadeo veía todos los días a compañeros y condiscípulos suyos de desahogada posición económica asistidos constantemente de su generosa protección. Estos amigos, cuando Amadeo les exponía sus cuitas, se reían de él y le preguntaban si sus estudios le daban aptitudes especiales para la venta de cueros o para dedicarse a la importación del caucho. Amadeo, al principio, creyó demostrar gran ingenio preguntando a estos amigos si eran ellos los que poseían tales aptitudes; pero al verse dos o tres veces despedido con rudeza el pobre comprendió que la lógica que le habían enseñado en la escuela y la de la vida eran dos cosas perfectamente diferentes. La suerte no se discute: se tiene o no se tiene; pero como de todos modos hay que disponer de tiempo para esperarla, la situación de Amadeo era cada vez más penosa y más inextricable.

Al principio pensó en matarse, como todos los desesperados; pero luego decidió aplazar el suicidio para cuando, rehecha ya su fortuna y harto de placeres, la vida le pareciera insoportable.

Su única ocupación segura era la de contar por la mañana lo que le quedaba en los bolsillos; y hecho esto se lanzaba a la calle. Este paseo matinal le encantaba. París no tenía el aire desapacible, y las personas que se dirigían a sus ocupaciones lo hacían con tal desenfado, que era cosa de creer que las colocaciones abundaban y que no había más que bajarse para encontrar una. A la vista de tanta gente que circulaba en carruajes elegantes o en "autos" lujosos, Amadeo apenas se atrevía a creer que su bolsa estaba vacía y que era punto menos que imposible que se llenara. La suerte le parecía una diosa llena de misericordia; tenía fe en ella, y respiraba mejor.

Aquel día su fe era grande. Presentía que iba a sucederle algo extraordinario. Sintió que una mano se posaba en su hombro. Se volvió. Dos hombres gruesos y sonrientes le rogaron que evitara toda resistencia y los siguiera hasta la próxima Delegación de Policía.

En otro tiempo Amadeo se habría sublevado contra estos falsos modales caballerescos; pero en los últimos meses había reflexionado mucho, y además se decía que los caminos que conducen a la suerte son impenetrables, y que únicamente es digno de la fortuna el que se entrega a ella sin condiciones.

El comisario le interrogó y dispuso al fin carearle con la persona que lo había denunciado. Amadeo se vió frente a una linda mujercita, que furiosamente gritaba:

—¡Es él, sí; es él: lo reconozco! ¡Miserable!

Amadeo negó que fuera un miserable; pero la mujercita, el comisario y los dos agentes le probaron que la justicia social no es más comparable a la justicia de los libros que la lógica. Con esta enseñanza y algunos puñetazos de los policías Amadeo ingresó en el calabozo después de una breve detención ante un aparato fotográfico y de algunas medidas que tomaron de su nariz y de sus dedos. ¡Esto es lo que tiene el abandonarse a la suerte!

Pasó el día consternado junto a otros presos, que se reían, y que al llegar la noche se durmieron profundamente. Amadeo no pudo cerrar los ojos. Nunca como entonces se había dado tanta cuenta de que la suerte domina el mundo, puesto que la suerte, de un honrado bachiller, todo optimismo, había logrado hacer en pocas horas un miserable "apache", deshonrado para siempre. En el silencio de la tenebrosa habitación lloró su vida truncada, su juventud marchita, sus sueños perdidos.

Amaneció. Una luz opaca iluminó siniestramente el calabozo. Al cabo de unas horas los dos policías de la víspera llamaron a Amadeo para decirle:

—Parece que ha sido una equivocación... ¡Ya se le agarrará, otra vez!

Amadeo, lleno de ira, declaró que se quejaría al ministro de Justicia. Los agentes se rieron grandemente y dieron a escoger al joven entre la libertad o una nueva detención por desacato a la autoridad. Amadeo prefirió verse libre. Salió a la calle, rebosando odio contra la injusticia de que acababa de ser víctima, y marchó a su casa para redactar una denuncia en regla. En cuanto empezó su escrito se dió cuenta de lo ridículo de su situación. El ministro no lo leería y la gente se reiría de él. ¡Por unos cuantos puñetazos y una herida en su amor propio molestar a los jefes del Estado!... ¡Qué locura!... Pero lo cierto es que él sufría. La mujercita aquella era la que particularmente excitaba su ira... Que la policía se engañe y se burle del público no puede extrañar a nadie, porque es cosa corriente; pero la crueldad de aquella hermosa criatura era insoportable. Este recuerdo le arrancaba lágrimas de rabia cuando llamaron a la puerta.

Amadeo vió a la mujer que le había acusado la víspera, toda trastornada y temblorosa. No había en su mirada la furia del día anterior. De una ojeada se hizo cargo del desamparo en que vivía el joven.

—¡Soy una miserable!—dijo.

—No—contestó Amadeo.—Basta que no lo sea yo.

Y la levantó con un gesto lleno de bondad, que sedujo el corazón de la amable viuda, tan favorecida por los dones de la fortuna.

Amadeo le dijo que la acompañaría hasta su casa... Ella aceptó..., y concluyó por llevarle a la Alcaldía del noveno distrito, donde se celebró la boda con toda pompa.



Los sueños de Angélica

Por MIGUEL ZAMACOIS

Raquel Sarrasín entró como un relámpago en el salón de Angélica Fermause, quien, a punto de salir, se ponía los guantes:

—¡Mi querida Angélica!

—¡Mi Raquelita!

Ambas jóvenes precipitáronse una hacia la otra y trataron de besarse. Digo "trataron" porque sus dos sombreros se opusieron con todas sus complicaciones geométricas a un acercamiento afectuoso. Fué preciso, para que cada una lograse depositar un beso sobre la mejilla de la otra, encontrar una combinación que permitiese, como en un juego de puzzle, el encajamiento de ambos sombreros.

Una vez resuelto el problema, las dos amigas se sentaron sobre un canapé:

—¡Cuánto tiempo que no nos veíamos! ¡Desde tu casamiento!...

—¡Dos años!

E inmediatamente se lanzaron sobre el apasionante asunto de conversación:

—¿Y tu marido?

—Está bien.

—¿Eres feliz?

—Muy feliz; ¿y tú?

—Yo también; ¿y tú?

—¡Puesto que te lo he dicho! Sí, muy feliz...

—Perdóname si insisto, pero es que tus cartas, durante algún tiempo, no me han dado la impresión de una felicidad perfecta... Tú me decías que tu Edmundo te amaba, sin duda, pero que era difícil, irritable, y aún muy a menudo violento... Que te contradecía apenas abrías la boca...

—Es verdad, los comienzos han sido difíciles, a causa del carácter del Edmundo.

De un salto, Raquel se acercó a Angélica, y le tomó las manos:

—¡Oh! ¡Qué divertida es la vida!... La vida de los demás, se comprende... Cuenta... Por carta, una se ve obligada a abreviar o a "camouflear" un poco la verdad... Dime los detalles... ¡Cuéntame todo!

—Los detalles son banales. Como todos los novios, Edmundo había sido, mientras me hizo la corte, el hombre más suave, más conciliante que pueda una imaginarse; y una vez casado, sin dejar por eso de amarme, ha vuelto a mostrar su carácter natural, cuyo fondo es una inclinación casi enfermiza a la contradicción.

—¡Pobrecita!... Ya ves como no eres feliz.

—Sí, soy feliz... Soy feliz, porque las cosas han cambiado.

Un nuevo saltito sobre el canapé acercó aún más a Raquel a su amiga:

—¿Las cosas han cambiado? ¿Qué es lo que ha cambiado? ¿El carácter de Edmundo?

—¡No... felizmente!

—¿Por qué, "felizmente"?

—Porque, cuando el carácter difícil de un marido, se suaviza bruscamente, hay motivo para que su mujer se inquiete: noventa y cinco veces en cien, es que tiene algo que hacerse perdonar.

—¡Cómo has escudriñado en la psicología conyugal, amiga mía!

—¿Qué otra cosa hacer dentro del matrimonio, si una no piensa?

—Es verdad... Pero si no es el carácter de Edmundo lo que se ha modificado, ¿cuál es entonces el cambio que te ha proporcionado la tranquilidad?

—Un cambio en mi modo de maniobrar, respecto a mi marido: "Veamos, me dije un buen día, Edmundo, en el fondo, me ama, y es bueno; así pues, no faltan los recursos... Es únicamente culpa de sus nervios si la menor observación de mi parte, si la menor proposición, descargan automáticamente una contradicción, si no puedo yo avanzar una opinión sin provocar una respuesta, un considerando, una interpretación que degeneran luego en discusión... ¿Cómo remediar un estado de cosas que, a la larga, podrían trizar nuestra felicidad?"... Busqué, y he encontrado una pequeña treta...

—¡Dime de una vez tu pequeña treta!

—Muy sencillo; desde hace algún tiempo, no ceso de soñar.

—¿De soñar?

—Voy a explicarte... Antes, si, por ejemplo, hubiese yo tenido deseos de hacer un viaje a Italia, habríale dicho ingenuamente a Edmundo: "Oye, Edmundo, ¿si hiciésemos un viajecito a Italia?" ¡Adiós mi plata! Habría dado un salto y me habría respondido nerviosamente: "¿Un viaje a Italia? ¿Ahora? ¿Cuando todo sube de precio? ¡Ah! ¿Estás loca?... A fe mía, las mujeres son de una increíble inconsciencia... Etcétera, etcétera... ¡Esto habría durado un par de horas! Mientras que, cambiando de método, hace de esto dos meses, un buen día le dije con naturalidad—porque hay que ser muy ladina para servirse de mi pequeña treta,—le dije: "¡Dios mío, qué tontos son los sueños!"

—¿Tontos los sueños?, me respondió en el acto, puntualmente fiel a su manía de contradicción, no siempre... Hay sueños más curiosos, los hay muy divertidos, muy ingeniosos, hasta los hay patéticos!

—¡Oh! ¡no!, le contesté, son casi siempre estúpidos!... Un ejemplo entre mil: ¿sabes lo que he soñado anoche? He soñado que, a pesar del estado actual de los negocios, me decías a quema ropa; "¡Angélica, arregla tus maletas, dentro de veintisiete minutos partimos para Italia!" ¿No es estúpido? ¡Eso está bueno para nuestros amigos Lequeur y los Galliche, unas fantasías de ese precio!

—¡Yo no veo por qué esto habría de ser tan estúpido!, respondió con vehemencia... ¿Por qué no iríamos a Italia si nos diera la gana? ¡A Dios gracia, sin tener la fortuna de los Galliche, ni de los Lequeur, podemos en todo caso permitirnos un viajecito! ¡Y, justamente, iremos... a Italia! ¡Para que veas! ¡Y, a más tardar para Pascuas! ¡Esto te servirá de lección!"

—¡Paf! Ya estaba: había dado con el pequeño ardid!

Y desde entonces lo he usado en cada ocasión importante. La dificultad reside en la composición del sueño, pero no hay nada más divertido, pues es preciso presentar este sueño como una trampa, con un cebo apropiado cada vez al caso particular.

—¿Por ejemplo?

—Pues bien, deseaba yo este zafiro cabochón... Ya calculas tú que si se lo hubiese pedido a Edmundo... Así, una buena mañana, al despertar, le dije que acababa de tener un sueño de una rara imbecilidad: que lo había abordado sobre las torres de Notre-Dame (siempre, cuando se inventa un sueño, hay que intercalar en él, uno o dos detalles abracadabrantes para dar una impresión de sinceridad), un ladrón perseguido, quién le había ofrecido un espléndido zafiro cabochón en cuatro francos y setenta y cinco céntimos, y (no debe temerse el multiplicar las estupideces) una estampilla de a dos centavos, usada! ¡Tentado por la ocasión, se había él apresurado en adquirir el zafiro!... La cosa dió fuego; comenzó por encolerizarse, gritando que era preciso que yo tuviese, estando despierta, una pésima idea de su moralidad y de su generosidad, para que, en sueños, lo viese hacerme regalos comprados a bandidos en precios irrisorios!

Eso le trabajó, le obsesionó, le molestó tanto que, picado en lo vivo, tres días después me trajo este anillo encantador para probarme que él podía, tan bien como cualquiera, comprar una alhaja en su justo precio donde el mejor joyero de París.

No es sólo cuando deseo que se me haga algún regalo que empleo mi pequeño ardid, sino en todas las circunstancias de la vida, que merecen la pena... Es por medio de sueños hábilmente imaginados que he conseguido que fuésemos a pasar las vacaciones a Bretaña, más bien que en Normandía; como lo he hecho desistir de ponerse en verano sus horribles trajes color mostaza... Y, lo que es aún más, es así también como he logrado que sea casi amable con mamá, a quien no podía tolerar!...

—¿Cómo así?

—Una mañana, he hecho como que despertaba sobresaltada... Me di el tiempo necesario para calmar una angustia simulada, y en seguida le conté mi pesadilla: había soñado que él era el verdugo de Luis XI, y que, habiendo cogido a mamá frente al castillo de Plessis-les-Tours, habíala arrastrado de los cabellos hacia la sala de torturas, donde le había vaciado plomo derretido en los oídos, le había zafado las articulaciones y cortado la lengua!

Al comienzo, chilló que yo lo tenía evidentemente por un monstruo capaz de todos los horrores! Que, a veces, era quizá cortante con su suegra, porque esa era la costumbre, pero que estaba muy lejos de ser un malvado, etcétera, etc.... Y el resultado es que, por espíritu de contradicción y para contrariar las sugestiones hirientes de mi imaginación dormida, ahora es delicioso con mamá!

—¿No temes que se dé cuenta al fin de tu pequeño ardid?

—¡Cállate! Desde luego, soy prudente y no abuso, y, en seguida, debo al pequeño ardid este, un aumento de consideración de parte suya... Figúrate que un día fué a preguntarle a nuestro doctor si no era mal síntoma el soñar mucho. Pues bien, el doctor un viejo amigo a quien yo había puesto al corriente, le ha respondido que, por el contrario, era señal de una inteligencia superior... Lo cual le ha llamado tanto más la atención, cuanto que él no sueña jamás!

EL RADIO Y LA CATEQUESIS



—Sea usted librepensador y ácrata toda la vida; cante usted las excelencias del progreso y crea sólo en la ciencia, para que al final le larguen los sermones de los obispos por radiotelefonía.

PENSAMIENTOS Y REFLEXIONES

Toda estética es realmente, como parecían creerlo los antiguos, una música en el sentido de que es una realización de armonías sensibles entre los individuos, un medio de hacer vibrar simpáticamente los corazones, como vibran los instrumentos a las voces. Así, pues, todo arte es un medio de concordia social.

El arte del hombre como el de la naturaleza, consiste en manifestar en la gota de agua un mundo: La curruca sólo sentiría la frescura vivificante del líquido, el filósofo y el sabio percibirán en la gota de agua las inmensidades.

El genio artístico y poético es "una forma extraordinariamente intensa de la simpatía y de la sociabilidad, que sólo puede satisfacerse creando un mundo nuevo, y un mundo de seres vivos".

El gran artista, sencillo hasta en sus profundidades, es aquel que conserva ante el mundo cierta novedad de corazón y como una eterna frescura de sensaciones.

La característica del genio es, para Guyau, "una especie de visión interna de las formas posibles de la vida".

La solidaridad social es el principio de la emoción estética más alta y más compleja.

El vicio es el demonio de la pasión en un individuo; y la pasión es por naturaleza eminentemente contagiosa, y lo es tanto más cuanto es más fuerte y hasta desordenada.

La literatura de los desequilibrados no debe ser por nuestra parte un objeto de exclusiva predilección; y una época que en ella se complace, como es la nuestra, no puede por tal preferencia sino exagerar sus defectos. Y entre los más graves defectos de nuestra literatura moderna es preciso incluir el de poblar más cada día ese círculo del infierno en que se hallaban, según Dante, aquellos que, en el transcurso de su vida, lloraron cuando podían estar alegres.

GUYAU.

Una historia vulgar

Por SARA INSUA

Ante la verja trepidaba el motor del automóvil, y desde su interior, Ruiz, dueño del hotel y de aquél, me hizo un saludo con la mano. Me acerqué y abrí la portezuela. Dentro del coche, sobre una de las sillas giratorias, temblaba ligeramente una gran cantidad de flores, sujetas por sus tallos.

—¿Va usted a felicitar a alguna señora, don Julián?—le pregunté.

—A felicitar, precisamente, no; pero sí a visitar a una señora... en el cementerio.

Un poco sorprendida, y cómo buscando la explicación, fijé la mirada en la corbata azul y blanca de mi interlocutor. El respondió a mi pregunta muda:

—Es un luto antiguo; una tía de mi mujer que murió hace quince años. Yo voy a llevarle flores todos los meses.

—¿Desde hace quince años todos los meses? ¡Cuánta consecuencia para un sobrino político!—exclamé asombrada.

Don Julián sonrió.

—¡Es toda una historia!—dijo extendiendo la mano.

Yo hice girar el pasador de la portezuela y la abrí.

—¡Una historia! Ya sabe usted, don Julián, que estoy siempre a caza de ellas. Como venía a visitarlos, le haré a usted la visita en el auto, camino del cementerio, y usted me cuenta la historia, ¿quiere?

—¡Encantado! Pero no creo que te sirva de mucho; es una historia vulgar.

Me senté al lado de mi viejo amigo, frente al ramo de alelíes y siemprevivas, que empezaban a mustiarse, como presintiendo el lugar adonde las conducían. Al arrancar el auto se agitaron bruscamente y despidieron un aroma débil, de flor triste.

—¡Empiece usted, don Julián!—supliqué impaciente.

—Te advierto—observó él—que esta historia no es de las que tú sueles contar, en las que siempre hay sentimentalismo y nobleza; en ésta hay bastante de mezquino y censurable.

—No importa—insistí;— cuente usted.

—Pues bien, allá va. Yo tuve una juventud amable, sin dificultades. Un pariente, político de altura, me consiguió uno de esos destinos que proporcionan escaso trabajo y pingües rendimientos, a trueque de cargar un poco la conciencia; pero yo tenía demasiadas ansias de fortuna para detenerme a investigar las profundidades de la moral. A los veintitrés años me casé con una muchacha encantadora, aunque te confieso que, de no tener una madrina millonaria que le ponía la casa, pasaba una mensualidad y de quien sería única heredera, quizá hubiese vacilado en llevarla al altar.

Mi boda fué un gran negocio. Mi esposa me gustaba; era buena y no tardó en tomarle cariño. La madrina, que nos había preparado un nido cómodo y lujoso, cumplía religiosamente su ofrecimiento. El día primero de cada mes recibía Dolores un sobrecito que contenía un billete color de rosa. Hace cuarenta años mil pesetas "daban para mucho". Habíamos acordado que dos veces al mes viniese la tía a comer con nosotros, y también puntualmente llegaba a casa, precedida de un gran cesto cargado de frutas, dulces, embutidos, conservas y vinos; en fin, todo lo necesario para que no dejase de estar bien provista nuestra despensa.

Tres veces por semana teníamos uno de sus carruajes a nuestra disposición, y cada día de santo o de aniversario nos hacía un obsequio extraordinario.

Dirás que tenía motivos para considerarme satisfecho, ¿verdad? Sin embargo, yo le estuve poco tiempo; mi ambición iba más lejos. Una ambición loca, desmedida. Todo lo que aquella señora hacía por nosotros, sin obligación ninguna en realidad, me parecía poco. ¿Para qué quería ella tantos millones? ¿No estarían mejor en mi poder? Empecé a sentir contra ella una aversión que no disimulaba. Cuando la veía apenas si la saludaba, y en su presencia me encerraba en un mutismo y una seriedad insolentes. De nada servían las prudentes reflexiones de Doloritas. Sólo me obsesionaban los millones de la tía, y en la imposibilidad de poseerlos llegué a odiar a la que, a mi juicio, los retenía indebidamente.

Un día estuve tan grosero con ella que salió de casa demasiado resentida para volver. Así fué. Cesaron sus visitas y cesó su protección. Yo, con una lógica absurda, dije a mi mujer:

—¿Ves? Esto es lo que podíamos esperar de ella. Sobrada razón tenía yo para no quererla bien.

Al principio no se notó en la casa la falta de las larguezas de la madrina. Mis ganancias eran cada vez mayores, y yo decía con orgullo:

—Después de todo, ¡para la miseria que nos daba!...

Pero un día se le ocurrió morirse a mi pariente, y sin consideración se me dejó cesante; perdí mi ganga. Como gastaba sin tasa ni medida, me encontré de improviso casi sin recursos y teniendo que hacer frente a nuestras obligaciones "con el pecho". Fué una época de angustias. Entonces el sufrimiento me abrió los ojos de la razón, comprendí lo injusta de mi conducta con la madrina y estimé que mis torturas económicas no eran sino un merecido castigo a mi interés, a mi ambición malsana.

En cuanto se ennoblecieron mis sentimientos, empezaron a allanárseme mis dificultades. Gané menos dinero que antes, pero mis manos estaban limpias. Y para asegurar definitivamente la paz de mi conciencia no me faltaba sino desagraviar a la madrina.

Desde la ruptura, hacía seis años, no habíamos vuelto a verla, y sólo supimos que estaba enferma. Determinamos ir a visitarla y yo pedirle perdón por mis agravios. Fuimos, pero nos esperaba una amarga decepción. Acababa de morir. Sólo llegamos a tiempo de verla tendida en su ataúd. Yo, muy impresionado, invoqué su alma, y en expiación de las ofensas que en vida le había inferido prometí ir todos los meses a visitar su tumba. Cuando hice esta promesa estaba persuadido de que la tía nos había desheredado. Era lo justo. Sin embargo, cuando se abrió su testamento, vimos con alegría y sorpresa que nos legaba toda su fortuna. Claro es que mi mujer "no tenía culpa de mi mal proceder", y así lo hacía constar la testadora; pero también a mí me perdonaba, "teniendo en cuenta que la vida se había encargado de castigarme, haciéndome sentir los arañazos de la pobreza".

Calló don Julián. El auto acababa de detenerse ante la verja de la sacramental.

—¿Ves cómo era una historia vulgar?—continuó mi amigo, tendiéndome la mano para ayudarme a bajar.

—Vulgar el comienzo — respondí. — Hay muchos hombres que, como usted, emprenden torcidamente el camino de la vida. Es más que frecuente el odio al pariente rico que no lo "da todo". Lo que ya no es frecuente es que llegue la reflexión un día y se deje el camino tortuoso por el recto, y, sobre todo, que se recuerden los errores con la humildad suficiente para confesarlos.

Una teoría sobre los ensueños

El doctor Axel Emil Gibson, ha expuesto algunas noticias interesantes acerca de lo que pudiera llamarse "dinámica de los ensueños".

Por ejemplo, es digno de notarse en este punto el fenómeno observado por Harvey, el famoso demostrador de la circulación vascular, quien habiendo soñado una noche que le picaba un abejorro en el muslo izquierdo, vió aparecer a los dos días en el sitio lesionado una úlcera maligna.

No menos notable es el caso de Malesherbe, el célebre escritor francés, al que horas después de soñar que le habían dado una puñalada en el costado izquierdo, se le presentó en dicha región la punzada penetrante de la pulmonía, enfermedad que le puso a las puertas de la muerte.

Según el doctor Gibson, los archivos médicos están llenos de casos análogos a los dos apuntados, cuya explicación no ha sido aún dada, o que aún esperan ser explicados satisfactoriamente.

A juicio del autor del trabajo que extractamos, los sueños dependen de algo más que de las impresiones de los cinco sentidos, demostrándolo el hecho relativamente frecuente, de que los ciegos de nacimiento sueñen que "ven" tales o cuales cosas. De lo que parece inferirse que el nervio óptico rige y limita el campo de la visión al efecto puramente físico, y que la imaginación hace el resto.

Mr. Gibson llega a deducir de los casos por él observados, que el soñar y la vigilia no se diferencian en esencia y principio, sino en grados y formas de manifestarse. "De igual modo que el sueño—dice—la vigilia "revela", no crea. El mismo ambiente que rodea al hombre despierto, circunda al que duerme; sólo cambian los puntos de vista y el medio de observación."

Los sueños ordinarios son, en sentir del doctor norteamericano, tan sólo actos conscientes "no digeridos" aún, por decir así, en el cerebro; constituyendo aquéllos los deseos frustrados, los anhelos y las esperanzas defraudadas, las decepciones y, en general, todos aquellos pensamientos que habiendo ocupado la mente durante el día, caen bajo los dominios del sueño antes de haber llegado el espíritu al estado de sosiego.

La implacable

Por Louis JOVAU

Todos los días y a la misma hora, para dar su paseo cotidiano por el bosque, aparecían en su victoria, el señor de Kisbur y su señora.

El, simpático por la delicadeza de su rostro joven, suave y doliente, la corrección elegante de su traje y la triste muleta de ébano tendida junto a su pierna izquierda.

Ella, soberanamente hermosa, con una belleza de estatua imponente y rígida.

Aquel día, como de costumbre, sentados uno al lado del otro, no se hablaban.

Después de cruzar el puente de la Concordia, el carruaje ganó la calle de Grenelle y fué a detenerse delante de un palacete soberbio y silencioso. Un criado se adelantó para ayudar a su amo a bajar del vehículo. La joven había saltado igualmente del estribo y esperaba paciente y distraída en el vestíbulo.

Juntos subieron los dos la ancha escalera de piedra, tratando ella de ajustar su paso, demasiado vivo al lánguido paso del inválido.

Así que llegaron al primer piso, se aventuró él a decir:

—Isabel, ¿sería para usted lo mismo que hiciéramos servir el te en mi departamento, en vez de tomarlo en el comedor.

Sin comprenderse, sin interrogar con su voz uniforme y sorda que denunciaba la ausencia de toda voluntad, ella se limitó a dar su asentimiento, diciendo:

—Está bien, Gerardo; voy a disponer eso.

—Permítame, Isabel, que le ofrezca este recuerdo... Hoy es el décimo aniversario de nuestro casamiento. Estamos a 25 de abril...

Hubo un momento de silencio.

Ahogando su emoción, dijo el esposo:

—Oiga, Isabel. Aprovechemos esta fecha solemne para llegar al fin a una reconciliación entre nosotros. ¿No podría desistir usted de esa inflexibilidad que me martiriza?

—Creo que en estos diez años no he hecho más que cumplir con mi deber.

Gerardo se estremeció bajo la impresión de ese sarcasmo, como si hubiera recibido un latigazo.

—Es cierto—dijo en tono triste.—La conducta de usted ha sido siempre maravillosa. ¿Pero no me perdonará usted nunca?

—¿Perdonarlo?... ¿No se acuerda usted entonces del pasado?... ¿Tendré que recordárselo?

Gerardo bajó la cabeza.

II

—Yo tenía veinte años—dijo Isabel,—era rica, era bella, y una noche, en un baile, me distinguió usted, me pidió un vals y después otro y otro. Nueve entrevistas, provocadas por usted, creo, siguieron a esa: y poco a poco empecé yo a quererlo, cada vez más, hasta entregarle por entero mi corazón de huérfana, feliz, locamente feliz, el día que el tío que me había educado puso, a pedido de usted, mi mano en la suya. Y el 25 de abril quedamos unidos para siempre.

“¿Ha olvidado usted ya las delicias de nuestro viaje de bodas y la alegría de nuestro regreso, de nuestra instalación?... ¿Tendré que recordarle también esa mañana que, en presencia mía, recibió usted un despacho de Angers por el que se le llamaba junto al lecho de su padrino moribundo? Dos horas después lo acompañaba yo hasta la estación. Mis deseos habrían sido partir con usted entonces, pero usted no quiso que afrontara yo esa fatiga, porque, desde hacía un tiempo, una grata esperanza me imponía cuidados y tranquilidad.

“Esa noche, para distraer la gran tristeza que su ausencia me causaba, tomé la aguja, el dedal, las tijeras y un poco de bombasí y me puse a preparar el canastillo, cuando llegó a mis manos aquel perverso anónimo con la noticia de que “mi marido no había ido a Angers; que la persona que en realidad estaba en viaje era el señor V..., como podía ponerlo en claro yo misma yendo a casa de la mujer de él, calle del Coliseo, número 3”. Leí esto y me encogí de hombros, a la par que hacía pedazos el billete. Me sentía perfectamente tranquila, no tanto porque había visto yo, con mis propios ojos, la partida de mi marido, como porque tenía en él una fe y una confianza ciegas.

“Seguí cosiendo, pues esa ropita blanca que me hacía suspirar por mi marido y por el hijo que esperaba, y, como a media noche, un ruido extraño me hizo salir al vestíbulo, a donde se precipitaban entonces los criados. Dos hombres le traían a usted en una camilla, sin sentido y ensangrentado. Todo el mundo hablaba a la vez; pero en medio de aquella confusión, y antes de que perdiera el conocimiento, alcancé a oír tres palabras: “Calle del Coliseo”.

“Cuando recobré los sentidos, no sé si después de unas cuantas horas o de unos cuantos días, me encontré en la cama y enferma.

“A causa de la terrible impresión que mi organismo había recibido esa noche, el hijo que esperábamos no iba a venir ya al mundo. ¡Y me pide usted que perdone, que olvide! ¿Cómo perdonar, cómo olvidar? ¿no ya la injuria hecha a la esposa, sino el crimen cometido con la madre?...

“Lo sabía ya todo. La falsa partida de usted, todas sus mentiras, su presencia en la calle del Coliseo, a donde el “usted” que había simulado también un viaje, volvía esa noche inopinadamente. Sabía que para no comprometer a la adúltera, no había tenido usted más recurso que saltar a la calle desde el balcón del primer piso, lo que había hecho destrozándose una pierna en la caída.

“Mi viejo tío vino a verme, a suplicarme que cerrara los ojos ante esa historia, que no pensara en divorciarme. Me dijo que estaba usted muy grave después de la operación que había sufrido y muy apenado por los remordimientos. Pero ¿para qué podía servir todo eso? Ante el derrumbe de todos mis sueños, ante la ruina y el aniquilamiento brutal de mi felicidad de esposa y madre ¿qué importaban el divorcio y los remordimientos de usted? ¿Qué importaban, si lo que había pasado no podía ya borrarse?

“En cuanto me restablecí, fuí, pues, a cumplir junto al lecho de usted mis deberes de esposa. Quiso usted hablarme entonces, para disculparse tal vez, pero estaba muy débil y tuve que prohibirle que tocara ese punto, asegurándole que, por mi parte, yo no haría nunca la menor alusión a él. ¿He cumplido o no mi palabra, Gerardo? ¿He hecho a usted alguna vez el más mínimo reproche durante estos diez años? Responda.

—¡Isabel! ¡Isabel! —imploraba el marido. Pero ella continuó:

—Dejémonos de estas cosas, Gerardo. ¿Para qué remover en vano todas estas cenizas, si usted no podrá resucitar nunca más ni mi confianza muerta ni mi amor destruido?... No hablemos de ayer, no hablemos tampoco del mañana; sigamos viviendo en medio de la tranquilidad y la indiferencia mutua. Esta es la única felicidad que podemos desear en adelante.

Y la implacable esposa había ya recobrado su actitud glacial y esquiva; la llama de su mirada se había apagado; aparecía otra vez la estatua rígida de máscara impasible y pálida. Y la joven se dirigió, arrogante, hacia la puerta, dando por terminada la entrevista.

Con el codo sobre la mesa de roble, y la cabeza apoyada en la mano. Gerardo, anonadado, estaba inmóvil. Sin decir una palabra, contempló a su mujer, que se retiraba; la vió levantar la cortina, y desaparecer al fin. Entonces murmuró:

—¡Implacable!... ¡Implacable!...

Pasó mucho tiempo. El día declinaba ya. De codos sobre la mesa de roble y con la cabeza entre las manos, Gerardo ni se había movido...

En el piso superior se oían de un lado a otro los pasos leves de Isabel, en plena actividad...

Gerardo dejó vagar distraídamente sus ojos por los objetos diversos que lo rodeaban; y de pronto, como hipnotizado, clavó su mirada en un estuche colgado dentro del cual, precioso como un juguete, dormía un revólver.



Revelación

Para R. Ferrazzano

Anoche, mientras todo reposaba,
y el silencio era el dios de mi buhardilla,
yo sentí que una lágrima rodaba
misteriosa a través de mi mejilla.

Me encontraba tan solo y tan cansado...
Era tal mi dolor por tu partida,
que al saberte muy lejos de mi lado,
tuve miedo del mundo y de la vida.

No pudiendo ya más, tomé “tus cosas”,
y ante un ramo de flores venturosas,
tuve sed de tus besos y de calma...

Y en la grave quietud que me envolvía,
con tus cartas de amor, muñeca mía,
me dormí con el alma entre tu alma.

Arturo MARTINI.





El derecho de accesión

Por VICENTE DEL OLMO

El río Piles desemboca en el Cantábrico, cerca de las playas de Gijón. El río Piles no es una corriente caudalosa. Y por tan baladí motivo, en su insólita soberbia, la Geografía Universal no se ha preocupado de clasificarlo dignamente, de colocarlo junto a los imponentes caudales de aguas que enorgullecen a España. Los mismos naturales de Gijón, cuando en absorta contemplación de las aguas bravías intérnanse en las arenas costeras y llegan hasta el puentecillo del Piles, víctima propiciatoria del mar, por un fenómeno psicológico bastante comprensible, al pasar bruscamente la mirada del soberbio espectáculo que plasma el Cantábrico en su paisaje a la miseria fisiológica que presenta el riachuelo, no pueden contener un gesto despectivo... ¡Conmiserativo casi!... Pero..., ¡ay!..., "del agua mansa me libre Dios, que de la brava me libro yo...", predica el refranero. Aplicada la sapienza popular en su máximo valor gráfico, harto de tanto desdén, y para dar lugar a las tragedias leguleyescas de la gente aldeana de los contornos, a nadie le puede extrañar que en ocasiones salte de su modestia el río astur.

A la margen derecha, frente por frente a los del viejo Quico, el viejo Pacho posee extensos terrenos que el Piles baña. Entre los dos lugareños nunca existió buena armonía. Sin embargo, cazurros y solapados, como lobos astutos, jamás habíanse enseñado los dientes. Mas he aquí al Piles desbordado un buen día, con la aviesa intención de que se desenmascarasen Pacho y Quico. Impetuosa y arrolladora, fuera del cauce natural, trocóse la modesta corriente en una formidable avenida, que inundó las heredades confinantes. Y, atrevido y pintoresco, hocicó por los terrenos bajos de una y otra propiedad para construir una isla feraz y productiva con los terrenos que arrebatara arteramente a Quico y Pacho. Marrulleros y ladinos, sin proferir un denuesto por la estúpida jugarreta del Piles, pensaron al unísono:

—La crecida desposeyóme de una parte de mi tierrina, ¡hom!..., pues aquello ye mío... ¡Dámelo el derecho de accesión!

Y sin más miramientos ni otras razones de justificación legal, alternamente, temerosos de coincidir en las horas de labor, procurando por lo mismo no hacer conjunción en la isla, Pacho y Quico empezaron a sembrar el terreno emergido del Piles, sin parar mientes en que la torta les pudiese resultar un pan. Si Quico plantaba un manzano, Pacho plantaba otro; si aqueste sembraba remolacha y maíz, el primero no quedábase rezagado en verificar cosa parecida. Y en tal ajetreo daban tiempo al tiempo, diciéndose para sí, con íntima convicción:

—¡Labra y siembra, lin!... ¡Veremos pa quién ye lo que dé la isla!... —como estrategas de la mala fe y la cazurrería para su medro personal.

Como tierra bendecida, en huerto delicioso convirtióse la isla. Prudentes y cautelosos—¡que en el arte de la cautela y la prudencia por doctos teníanse Pacho y Quico!...,—la primera cosecha no fué utilizada por ninguno de los dos ancianos. Pudrióse el fruto sobre sus mismas raíces, y de esplendoroso abono sirvió para la tierra. La isla que el río Piles formara nada tenía que envidiar a aquella que formaban los cuatro ríos que circundaban el Paraíso Terrenal... El choque no podía hacerse esperar. Y sobrevino lógicamente en el momento que Pacho, el más vehemente de los viejos asturianos, pretendió aprovecharse del rendimiento de la isla.

—¡Eh, tú!... Que estu ye mío!...

—¡Güeno, güeno!... ¡Estás lloco!... Si te hubieses molestado en ver que la isla está más cerca de la mi tierruca non dirías tal...

—¡Ah! ¿Sí?... Debías enterarte que el terreno perdido en las inundaciones, según el derecho de accesión, sigue siendo de la propiedad del que enantes teníalo.

A las manos iban a llegar uno y otro labriego; pero de las respectivas orillas de las heredades irrumpieron Quica—hija de Quico,—y Pachín—vástago de Pacho,—conteniéndoles en sus ímpetus belicosos.

—¡Bah, padre!... ¡Que la justicia intervenga y te dé la razón!...—exclamó Quica.

—¡Déjalo, agüelu!... — dijo Pachín.—¡Non merece una mascá!... ¡Que el Juzgau le condene en costas por avaricioso!...

Púsose las mejores galas el aldeano Pacho y fuése a visitar a la gente de curia de Gijón. A uno de los abogados expúsole el caso de Quico como propio; enterado a "ciencia y conciencia" de los derechos de su contricante, colocóse en la casa de otro letrado y expúsole el caso suyo... Y en posesión de las dos "razones legales", cuéntase que consultó la opinión de dos o tres doctores en Derecho más, argumentándole con la argumentación del distinto articulado de las diferentes leyes y preceptos que llevaba ya en la mollera... Por su parte, cuéntase también, el viejo Quico molestó con sus consultas y obsérvaciones a otros tantos hombres de toga... Tozudos y tercos, luego del juicio de conciliación, fueron al pleito. Y en el pleito llevábanse más de un año, gastándose los dineros en papel sellado y honorarios, sin que osaran aprovecharse del fruto de la isla y persistentes en su labor de trabajo y mejora de los terrenos.

—¿Oyes, Quico?...—un día que se encontraron en el mercado de la "ciudá" a su convecino díjole Pacho.—Pa que la curia no nos coma las perronas, ¿quiés que faigamos una cosa?

—¿Qué cosa ye esa?

—Casar los neñus y dailes la isla entre la dote que a ca uno demos a los neñiuos yo y tú.

Asintió Quico. El diablo, que todo lo enreda, la urdió de forma que Quica y Pachín declarasen que se odiaban mutuamente. Por lo bruto y animalote que era Pachín, aseguró Quica que nunca matrimoniaría con el rapaz de Pacho; y por lo delgaducha y pizpireta que le resultaba Quica, afirmó Pachín que no era de su agrado la zagala de Quico. Fracasado el plan de avenencia, redoblóse la lucha con doble furia y triplicado vigor... ¡Enardecióles la tregua!... Transcurrido otro fatigoso año de papel sellado, honorarios y pruebas, ¡con los correspondientes escritos, réplicas, contrarréplicas, autos y providencias...—"¡Pleitos te dé el Cielo!", dijo el gitano,—amaneció el Piles con el retozo y bromas de su peculiar idiosincrasia, y de otra inundación borró por completo la isla que construyese en la avenida anterior... Quico y Pacho quedáronse desolados allá en lo más íntimo de su ser en lo externo alegrábase del accidente para mortificarse...

—¡Eh, si se casa la mi Quica con el tu Pachín!...

—¡Caray, que si se sacrifica el mi Pachín y carga con la mocosa de tu fía!...

Pero los mayores reproches y graves insultos fueron en la nefasta ocasión en que Quica y Pachín presentáronse a los vejetes para anunciar sus propósitos de enlace:

—¡Anda, fastídiate!...—todo alborozado gritó Quico.—¡Ya se encargará la mi neñina de vengarme!...

—¡Quien se va a fastidiar y tragar quina serás tú, por marrajo!...—contestóle destempladamente Pacho.—¡El mío fío enderechérá a la Quica y le cantará las cuarenta pa cobrar en la tu neña to lo que tú me ficiste!...

La boda de Quica y Pachín estuvo a punto de convertirse en horripilante melodrama. Pacho y Quico tuvieron que pagar aquel día las minutas de sus abogados, y excuso manifestar el mal humor de entrambos.





Un árbol antiguo que siempre da fruta

Opoteca, o El Rosario, es uno de los pueblos más antiguos del departamento de Comayagua. Está situado sobre un mineral que ha sido explotado desde en los tiempos coloniales; el terreno es árido y pedregoso y las casas están construídas en la falda de un cerro, casi unas sobre otras, como las de todos los minerales. En el atrio de la iglesia de esta población hay un árbol de níspero; según se cree fué sembrado en el siglo antepasado, muchos años antes de la independencia de Centro América. Lo más curioso de este árbol es que en todo tiempo tiene frutas maduras, lo que significa que siempre está en flor. En nuestro país es común que los limoneros y los naranjos den azahares al mismo tiempo que dan frutos, pero éstos no duran tanto tiempo.

Ni en las "Mil y Una Noches" hemos visto el caso de que un árbol tenga frutas siempre y por centenares de años; si en un cuento de hadas se refiriera tal fenómeno, ya comprenderíamos que ello era una fábula. Si contásemos esta historia en Estados Unidos o en Europa, la creerían más fabulosa que un cuento de Aladino, pero es tan cierta como que en Honduras existe el pueblo de El Rosario u Opoteca.

(De "El Boletín de la Escuela Normal". — Tegucigalpa, Honduras).









Galeones

Viento y olas.
Al soplo turbulento
del aire—aquí el violento
Adamastror desgarra la cortina
de la lluvia y encrespa los confines
del negro mar—sin vacilar camina,
como un rey de sirenas y delfines,
un alto galeón.
Tiene en la proa,
como todos los fuertes galeones,
un escudo con garras de leones,
símbolo de su fuerza.
Es una loa,
a la patria este escudo, un epinicio
que ensalza a los que hubieron
de descubrir un mundo tras las brumas
—onda, escollo, huracán y precipicio
de un mar rudo de acechos y de espumas.

Honor a los que fueron
piratas de la gloria Galeones
con zarpas iracundas de leones.

Y el galeón camina y más camina
a través del turbión y la neblina
de proa a su ideal.
Sufre el coraje
del viento y del batir del oleaje
—golpes de salivazos
y crujir sin piedad de latigazos—
sin que al pavor su voluntad se tuerza;
lo mismo, sí, lo mismo
que si el viento y el mar, furia y abismo,
fueran esclavos de él siendo él la fuerza.

Galeones de España
con garras iracundas de leones;
heroicos galeones
que escribisteis la hazaña
de vencer al destino
cuando quiso torcer vuestro camino;
sin sueños, sin afanes,
sin olas ni bramidos de huracanes,
con las velas plegadas
que parecen las plumas desmayadas
de un pájaro que ha muerto,
sois ahora algo triste, algo olvidado,
que el destino ha arrumbado
junto a un viejo rincón del ancho puerto.

Fernando LOPEZ MARTIN.



El heroico salvamento del suicida

Por FERNAND SERNADA

Como viera a Durand pensativo delante de su ajenjo le pregunté:

—¿Pero qué es eso, Durand? ¿Va usted a caer neurasténico ahora que es héroe?

—¿Qué quiere usted decir?...

—Estoy enterado de todo. Sé que hace unos días se arrojó usted al Sena para salvar la vida de un hombre que se ahogaba. No hay que ser tan modesto, hombre. Cuando uno llega a ser el "valeroso ciudadano" no tiene por qué ocultarse.

—Es que usted no sabe las consecuencias de mi "valentía" como usted dice. Verá lo que pasó. Vi arrojarse un hombre al río y rápidamente me quité la americana y el chaleco, con el reloj y unos cuantos francos, y me eché al agua. A los pocos momentos dejaba al suicida en la orilla, sin más consecuencias que el remojón.

Mientras los guardias y el público nos rodeaban, busqué la ropa para vestirme. Había desaparecido. Otro ciudadano se la había llevado.

Calado hasta los huesos y dando diente con diente fuí conducido a la comisaría con el hombre cuya vida acababa de salvar. El comisario me felicitó, y yo, al verlo tan bien dispuesto, le conté el robo de que acababa de ser víctima.

—¿Robo?—me dijo el comisario muy enojado.—¿Dónde está el robo? El de usted es un caso de abandono voluntario ante testigos de objetos de los que usted podía muy bien querer desprenderse. Yo no puedo hacer nada absolutamente. ¿Por qué no se echó usted al agua con la americana y el chaleco puestos?

—El comisario estuvo severo; pero tenía razón.

—¡Si yo reconozco que tuve la culpa! Salí de la comisaría en camisa y sin un céntimo para irme a casa en un coche. Pero no fué esto todo. En la calle sentí que me tiraban del brazo. Volví la cabeza y me encontré al hombre cuya vida había salvado.

—No me agradezca usted nada, caballero—le dije.—No he hecho más que cumplir con un deber de humanidad.

—¿Yo qué le voy a dar a usted las gracias —me dijo muy irritado.—Si me he tirado al río es porque estoy cansado de la vida, porque no tengo un céntimo. ¿Con qué derecho se permite usted salvar a quien quiere morir? ¿Lo llamé yo a usted? De modo que como usted ha querido que viva y por culpa suya vivo ahora, usted se encargará de alimentarme. Por lo pronto, no tengo casa; de modo que me voy a vivir a la de usted.

Y lo hizo como lo dijo. Desde aquella noche se acuesta en mi cama mientras yo duermo en un sofá; se fuma mi tabaco, se bebe mi vino, me pide dinero para sus vicios y no quiere hacer nada. Esto es lo que me ha traído el ser héroe.

—¿Y qué vas a hacer?

—Al principio pensé volver a echarlo al río; pero he reflexionado y he empleado otro procedimiento. Lo he dejado en casa y me he marchado llevándome lo necesario y dispuesto a no volver. Precisamente mañana irán a cobrar el recibo. Ya se las entenderá con el casero.



El doloroso accidente ocurrido a bordo del crucero acorazado "San Martín"



Una vista del crucero acorazado "San Martín", a cuyo bordo se produjo la explosión de un cañón de 15 centímetros, mientras efectuaba ejercicios de tiro de combate en el lugar denominado "El Rincón" aguas afuera del puerto General Belgrano. El sensible accidente causó la muerte a cuatro conscriptos y produjo numerosos heridos en la tripulación. Esta unidad, que desplaza 6.840 toneladas, fué construída en 1896, o sea hace cerca de 30 años, en los astilleros de Orlando, en Italia.



Una de las bandas del "San Martín", en el momento de disparar una andanada con piezas de 20, 15 y 12 centímetros.



Uno de los cañones de 12 centímetros del "San Martín", ostentando abierto el cierre que causó la catástrofe al ser despedido por la explosión de la carga.





Dos instantáneas que muestran la forma en que se realizan las prácticas de tiro de combate, a bordo de los barcos de nuestra armada.

Fallecimiento de doña Josefina Mitre de Caprile.



Durante el sepelio de los restos de la ilustre dama doña Josefina Mitre de Caprile, efectuado en el cementerio del norte, cuyo acto dió lugar a una sentida manifestación de condolencia. — El féretro en el momento de ser depositado en el panteón de la familia de la extinta.

DEMOSTRACIONES



El personal directivo y docente del Colegio Nacional Bartolomé Mitre, obsequió con un banquete al doctor Eduardo Héctor Duffau, con motivo de haber sido nombrado rector del Colegio Nacional Pueyrredón. Ofreció la demostración el rector del Colegio Bartolomé Mitre, señor René Bastianini, a quien contestó el obsequiado.—La cabecera de la mesa.



Concurrentes al banquete que la escuadrilla "Luro" ofreció a tres de los componentes de la "Serenissima": el teniente Locatelli, el capitán Ludovico Censi, agregado aeronáutico de Italia, y el piloto José Sarti.—El acto se efectuó en el restaurant Ferrari.



Un aspecto del banquete con que el círculo cultural y recreativo "Defensores de Villa Crespo" festejó las bodas de plata cumplidas por dicha asociación.



Vista parcial de los comensales que tomaron parte en el banquete organizado por los alumnos del curso de pilotaje, del Centro de Aviación Civil, en honor del sargento 1.° José Olmos, con motivo de su retiro de dicha institución



Información gráfica extranjera



"Barney", "Gene" y "Tom", tres hermosos caballos de 12 años de edad, que arrastraban una de las bombas para incendios en Wáshington, y que ahora, al adoptarse por completo el material automóvil, han sido jubilados y pensionados para que terminen su vida felices y ociosos después de la benéfica labor realizada.



¡Feliz cumpleaños! — Celebrando el 60 aniversario del natalicio del rey Jorge, de Inglaterra, se efectuó en Londres un desfile militar. El soberano pasó revista a las tropas en compañía del mariscal francés Foch.



Este es un curioso retrato del príncipe de Gales, tomado en Groonfontein (Sud Africa), después de un galopo en "Critic", un caballo de propiedad de un granjero de aquella localidad. El heredero del trono británico lleva en la cabeza un gran pañuelo de seda para preservarse del sol africano.



Riding Light (N.° 12) a la cabeza del pelotón, con el vencedor, Laucy Sue (N.° 2), al entrar en la recta, en el Oaksat de Epsom (Inglaterra).



El ex príncipe heredero de Alemania, acompañado de su hijo mayor, al llegar en automóvil a un concurso de aviación cerca de Berlín.



Joe Parks, de 12 años de edad, representante de la parte norte de Manhattan; vencedor en el campeonato de bolitas, sobre otros jugadores de Nueva York.



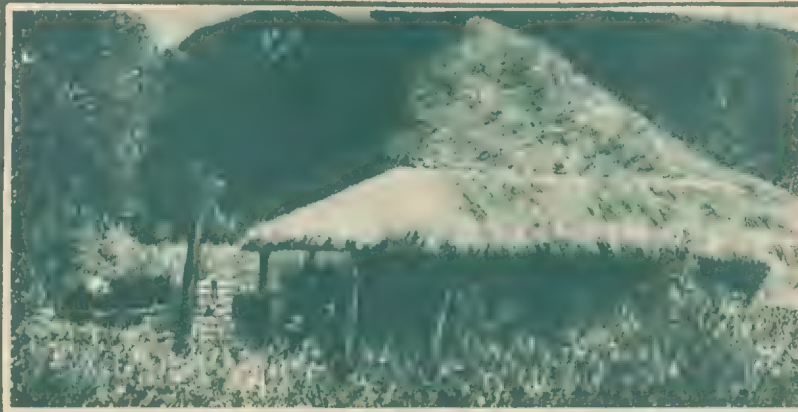
El duque de York el príncipe Enrique y el conde de Lascelles, hijos y yerno del rey Jorge V, marchando detrás del soberano inglés, cuando éste revistara las tropas el día que cumplió 60 años

M. ALBERT THOMAS



El estadista francés y director de la Oficina Internacional del Trabajo de la Liga de las Naciones, M. Albert Thomas, que en breve nos visitará. — Dibujo de nuestro colaborador Sanguinetti.

EXPOSICION MANUEL ORTEGA



"Un riucón serrano, en Salta".



"Visión colonial. — Tilcara"



"Después de la lluvia"

Tres de los paisajes norteños expuestos en el Salón Chandler-Zuretti.

NOTAS SOCIALES



Señorita Nelly M. Casale, que recientemente contrajo enlace, en la ciudad de Córdoba, con el diputado nacional doctor Fernando de Andreis.



La señorita María Luisa Giudici y el ingeniero señor Romelio J. Fernández, que recientemente se desposaron en Lomas de Zamora



Enlace de la señorita Raffaele Navarro con el señor Rodríguez Ghio. — Los contrayentes después del acto religioso.



ACTUALIDAD CINEMATOGRAFICA









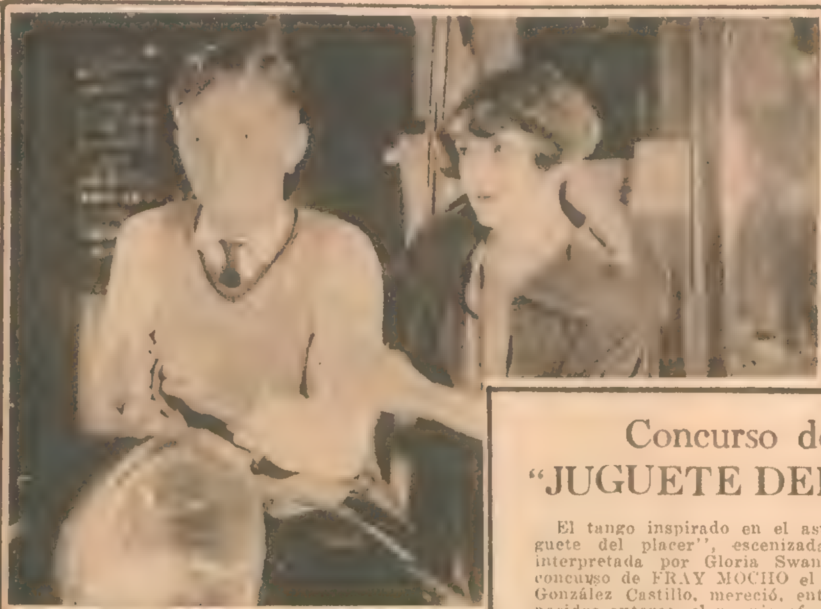






Diversas escenas de la notable película Paramount "Juguete del placer", que tiene por protagonista a la más célebre de las actrices actuales: Gloria Swanson, y cuyo asunto es el de la novela publicada en uno de los últimos números de FRAY MOCHO titulada "Juguete del placer", donde actúan, también, Tom Moore, Frank Morgan, Lilián Tash, Paúl Mac Allister, Ian Keith, Carrie Scott, etc. Dicha película será estrenada en la fecha.





Con la cinecomedia "Juanete", que anteayer estrenó la Sociedad General, reapareció el "pecoso" Wesley Barry secundado por otros conocidos: M. Matone, Ch. Couklin y F. Campeau.

Concurso de tango "JUGUETE DEL PLACER"

El tango inspirado en el asunto de la novela "Juguete del placer", escenizada por la Paramount e interpretada por Gloria Swanson y que presentó al concurso de FRAY MOCHO el joven compositor Cátulo González Castillo, mereció, entre otros muchos de conocidos autores, el premio ofrecido, consistente en una rica medalla de oro y brillantes. Dicho premio, bien ganado por la calidad de su obra, destinada a popularizarse, se le entregará al autor de "El organito de la tarde", en el acto que tendrá lugar el sábado 1.° de agosto, en la redacción de FRAY MOCHO, a las 16, y al cual están invitados compositores y cinematografistas.



En su programa Rex dió a conocer Max Glucksmann, el domingo pasado, "Otro escándalo" cinedrama que interpretan Lois Wilson, Holmes Herbrent y Flora Lebreton.



Escena del notable cinedrama "Los cazadores de olmos", obra innovadora en la técnica del séptimo arte, donde se ve a casi todos sus intérpretes: Georgia Hale, Nelly Bly Baker, niño Bruce Guerin, George K. Arthur y Otto Matiensen, cinta que se dispone estrenar Artistas Unidos



Emile Jaunings y Gordy Millowski, protagonistas del cinedrama "Pedro el Grande" producción austriaca que distribuirá la Paramount y cuyo estreno se realizará pasado mañana.

El jefe de investigaciones, señor Santiago, experto detective, acaba de revelarse como un eximio cazador



Don Eduardo I. Santiago, jefe de investigaciones de la policía de la capital, acompañado del comisario señor Ricardo Gabrieli- uno de los "custodia" del príncipe Humberto y de otros empleados de la mencionada repartición, durante una excursión cinegética realizada en la estancia que la señora Cruz de Romero posee en Duggan

DIBUJANTES ARGENTINOS: Daniel Marcos Agrelo, por N. A. Frontini



"El alma de la quena".



Ex libris. — Chapelco.



Ex libris — Mony Hermelo



Daniel Marcos Agrelo, director artístico de la revista "Nativa".



"El pampero", ilustración a un poema de G. Coria Peñaloza

Daniel Agrelo es un dibujante lozano y vigoroso.

Es un muchacho joven, de pálida tez, con una frecuente e irónica sonrisa, apenas diseñada y a modo de rúbrica exterior de sus pensamientos o asiduo comentario a los decires y parloteos de sus amigos. Más gesto que palabra, de vivir íntimo, como distraído: con esa actitud característica de los que se sumergen en honduras de alma, en nerviosa búsqueda de creaciones.

Rebelde a todo lo que fuera imitativo, con técnica propia y una manera particular de presentar sus dibujos: en fondos obscuros, destacando de la sombra, luminosamente, las figuras.

Su pluma es ruda. No es pluma para filigranas bizantinas ni pulidas figuras de ciudad. Lo es para reproducir los retorcidos y duros árboles de América, que en sus dibujos cobran un relieve escultural. Lo es para dibujar potros bravíos, aves siniestras en las que se ceba el magín supersticioso del hombre de campo. Lo es para realizar indios y gauchos de contextura atlética, músculosos y tostados de viento y de sol, y para hacer hembras aborígenes, cuyas carnes prietas llevan impreso el sello de la vida de naturaleza virgen.

De haber vivido desde niño en el campo, le viene a Agrelo el sentido de la vida rural. Tiene sensibilidad campesina. Sabe de las sencillas psicologías de sus gentes y sabe también de la rudeza de su vivir cotidiano. Por eso a pesar de no conocer todos los campos, todos los grupos étnicos que pueblan América, aspectos de unos y otros fluyen de su mano adivinados y traídos al papel por la aguda perspicacia de su sensibilidad, impregnada de americanismo.

Por lo mismo, sin haber vivido en el Neuquen indígena, descubre el sentido emocional, selvático y casi primitivo de las "Chacayaleras" de Miguel A. Camino, plasmándolo en sus dibujos con sabrosa fidelidad. Por eso también, imprime en elocuente plasticidad los poemas de Fernán Silva Valdés. Toda la fervorosa enjundia épica de ese gran poeta americano, adquiere un vigoroso y un igual realismo en sus ilustraciones. Así: en *Alma en pena*, *Brujería*, [illegible] por ejemplo poema e ilustración se aúnan en la misma significación intrínseca y hasta ambos tienen una ruda identidad de forma. Sus propios *ex-libris*, tocados de fresca inspiración y sugestividad, en los que lo decorativo apura sus motivos también en quichúas y araucanas fuentes, constituyen expresiones felices de su sentido artístico.

Su orientación estética-nativa — que nada tiene que ver con el patrioterismo artístico de ciertos nacionalistas a toda costa — es un indicio de buen sentido. El futuro arte de América deberá tener—y ya ha comenzado a tenerlo—un contenido siquiera parcial de índole americana. Nuestra época, por su complejidad, rehuye los subgetivismos objetivos. Inspirarse en América-india, o latino-india—eurindia— es resolver en el continente el problema de la sensibilidad artística que reclama valores objetivos. El buen sentido consiste en encauzarse dentro de esa corriente. Y no se diga que eso es elaborar un arte puramente local. Unicamente la simiente temática tendrá ese carácter. Pero ello no quiere decir que haya de hacerse un mero arte fotográfico o hayan de emplearse los procedimientos simplistas del aborigen. La universalidad del arte americano le vendrá del empleo que se haga de una técnica nueva y superior y de la estilización que se confeccione.

Daniel Agrelo, ya encauzado en esa corriente, con un conocimiento más amplio e intenso de las múltiples modalidades que graban a los pueblos y a las cosas de América, logrará, sin duda, el estado de perfeccionamiento que, debido a su propia juventud no ha alcanzado todavía, pero que, su gran entusiasmo, su orientación estética y dominio de sí mismo, permiten asegurar ha de alcanzar muy pronto.

Aparte de esas calidades que nos complace señalar debemos apuntar esta otra singularmente útil para que este joven artista afiance definitivamente su personalidad. Agrelo es un trabajador tesonero y constante. Las principales revistas porteñas han publicado ilustraciones suyas, muy valiosas. Y esa labor que se halla dispersa en las páginas de "Caras y Caretas", "Atlántida", "El Hogar", "Mundial" y otras revistas debemos agregar, como acabado ejemplo de la unidad de la orientación artística que antes recordamos, la obra que realiza, con verdadero amor, en la revista "Nativa", de la que es director artístico.



Señores C. Rom, Alex Nicholson y doctor González Roura.



De la temporada de invierno en el Sierras Hotel, de Alta Gracia



Señores Bruno Quintana y William Rous, y sus respectivas esposas.



Señor Horacio M. García y señora.



Señor Derqui y señora, y señorita de Hernández.



Señora de Segura y señor Nicholson.



Señor Quaranta Casas e hijo.





La señora del doctor Biocca.

Hacia la conquista del Polo Norte

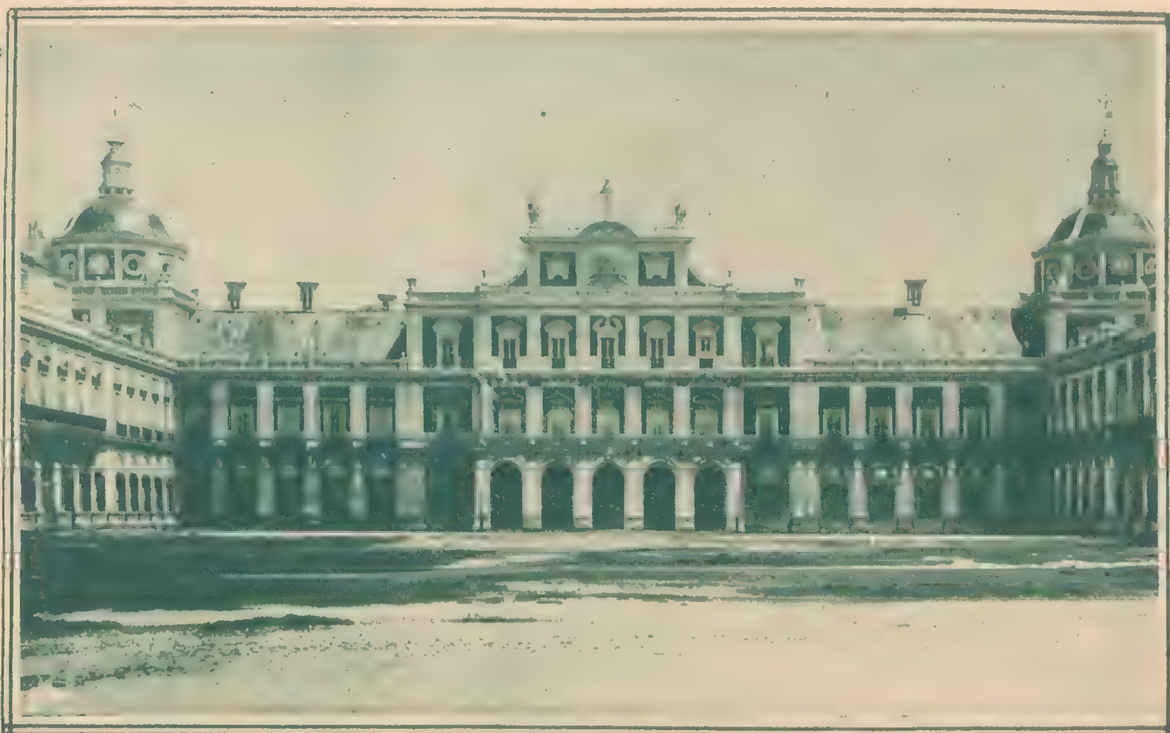


Donald Mc Millan, a bordo de su buque "Peary", días antes de partir para su expedición al Polo Norte, en busca de un nuevo continente.



El ministro de Hacienda de la provincia de Córdoba, doctor Frías.

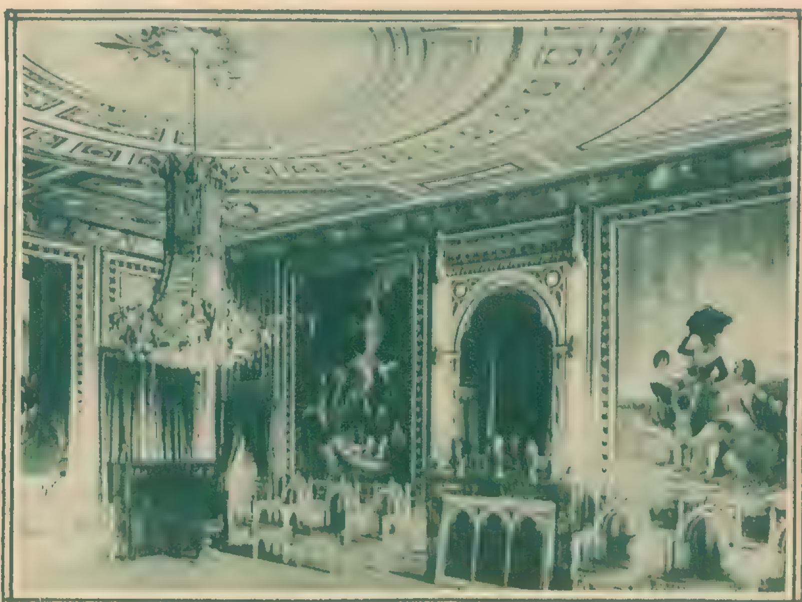
DE LA ESPAÑA MONUMENTAL



Aranjuez. — El palacio real.



El Escorial.—Una vista interna del panteón de los reyes.

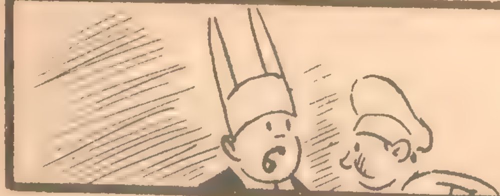


Madrid.—Un detalle interior del palacio real



Aranjuez. — Una de las salas del palacio real.

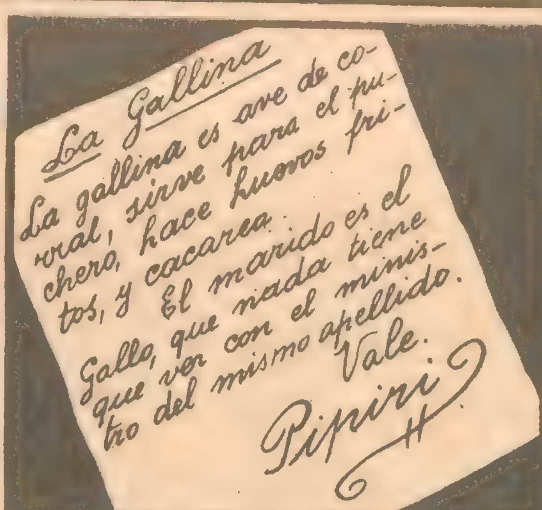




PAGINA INFANTIL

Aventuras de Pipirí, *por Blay*

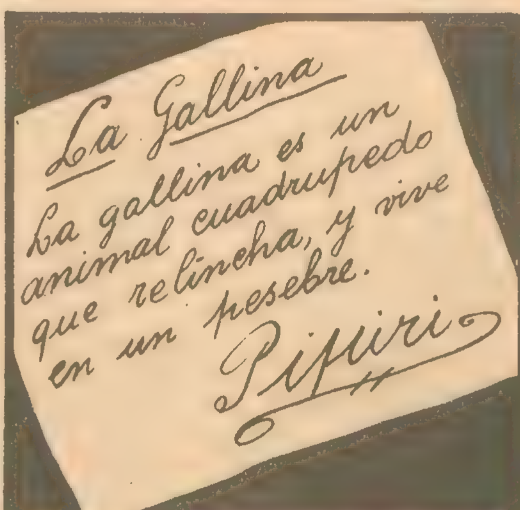








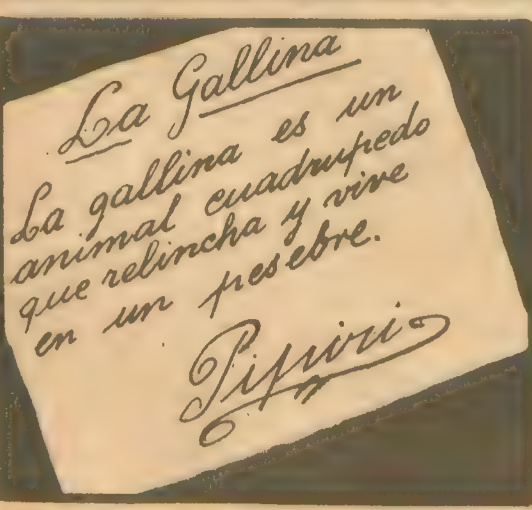


















Football

En honor de Hugo Marini.— Racing v. Atlanta. — Sportivo Almagro v. Defensores de Belgrano. — Del interior.



Cabecera de la mesa en el banquete ofrecido al señor Hugo Marini, jefe de la sección deportes de nuestro colega "Crítica", que acompañara en su jira por Europa al equipo de Boca Juniors. — Acompañan al obsequiado, en el sitio de honor, los doctores Belgeri y Tedín Uriburu.



Team del Racing, que venció a Atlanta por 2 a 0 goals, en el partido jugado en la cancha de este último.



El cuadro de Atlanta, que perdió en su encuentro con Racing



Una vista parcial de la tribuna popular, mientras se realizaba el match entre Racing y Atlanta





Representantes de Almagro, a quienes correspondió el triunfo en el match jugado contra Defensores de Belgrano, por un score de 2 a 0 goals.



Equipo de Defensores de Belgrano, que resultó vencido en su encuentro con Almagro, en el partido realizado en la cancha de este último.



Un detalle del público que presenció el encuentro de Almagro v. Defensores de Belgrano.



ROSARIO. — Team del C. A. Piccardo y Cía. que venció a Tamburini y Cía. por 1 a 0 goals, en el match final del torneo organizado por la Liga Comercial y Bancaria.



Cuadro de Tamburini y Cía., perdedor en el partido jugado contra C. A. Piccardo y Cía., en el field de este último.



SANTA ROSA DE TOAY (Pampa). — Grupo parcial de los deportistas de General Pico a quienes, con motivo de su visita a Santa Rosa, se les obsequió con un banquete ofrecido por los jugadores locales.



Primera división del Club Sportivo Santa Rosa que venció a Blanco y Negro por 4 a 3 goals.



Primer cuadro del Club Blanco y Negro, de General Pico, que perdió en el match contra Sportivo Santa Rosa.

Fots. Otero, Giraz, Flores Toledo y Quiroga.



LA CONVENCIÓN SOBRE PROPIEDAD LITERARIA, ARTÍSTICA Y CIENTÍFICA, CELEBRADA ENTRE ESPAÑA Y EL PARAGUAY.



ASUNCIÓN.—El ministro de Relaciones Exteriores, doctor E. Bordenave (en el centro), quien tiene a su derecha al encargado de negocios de España, doctor F. García Ontiveros, y a su izquierda, al subsecretario de Relaciones Exteriores, don E. Eguzquiza. La ratificación de dicha Convención tuvo lugar el 8 del corriente.
Fot. Carrón.

Un delfín en el Paraná de las Palmas



SAN FERNANDO. — Delfín que fué muerto a tiros de escopeta, en el Paraná de las Palmas, por los vecinos de la Isla Sarmiento, Vicente y Victorio Perrone y Vicente del Bono. Dicho delfín medía 3.70 metros de longitud.
Fot. F. González.

LOS ASCENSOS EN EL EJÉRCITO



Doctor Florencio Solari, recientemente ascendido a coronel del cuerpo de Sanidad Militar.

BIBLIOGRAFÍA



La artista pintora señorita Andrée Moch, autora del libro "Páginas vividas", últimamente aparecido.



Señor Juan José de Soiza Reilly, que en breve dará a publicidad su última producción literaria "No leas este libro".

FALLECIMIENTO DEL TENIENTE CORONEL DIAZ



Teniente coronel Balbín Díaz, militar de larga actuación, cuyo fallecimiento, ocurrido en Córdoba, ha sido muy lamentado

Los gajes de un oficio peligroso





Dos aspectos de la aparatosa cogida que sufrió, al entrar a matar, el primer espada de una de las últimas corridas efectuadas en la plaza de toros de Madrid. El cornupeto, después de cornear repetidamente al torero, lo arroja al aire con las ropas destrozadas y maltrecho.



De la visita del primer magistrado puntano a Mercedes (San Luis)



Vista parcial de la concurrencia que asistió al te danzante organizado en honor del gobernador de la provincia de San Luis.



El gobernador de San Luis rodeado por un grupo de damas de la Sociedad de Beneficencia, en una de las salas de operaciones del hospital San Roque.



El mandatario puntano, las autoridades locales y varios facultativos, después de la inauguración de las instalaciones de los rayos X en el hospital San Roque.



Presenciando una de las más emocionantes jugadas del partido interprovincial de football.



La comitiva oficial y parte del público, a la salida del Tedéum.

Fots. A. Arcucci.

Altos de Chipión (Córdoba)



Alumnos de las escuelas locales y público, durante la realización de los festejos con que se conmemoró el aniversario patrio del 9 de julio.

Fot. Jordán.

DEL INTERIOR



MENDOZA.—El presidente de la Caja de Pensiones y Jubilaciones a la vejez e invalidez, señor Leonardo F. Napolitano, acompañado del obispo de Cuyo, monseñor Orzali, y del secretario del interventor, señor Amuchástegui, durante la entrega de títulos a los pensionados.



Vista parcial de los trescientos pensionados del Estado que recibieron el título que les acredita en tal carácter, y, al mismo tiempo, el importe de sus respectivas pensiones correspondientes al mes de junio último.



SAN LUIS.—La cabecera de la manifestación cívica organizada con motivo del aniversario patrio.



Señor Francisco Lafaatta, ganador del campeonato de tiro de revólver, dotado con una medalla de oro donada por nuestro colega "La Prensa".



Enlace Cangiano-Chioffi. — Los novios después de la ceremonia religiosa.



Empleados del Ferrocarril Pacífico festejando el triunfo obtenido por la Fraternidad en las elecciones de la Caja de Jubilaciones y Pensiones.



BALNEARIA (Córdoba).—Comisión de damas que prestaron su valioso concurso a la Sociedad Española de Socorros Mutuos y que recientemente recolectara fondos para donar espléndidas banderas a la mencionada institución.



SANTA ROSA DE TOAY (Pampa).—Cabecera de la mesa en el banquete ofrecido al señor H. Palaciano, con motivo de su próximo enlace.



GENERAL LAVALLE (Córdoba).—El sitio de honor durante la comida organizada en ocasión del enlace Sánchez-Del Bosco, recientemente efectuado.

Fots. La Vía, Quiroga, Jordán y Della Mattia





BASAVILBASO (Entre Ríos). — Grupo de empleados ferroviarios que obsequiaron con un banquete al señor F. Carulla (x), con motivo de su reciente ascenso a superintendente de tráfico del F. C. N. E. A.



QUEMU-QUEMU.—La educacionista señorita Carmen Rodríguez (x), que fué objeto de una afectuosa demostración de aprecio, con motivo de su traslado a otra localidad.



Alumnas de la Academia Rodríguez, de corte y confección, que terminaron sus estudios, rodeando a la profesora señora C. C. de Argos (x).



ROSARIO.—Fallecimiento del señor Habib Feres, conocido comerciante rosarino, perteneciente a la colectividad libanense. — El cortejo fúnebre en la necrópolis de San Salvador. En ángulo: retrato del extinto.



GUAMINI, F. C. S.—Comisión de señoras y señoritas, a quienes acompaña el intendente municipal, señor Zubillaga, que tuvieron a su cargo la distribución de ropas y víveres a los pobres de la localidad, durante las últimas fiestas patrias.



CORONEL SUAREZ. — Señorita Juana Scheinin, que se recibió de profesora superior de piano, obteniendo las más altas clasificaciones.



Club Familiar EL PLATA

Una vista parcial del banquete efectuado en el Club Familiar El Plata, de Vicente López, en honor de los señores J. A. Toppi y señora y señores J. M. Greco, Francisco Seneca y Romeo Dellabianca.

Fots. Duimovich, Carretero, Flores Toledo y Richelme.



La Agencia Vitelle

Por Mauricio DEKOBRA

En el pequeño café del bulevar Montparnasse, Gedeón Picette hojeaba distraídamente los periódicos que el camarero había amontonado ante él. Después de haber leído y releído el suceso de la víspera, una pobre mujer que se había dejado morir de hambre en la sala etrusca del Museo del Louvre, Gedeón Picette recorrió los anuncios.

De pronto atrajeron su atención las siguientes líneas:

"Se necesita un joven de veinticinco a treinta años, distinguido y de aspecto marcial. No se exigen aptitudes especiales ni informes. Sueldo inmediato. Presentarse antes de mediodía en la Agencia Vitelle, calle de Cherchemidi, 181."

Este anuncio hizo meditar a Gedeón Picette. Instintivamente se miró al espejo. ¿Tenía aspecto marcial? Un examen cuidadoso habría puesto no pocas faltas; pero irguiéndose bastante y sacando el pecho, aún podía pasar su silueta por la de un profesor de boxeo.

———

Al día siguiente, Gedeón Picette llamaba a la puerta de las oficinas de la Agencia Vitelle. Fué introducido en el despacho del director, y el señor Vitelle le dijo:

—Caballero, van con usted hoy setenta y dos pretendientes. Empiezo ya a cansarme de este desfile de gentes distinguidas y marciales, y le admito desde ahora a mi servicio, no porque me parezca usted mejor que los demás, sino porque me parece menos torpe que sus contrincantes. Antes de explicarle en qué consistirá su empleo, debo decirle unas palabras acerca de la Agencia Vitelle. Esta agencia tiene la especialidad de organizar y regular el ceremonial de los matrimonios. Las personas que no quieren molestarse se dirigen a mí, y yo me encargo de preparar y combinar sus bodas, desde el envío de invitaciones hasta el banquete seguido de baile. Mediante el pago de suplementos diversos alquilo regalos de boda, en los cuales coloco las tarjetas de los hombres más prestigiosos de Francia, redacto el panegírico de los parientes de los novios hasta la séptima generación, hago que mi corresponsal en Roma me envío un telegrama de bendición papal y preparo el itinerario del viaje de bodas. Y vamos a mi última innovación. ¿Se ha fijado usted en que en toda ceremonia un poco elegante se encuentran militares en traje de gala? ¡Cuántos parientes se han lamentado delante de mí de la falta en la ceremonia de un primo o de un amigo con uniforme! Esto me ha sugerido la idea de proporcionar militares a las familias que no los tienen. He llegado hasta combinar la siguiente tarifa de precios.

Gedeón Picette, estupefacto, leyó en una hoja de papel:

"Matrimonio de primera clase: un general, 150 francos. De segunda: un coronel, 100. De tercera: un capitán, 50. De cuarta: un teniente, 40; un teniente de caballería, 45. De quinta: un suboficial, 15; el mismo, condecorado, 18. De sexta: un sargento, reenganchado o no, 12. Tarifas especiales para los politécnicos, gendarmes, zuavos, etc."

—Comprenderá usted — siguió diciendo el señor Vitelle—que necesito un hombre joven, para llevar el uniforme hasta el grado de capitán, pues para los coroneles y generales ya tengo un antiguo guardia, que me sirve admirablemente. ¿Quiere usted entrar a mi servicio? Mis condiciones son: 150 francos mensuales; pero tenga en cuenta que le pago el uniforme y que está mantenido, pues asiste a los banquetes. ¿Acepta usted?

Gedeón Picette no vaciló un segundo, pues su lema era ganar el pan con el menor sudor posible. Aceptó.

—Entonces—dijo el señor Vitelle—empezará usted su servicio mañana. Tengo un matrimonio de sexta clase en San Vicente de Paul, para el cual me han pedido un sargento de gendarmería — una idea del padre del novio, que es un antiguo gendarme retirado. — Para no equivocarse, preguntará usted en la iglesia por el matrimonio Conde-Detouchèle, y cuando lleguen se unirá usted al cortejo. El suegro le presentará como hijo de un antiguo compañero suyo a la tía del novio, y pasará usted el día con ellos. Siento que tenga que debutar con un matrimonio tan modesto; pero esto le permitirá familiarizarse con sus nuevas funciones.

———

La misa era a las doce. Gedeón Picette, que se había acostado tarde, se levantó más tarde todavía, y cuando miró el reloj vió con espanto que eran las once y media; el tiempo justo para ponerse a toda prisa el uniforme de sargento de gendarmes y de saltar al ómnibus que había de conducirle a la iglesia. En realidad, no sabía dónde estaba San Vicente de Paul; pero un amigo le había dicho la noche antes:

—¿San Vicente de Paul? Espera un poco... Sí; eso es. Está en el barrio de la Estrella, en la calle de Chaillot, al final de la avenida Marceau.

Al llegar a la plaza de la Estrella, Gedeón Picette vió que eran las doce y media. No había un segundo que perder. Bajó corriendo la avenida Marceau, volvió a la calle de Chaillot, siempre al paso gimnástico, y al fin descubrió una iglesia, frente a la cual se estacionaban numerosos coches particulares.

Una alfombra estaba tendida desde el borde de la acera, y la calle estaba llena de curiosos, que contemplaban ávidamente los incidentes de aquella ceremonia principesca.

Gedeón Picette entró presuroso en la iglesia, y quedó estupefacto ante la soberbia iluminación del templo.

—¿Esto es un matrimonio de sexta clase?—se preguntó con asombro.

Llamó a uno de los suizos, lujosamente ataviado, y le preguntó:

—Perdóneme usted. ¿Es éste el matrimonio Conde-Detouchèle?

—Sí — respondió el suizo, sorprendido. — Este es el matrimonio del conde de Touchel... Pero ¿por qué me hace usted esa pregunta, sargento?

Gedeón no quiso oír más. Se acercó al altar y aguardó el final de la misa. Cuando el órgano majestuoso atacó la marcha nupcial, se acordó de la recomendación del señor Vitelle de no dejar ni un instante de figurar en el cortejo, y pensó que el momento era propicio cuando vió levantarse a los novios y dirigirse a la sacristía. Haciendo sonar sus espuelas, se abrió paso entre la gente, y marcial, imponente, se acercó a los desposados.

A la vista de aquel gendarme, la novia lanzó un grito.

—¡Un gendarme! ¡Mamá!

Ya el suegro se adelantaba para recibirla en sus brazos, cuando Gedeón, creyendo ver en el elegante anciano aquel de quien debiera aparentar ser antiguo camarada, le puso amistosamente la mano en el hombro, mientras la madre de la novia gritaba:

—¡Dios mío! ¡Detienen a tu suegro!... ¡Pobre hija mía!

Calló el órgano. Llenó la iglesia un murmullo indescriptible. Se subían los invitados a las sillas para ver mejor. El escándalo estaba en su momento álgido.

—¿Por qué lo detienen?—se preguntaban unos a otros.

—Ha cometido una falsificación.

—¡Qué escándalo! ¡Casarse con el hijo de un falsificador!

—Dicen que ha estafado un collar de cien mil francos.

—No. Lo detienen por corruptor de menores.

—¡A su edad! ¡Qué escándalo!

Aumentaban el murmullo y la confusión. De pronto gritó una voz:

—¡Un médico! ¡Pronto, un médico!

Era la novia, que acababa de desmayarse. Se la condujo a la sacristía, mientras el padre del novio, rojo como la cresta de un gallo apoplético, vociferaba:

—¡Pero esto es odioso! ¡Detenerme a mí, a un hombre cuyo honor nadie puede poner en duda! ¡Esto es una infamia! ¡Un complot! ¡Esto es una vergüenza política! ¿Por qué se me detiene? ¿Por qué?

Los invitados, los suizos, los acólitos se miraban estupefactos. El gendarme había desaparecido.



Soneto de amor

Para "Fray Mocho".

Aunque pasen los años y yo muera
lejos de tus caricias, ¡oh bien mío!,
mi corazón sabrá que en su desvío
vivió para inmolarse a una quimera.

Así sabe la vida al que creyera
vivir como en un culto amando un frío
corazón de mujer que por lo impío
la compasión tan sólo mereciera.

Mas no importa al amante ser odiado
cuando lleva en su pecho lacerado
el corazón; que ese es noble al llorar.

Y mientras tus caprichos no hallen freno,
yo llevaré en la vida mi veneno:
que el veneno mejor es el de amar.

J. M. CORDEYRO ECHAGÜE.



El alma de las muchedumbres

Sus crímenes y sus heroísmos



Estamos en París, en el París revolucionario de 1792. Un grupo de demagogos pasa aullando por la calle. El mozo de cuerda de la esquina, hombre honrado, de intachable conducta, se deja arrastrar por la curiosidad: sólo va "a ver lo que pasa"; nada más. Poco a poco se entusiasma con el espectáculo que le embriaga, y dos horas después ha tomado parte en las matanzas de los aristócratas hacinados en la cárcel y por su propia mano ha dado muerte a veinte. Por la noche, vuelve a su casa loco de terror, perseguido por el recuerdo de aquellos veinte cadáveres, y al cabo de un mes muere sin haber podido dormir una sola noche, temblando de fiebre y de locura. De un ciudadano pacífico, la multitud delirante ha hecho un asesino. ¿Qué singular embriaguez, criminal unas veces, sublime otras, es ésta que lo mismo conduce al crimen que al sacrificio? Esta fuerza irresistible y misteriosa tiene su nombre: es el alma de la muchedumbre.

Acaso se trate de un simple caso de contagio nervioso. Algo parecido a lo que ocurre con el bostezo. Todo el mundo sabe cuan contagioso es éste. Lo mismo sucede con la tos. En el teatro, basta que una persona tosa, para que en toda la sala se declare una verdadera epidemia de toses. Hace algunos años, representando en Moscú "La dama de las camelias", Sara Bernhart interrumpía las palabras de Margarita Gautier con frecuentes accesos de tos; el auditorio se contagió, y durante más de un cuarto de hora apagó con sus toses la voz de la gran actriz. En el terreno moral ocurre exactamente lo mismo: los individuos que componen la multitud se sugestionan, digámoslo así, unos a otros. Los más enérgicos son los que dan la voz, y ésta corre bien pronto por la multitud. Basta que un desconocido lance un grito de odio o de heroísmo, para que toda la muchedumbre se adhiera al movimiento. Una vez exaltada, la muchedumbre ya no es dueña de sí; enloquece y llega a todos los excesos, lo mismo buenos que malos.

Las atroces matanzas de la época del Terror, cuando la Revolución Francesa, nos dan ejemplo de lo que es la exaltación en la muchedumbre. Habla Desmoulins, hace Marat una señal, y basta para que empiece la horrible carnicería. Taine en sus "Orígenes de la Francia contemporánea", ha descrito el cuadro en estos términos: "Los carceleros han recibido orden de abrir las puertas de las prisiones: de dejar que la muchedumbre entre a matar a su gusto. Los prisioneros desfilan como los bueyes en un matadero, y van cayendo a los golpes de doscientos o trescientos locos, muchos de ellos verdaderas fieras, asesinos por instinto; otros, simples máquinas que se dejan empujar; otros, en fin, bien intencionados, pero arrastrados por el vértigo y por la vista de la sangre. Todos están alegres; danzan en torno de cada nuevo cadáver, cantan "La Carmañola". Se colocan bancos para que tomen asiento los curiosos y las curiosas; éstas últimas quieren contemplar mejor a los aristócratas asesinados, y se piden antorchas, y se coloca una sobre cada cadáver".

Mil cuatrocientas víctimas en seis días y cinco noches fueron el resultado de esta espantosa matanza.

Lo mismo ocurrió con la Commune, delirio sangriento que duró meses enteros, que llenó de sangre y de ruinas a París y que fué preciso ahogar en sangre. Era un pueblo que se había vuelto loco, furioso.

Siempre que la multitud se hace justicia, o cree hacérsela, procede del mismo modo. Nada de tribunal ni de proceso; el castigo cuanto antes, y como castigo, la pena de Talión.

Este género de ejecución sumarísima es todavía frecuente en los Estados Unidos, donde, bajo el nombre de linchamiento casi constituye una costumbre nacional. Cada vez que el pueblo desconfía de la justicia se amotina y se la toma por su mano, y entonces, los ciudadanos más pacíficos se vuelven fieras, presa de la sugestión de las muchedumbres. Véase lo ocurrido en Nueva Orleans en marzo de 1889. Los tribunales temerosos de complicaciones de orden internacional, no se atrevieron a condenar a muerte a doce italianos, que habían asesinado a un jefe de policía.

Ante esa debilidad oficial, el populacho echa abajo la puerta de la cárcel y penetra en el edificio blandiendo escopetas y carabinas. Descubierto el principal de los asesinos, doce balazos le dejan sin vida en su propia celda. Fuera, la gente que no ha podido entrar pide una víctima. Se les envía a uno de los criminales, enfermo, que es arrastrado a la calle y ahorcado inmediatamente, sirviendo su cuerpo de blanco a cien rifles. Los demás italianos sufren la misma suerte. Uno de ellos, en el momento de ser colgado cae al suelo porque se ha roto la cuerda. Vuelven a colgarlo, pero se defiende, y agarrándose rabioso a la cuerda, logra levantarse hasta la barra de hierro del farol que sirve de horca. Pero no puede escapar. Se le cuelga por tercera vez, y su muerte es celebrada con un himno de triunfo de la multitud.

Si el hombre no es nunca tan fácilmente criminal como cuando forma legión, las grandes virtudes, el patriotismo, por ejemplo, no se revelan nunca con tanta magnificencia como entre la multitud.

Amenazada Francia por la coalición extranjera, la Asamblea declara a la patria en peligro. En todas las plazas públicas se elevan tribunas de enganche. Pueblos enteros toman las armas y corren a la frontera; hay alguno donde sólo quedan las mujeres, los niños más pequeños y los enfermos. Cuando la Asamblea legislativa pide a la Gironda que le envíe hombres, aquella región da una respuesta épica: "La Gironda no enviará a nadie: irá ella, irá toda entera", y sólo de este departamento llegan a París 70.000 hombres. En pocos días el movimiento patriótico puso en la frontera 600 mil voluntarios.

Pocos años después, dentro de algunos meses hará un siglo, delante del palacio real de Madrid una viejecita desconocida rompe con el grito de "¡Que se los llevan!" la pasividad de la muchedumbre que presencia la marcha de los infantes de España; y aquel grito es el origen de esa epopeya que se llama la Guerra de la Independencia. Desde las capitales hasta los más pequeños pueblos, el grito glorioso del alcalde de Móstoles halla un eco, no ya en los hombres solamente, sino hasta en las mujeres, que saben detener el avance de los vencedores de Marengo y Austerlitz. Madrid, Zaragoza y Gerona, dan ejemplos de heroísmo que nos parecerían inverosímiles si no fuesen tan recientes. Y cuando algún espíritu apocado habla de rendirse ante el temor de morirse de hambre la multitud aplaude a un general Alvarez que contesta: "Cuando se acaben las provisiones, nos comeremos a los malos patriotas como usted..." Y en aquella lucha contra la invasión extranjera no hay pueblo de España que no produzca un puñado de héroes, y en las calles de Zaragoza y de Madrid, y hasta en las aldeas, las mujeres dan a los hombres el ejemplo del ardimiento por la patria, dignas herederas de las madres de Numancia y de Sagunto.

SIN DOLOR



El dentista. — Todo esto proviene de malas digestiones. Lo que tiene usted que hacer es no tomar nada más que líquidos: leche, caldo...

El paciente. — Entonces, póngame un acueducto en vez de un puente.

Diamante aciago

Un millonario de Wáshington, Mr. Edward Mac-Lean, adquirió hace tiempo en 360.000 dólares el tristemente famoso "Diamante azul", también llamado de "Hope".

Recordaremos su historia. Comprado en la India por Tavernier, en 1642, vendiólo a Luis XIV de Francia, yendo a formar parte de las joyas de la Corona. Su primera víctima fué la célebre cortesana Madama de Maintenon, cuya buena estrella comenzó a palidecer no bien colocó sobre su seno la malhadada piedra. Luego pasó a la propiedad eventual del banquero Fouquet, como garantía de un préstamo regio; inmediatamente cayó en desgracia el financiero y aún parece que fué a dar con sus huesos en la Bastilla. De la infortunada reina María Antonieta se sabe que había ostentado en su nívea garganta, segada por la guillotina revolucionaria, el pícaro "Diamante azul". La princesa Lamballe tuvo un capricho análogo, hizo brillar una noche sobre su seno en cierta fiesta de Versalles el "Diamante azul", y a poco moría asesinada por el populacho jacobino.

Como si se hubiese cansado de originar infortunios, el diamante "Hope", desaparece durante cuarenta años. Al cabo de ellos surge en poder de un lapidario de Amsterdam, que proyecta convertirlo, por gala y provecho, en dos. El hijo del lapidario roba la piedra, causa la ruina paterna y se suicida. Un francés a quien el ladrón confiara el diamante, no se atreve a venderlo, y perece de hambre. Ya en época más reciente, pasa sucesivamente a poder de un negociante neoyorquino, que al mes quiebra; a las de un magnate ruso, que se lo regala a su amiga, una actriz parisiense, a la que acaba por pegar un tiro, cegado por los celos; a las de un joyero francés, que hay que encerrar en un manicomio; a las de otro joyero, griego, que cae con su mujer e hijos en un precipicio; a las del sultán turco Abdul-Hamid, que hoy llora en el destierro, su perdido solio; a las de Lady May Hope, que hubo de pasar grandes amarguras matrimoniales...

Tal es la historia de la preciosa piedra.

Nueva orientación de la ciencia médica

Aproximación entre la "medicina escolástica" y la homeopatía.

Todo está en perpetua fluencia, y eso se aplica también a la medicina. La aparentemente desbancada medicina humoral, basada en la composición y las alteraciones morbosas de los humores, ha conseguido implantarse de nuevo y domina hoy con una exclusividad casi absoluta el pensamiento de todos los médicos. Los puntos de contacto entre la medicina oficial y la homeopatía van aumentándose. Basta estudiar la profilaxis y la terapéutica del bocio para convencerse de que la ciencia se vale aquí de cantidades de yodo tan mínimas que el tratamiento apenas se diferencia del homeopático. En fin, ¿qué importa el método? Lo principal es aliviar al paciente y librarle de su enfermedad. Al general y al médico se los juzga por los éxitos que alcanzan, no por sus teorías. Se trata de combatir las dolencias; explicarlas tiene un valor secundario. El doctrinalismo es siempre estéril.

Está muy en consonancia con el carácter de nuestra época que con siempre mayor frecuencia se revelen afinidades entre la medicina enseñada en la mayoría de las universidades, que por eso lleva el calificativo "escolástica", y la dirección homeopática de esta ciencia tal como la expuso su fundador Hahnemann. R. Koch, un conocido historiador de la medicina, tiene el mérito de haber hecho resaltar estas conexiones en un libro publicado por la editorial de Bergmann y titulado " El pensamiento médico".

Koch nos hace ver que la dosadura homeopática (medicamentos sumamente diluídos) no es de ninguna manera tan insensata como generalmente se supone. Esta opinión halla un suplemento y apoyo verdaderamente sensacional en un escrito que hace poco el célebre cirujano August Bier dió a luz en la revista médica "Muenchner medizinische Wochenschrift". Bier recalca la grande influencia que ejercieron sobre él las ideas del eminente farmacólogo Hugo Schulz y procede luego a poner de manifiesto las relaciones que median entre el criterio científico moderno y las máximas de la homeopatía. Bier admite que le costó algún trabajo desprenderse de la opinión de que "toda la homeopatía no es más que un disparate con el cual jamás se puede ocupar un médico que se estima a sí mismo."

Bier nos enseña dichas relaciones primero en la llamada terapia de los cuerpos estimulantes, que por la inoculación de sustancias albuminosas y otras materias tonificantes trata de estimular el proceso curativo en el órgano afectado. El organismo enfermo es muy sensible, sobre todo en aquellas partes donde el morbo tiene su foco, de modo que las cantidades insignificantes de un tónico bastan para excitarlo, mientras que cantidades mayores pueden causar los más graves desórdenes. Estos pareceres tienen una analogía incontestable con los principios enunciados por los homeópatas.

La pequeñez de la dosis no hace ineficiente el remedio; al contrario, la dosis pequeña produce efecto donde la grande falla. Para demostrar esta tesis cita Bier como ejemplo el azufre, un medicamento que no sólo hoy sino ya en los tiempos de Hahnemann desempeñaba un gran papel en la homeopatía. Administrado en grandes cantidades provoca el azufre erupciones cutáneas, ulceraciones y furunculosis. El tratamiento de esta última enfermedad con pequeñas dosis de azufre se adapta pues perfectamente al principio de la similitud en el sentido homeopático ("Similia similibus curantur"). Propinando al paciente azufre en cantidades homeopáticas consiguió Bier curar casos gravísimos de furunculosis, casos en que el paciente había padecido esta afección por término de tres años a pesar de haber usado todos los métodos curativos que la ciencia conoce. Las personas tratadas con azufre no tuvieron jamás una recidiva, y otras enfermedades cutáneas cedieron igualmente a este tratamiento terapéutico. Aun en las más pertinaces furunculosis axilares fué posible prescindir de una operación quirúrgica, y la dosis homeopática ha surtido aquí más efecto que cualquier otro remedio. Para explicar este fenómeno debemos suponer que el azufre ayuda — estimulándola — la epidermis a vencer la enfermedad por sus propias funciones vitales. Parece que el factor decisivo es la forma en que se administra el remedio.

E. Riess, un asistente de Bier, describe el nuevo método practicado en esta clínica para evitar o curar los violentos catarros bronquiales y las pulmonías que no raras veces se presentan en secuela de las operaciones. Entre las causas que provocan estas enfermedades pulmonares figura en primer término el éter empleado en las narcosis. Bier y Riess tratan de estimular el pulmón amenazado o ya afectado administrando al paciente pequeñas dosis del mismo medicamento. Inyecciones de éter en muy pequeñas cantidades se han acreditado en una práctica de quince meses como el remedio más eficaz contra bronquitis etérea, bronquitis efímera aguda y catarros bronquiales crónicos sin dilatación de los pulmones.

Tales experiencias han sugerido a Bier la conclusión de que la ciencia médica oficial puede aprender mucho de su hermana, la homeopatía, por lo cual no es dable pasar por ella en silencio o desacreditarla intencionalmente. Sabe que estas exposiciones suyas hurgarán en un avispero; pero insiste en que no se desechen sus argumentos antes de comprobar los resultados obtenidos por él — una conjetura que, dada la indiscutible autoridad de Bier, carece de fundamento. Sería un error creer que Bier fuese un homeópata inveterado; lo único que se deduce de su escrito es que este sabio ve en aquel ramo de la medicina uno de los diferentes caminos que conducen al conocimiento de la verdad científica y con ello al alivio de la doliente humanidad. Con justicia cree Bier que el obstáculo más fuerte que se opone a una inteligencia entre los representantes de una y otra dirección es la hueste de los chambones, embusteros y necios — facultativos y profanos, — que se agarran a las faldas de la homeopatía, muy a disgusto de los homeópatas honrados y científicamente formados. Pero, este impedimento no es invencible.

¿Hasta dónde baja un buzo?

Se exagera mucho cuando se habla de la profundidad a que pueden llegar los buzos. Se ha dicho que uno de éstos llegó a 33 brazas y media, o sea a unos 60 metros, en la costa occidental de la América del Sur, y se asegura que otro, trabajando al mismo tiempo y en el mismo punto, extrajo tres barras de cobre de una profundidad de 40 brazas, aunque a costa de su vida.

En realidad son contados los hombres, por robustos que sean, que pueden resistir la permanencia a una profundidad de 20 a 30 brazas. La mayor parte de los buzos no se aventuran a más de 10 brazas. En una ocasión, de 352 individuos que estuvieron trabajando a mayor profundidad, treinta salieron enfermos, y diez de ellos murieron.

En 1885, cuando el "Alfonso XII" se fué a pique en aguas de Canarias, con diez cajas de dinero, la compañía de seguros marítimos envió al lugar del siniestro tres de sus mejores buzos llamados Lambert, Tester y Davies, lo cuales lograron extraer nueve cajas con su contenido intacto. Pero Lambert contrajo una parálisis en los órganos internos, si bien parece que más tarde pudo curar, y en una segunda expedición organizada para recobrar la décima caja, Tester perdió la vida, probablemente por haber estado bajo el agua demasiado tiempo. La profundidad a que había que bajar era de 48 metros. Durante la primera expedición, Lambert cobró 20 mil duros, y Tester 7.000, en cuyas cantidades se comprendían su sueldo ordinario, un cinco por ciento del valor salvado y un premio de 250 duros por caja. Una compañía alemana quiso intentar el salvamento de la décima caja, ofreciendo como sueldo un cincuenta por ciento de su valor, sin otra recompensa, pero los buzos juzgaron la profundidad demasiado grande y la empresa quedó abandonada.

El mayor peligro a grandes profundidades consiste, no en la presión como vulgarmente se cree, sino en la gran cantidad de nitrógeno que invade la sangre y en el envenenamiento por el ácido carbónico que produce una sensación muy notable de opresión y de dificultad para respirar. Si el buzo sube a la superficie demasiado rápidamente, siente en seguida los efectos del nitrógeno que ha absorbido su organismo.

Dos autoridades en la materia, los doctores Hill y Creewood, del London Hospital, consideran que el límite de la profundidad a que puede trabajar un buzo, son 35 a 40 brazas, o sean unos setenta o setenta y cinco metros, y aun entonces, la cantidad de oxígeno que hay que suministrarles es tan grande, que puede producir pulmonías, convulsiones o inflamaciones pulmonares.

Los veintiún baños del señor Courbevois

Por EDUARDO OSMONT

—Su caso — dijo el médico — no tiene nada de particular. No hace usted ejercicio, no toma el aire... Váyase a un puerto de mar. Unos baños le sentarán perfectamente.

—¡Pero, doctor... a mis años!...

—A sus años se le quitará ese malestar que siente ahora. Tome usted veintiún baños, que es la cifra clásica.

Cuando la señora de Courbevois supo la prescripción del médico se desató en denuestos contra la terapéutica moderna. La razón de ello era el temor a desequilibrar el presupuesto, cuyo equilibrio le costaba a la excelente señora no pocos desvelos. Una estancia de veintitantos días en un puerto de mar suponía mermar el capital en una cantidad nada despreciable.

Pero ante la insistencia del médico no hubo más remedio que partir. Los preparativos motivaron mil escenas penosas. La compra de cada objeto fué una batalla. El viaje fué para el señor Courbevois un verdadero suplicio.

El primer baño del señor Courbevois fué algo épico. No estaba acostumbrado al agua fría, y en cuanto ésta le llegó a las rodillas sintió una impresión muy desagradable. Pensó retroceder y dar por terminado su primer baño; pero la presencia de su mujer le contuvo. Siguió avanzando lentamente; pero cuando una ola le alcanzó en el estómago, salió rápidamente del agua.

Pero la señora de Courbevois vigilaba en la orilla. ¿Iban a tirar así el dinero? ¿No había ordenado el médico baños fríos? ¡Pues al agua, aunque estuviese helada!

—¡Adentro en seguida, hasta que pase un buen rato!—dijo furiosa a su marido.

—¡Pero, por ser la primera vez, hijita!...

—¡He dicho que adentro!

Era inútil toda resistencia. El pobre Courbevois lo sabía por experiencia, y se lanzó de nuevo al agua.

Un cuarto de hora largo duró su martirio. Salió tiritando. Su mujer le friccionó vigorosamente hasta hacerle entrar en reacción. Mientras se entregaba a esta faena, la señora de Courbevois parecía preocupada. De repente dijo:

—Dime. Como nos queda más de una hora para el almuerzo, ¿no podías tomar el segundo baño? Tienes tiempo de sobra.

—¡Tomar un segundo baño!— contestó Courbevois asustado.

—Sí... Tienes tiempo. Así no tienes que tomar más que diez y nueve, y eso llevamos ganado.

—No. ¡Basta por hoy!

—Repara en que pagamos treinta francos diarios de hotel. Cuanto más de prisa vayamos, nos podremos marchar más pronto de aquí.

—Me es igual. Yo no tomo otro baño. Está muy fría el agua.

—Harás lo que yo te mando. No es cosa de derrochar el dinero inútilmente.

Courbevois tuvo que resignarse y tomar el segundo baño.

—¿Ves cómo no te has muerto?

—Es extraño cómo se acostumbra uno a todo. Ahora me ha parecido el agua menos fría que antes.

—Ya te lo decía yo.

Y pensando siempre en la economía se aventuró a añadir:

—Como quieras; podías tomar el tercero.

—¡Oh!

—Ya que has empezado puedes seguir.

—¿Crees?

—Naturalmente.

Courbevois, ya entrenado, no se atrevió a negarse.

Después del tercer baño, su mujer le obligó a tomar el cuarto, el quinto... y así sucesivamente. Entraba en el agua, estaba diez minutos, salía, se secaba, respiraba un poco y volvía a internarse mar adentro. Así estuvo todo el día. Al anochecer, los últimos paseantes pudieron ver en la playa a un hombre grueso que se bañaba mientras su mujer lo animaba desde la orilla. Era el señor Courbevois, que tomaba su vigésimo baño.

Al día siguiente el tratamiento estaba terminado y el matrimonio regresaba a la capital.

Pero de su temporada veraniega Courbevois no ha sacado ningún beneficio. Siguen sus molestias, agravadas con frecuentes dolores de reuma articular.

La señora de Courbevois no deja de recriminar a su esposo. Teme que el año próximo haya de renovar el tratamiento.

Cristóbal Colón genovés, Cristóbal Colón gallego...

Por MANUEL LINARES RIVAS

Habíase quedado definitivamente de acuerdo en que Colón era gallego, de Pontevedra por más señas.

Y regocijados los de los Rías Bajas con tan señalado parentesco vecinal, habían incluso añadido a los juegos florales en preparación para este verano unos lemas—con objeto artístico como premio—a la mejor oda cantando "Al navegante galaico", y a los más inspirados tercetos en loor de "El primer gallego en el agua".

Pero nuestro gozo en un pozo. Subsiste en potencia, como decimos los metafísicos, el pavoroso objeto artístico, que ahora se destinará a más leves empeños, quizás a unas míseras y copiosas redondillas ensalzando el fleco de la gaita o los palillos del tamboril; pero ya desaparecieron en los profundos abismos de la nada la majestuosa oda y los armoniosos tercetos que habrían de lanzarse contra Colón... y contra nosotros.

Y no es que hayan logrado los señores de la acera de enfrente, los genoveses, destruir ni hechar por tierra las razonadísimas y documentadísimas aseveraciones de los de la acera de acá, los gallegos, sino que vuelven a discutirlo, únicamente a discutirlo; pero eso ya basta para nublar nuestra alegría y a no creernos autorizados para que se celebren festejos ni se acumulen odas mientras no resplandezca como indiscutible y acatada de modo unánime, la filiación de maruxo al primer almirante de las Indias, al que no sólo discuten su nacionalidad algunos estimadísimos y doctos eruditos, sino que, además, y sin duda, para que rabiemos sus paisanos, se obstinan en llamarle "Christophorus Columbus". Y ¡claro!, en Pontevedra no hallan un Cristo puro ni con un candil, ni encuentran un Columbus por un ojo de la cara.

Y nuestros enemigos no cesan de emplear ese capcioso argumento: Columbus arriba, Christophorus abajo, y hasta en el propio testamento de Colón, redactado de su puño y letra, aparece firmando—también de su misma escritura según el "dictamen pericial de cinco maestros de escuela"—con un tremebundo, descomunal y aplastante Christophorus.

Y a don Diego, hermano de don Cristóbal, se le expide en 1504 una real cédula, concediéndole que le estimen como un natural de estos reinos de Castilla y de León, para que pueda disfrutar de cualquier beneficio eclesiástico que se le concediese "como si fuera natural de" los dichos nuestros reinos.

Vamos a descartar primero estos últimos, pues por tratarse de un documento oficial e indiscutible parece que tiene gran fuerza demostrativa para el caso.

La circunstancia de no ser natural de los reinos de Castilla y de León no supone, ni mucho menos, que haya de ser extranjero. Basta que no sea de esos reinos y que la prebenda eclesiástica requiera la naturaleza de esos lugares determinados para que no se le pueda conceder tal beneficio sin una declaración previa de serlo o de considerarle como si lo fuera. Y nosotros decimos precisamente que Colón y los suyos no son de Castilla ni de León, sino del reino de Galicia, por lo cual, "precisamente también", necesitaban el requisito preliminar de naturalizarse para el efecto de lograr ciertas plazas y sus emolumentos y ventajas.

Nada menos que en el "Boletín de la Real Academia de la Historia", correspondiente a enero-marzo de este año, aparece un informe elevado a esa respetabilísima corporación por don Angel respecto de la obra en que el señor García de la Riega sostiene y demuestra que el almirante nació en Galicia. Y el señor Altolaguirre coadyuva a su manera, oponiéndose por anticipado a que tal declaración se haga de modo solemne y con la autoridad indiscutible que le prestaría un refrendo de tal calidad.

La razón del informante—que demuestra en el escrito su erudición y competencia, aunque no su imparcialidad—parece a primera vista que es concluyente.

Dice el mismo Colón en su testamento—otorgado en 1497—que "de Génova salí y en ella nací".

En la carta que en 1503 escribió Colón a los reyes desde la isla de Jamaica, dice: "¿Quién creerá que un pobre extranjero se hubiese de alzar contra V. A. sin causa ni sin brazo de otro príncipe?"

Y en otra carta anterior—en 1898 de Altolaguirre, coadyuvando al dictamen de la dicha Academia—dice: "Ausente yo y envidiado extranjero, no me deshechen. Vuestras Altezas, pues que siempre me sostuvieron".

Fernando Colón, el hijo, cuando escribe la historia del almirante, "no sabe o no quiere decir dónde nació su padre"; pero cuando en Sevilla otorga su testamento—1539—"ya lo sabe", y dispone que para adquirir libros se valgan como "Sumistas de la librería Fernandina que instituyó don Cristóbal Colón, genovés, primer almirante que descubrió las Indias". Es decir, según el informe a que aludimos, que el hijo confirmó la declaración del testamento del padre en lo relativo a nacionalidad.

No ya en aquella época, tan divididas las regiones y con tan distintos privilegios entre ellas, sino hoy mismo, en que la igualdad se proclama, —aunque no se ejercite—hay todavía muchos empleos, especialmente en Cataluña y en las Vascongadas, en que se exige ser natural de allí para lograrlos y servirlos. No basta ser español: es preciso ser natural de Cataluña o de Vasconia.

Por consecuencia, esta real cédula no prueba nada en contra de lo que nosotros sostenemos.

Y vamos con la afirmación del propio almirante en su testamento: "Soy genovés; de Génova salí y en ella nací".

Y a cualquiera se le ocurre preguntar inmediatamente: ¿pero si eso existe, quién discute? ¿Cómo hemos de salir con Pontevedra ni con nada habiendo declaración tan explícita y tan categórica?

Pues muy sencillo. "Porque no la hay". Porque es un infundio todo lo del dichoso testamento, y una farsa amañada por quien tuvo interés en ello, "y para logros de sucesión en el mayorazgo", todo lo que se ha escrito respecto del asunto.

Esto aparte de que, verdadero ni apócrifo, no hay tal testamento; "que no apareció jamás en ninguna oficina legal", y a lo que llaman pomposamente testamento es una hoja de papel que los peritos—los peritos son unos maestros de escuela—declararon como de la letra del almirante. Pero entonces, a raíz de aparecer inopinadamente, nadie creyó en la autenticidad ni en lo milagroso del "hallazgo", que favorecía a los encontradores únicamente, con perjuicio de los que ya disfrutaban el mayorazgo, y por ello hubo, a más de los pleitos las causas y las prisiones de los que suponían embaucadores de las gentes de bien y falsificadores de la letra y de la voluntad del primer almirante.

Y esta superchería dió origen al famoso pleito de la sucesión en el ducado de Veragua, inmiscuyéndose hasta la Iglesia en la contienda con las archicuriosísimas "Pailinas", o bulas y despachos de Paulo III, conminando hasta con anatema a los que supieren algo de tal pleito y no lo pusieran en conocimiento público inmediatamente.

Y si el testamento es falso, falso es también todo lo que deriva de su letra.

Déjenme, pues, quieto a Colón, que gallego es y de Pontevedra fué.

Y por informes ni por dictámenes no estamos dispuestos a renunciar a que su Christophorus latinizado sea nuestro ilustre paisano o señor de Colón.

"AT HOME"

Astoya

—¡Pronto, un médico! ¡Miguelín se ha tragado una moneda de cinco centavos.
—¡Lo que es la lógica femenina: gastar cinco pesos para recuperar un miserable níquel!

Lucha a muerte entre animales

Las luchas de los ciervos en celo es un tema largo y detenidamente tratado por muchísimos naturalistas. Los reyes de la selva alemana se embisten con tanto ímpetu y tanta persistencia que generalmente uno de ellos queda muerto en el sitio. Pero, no solamente entre los ciervos se conocen estos encarnizados desafíos, sino también entre otras especies del reino animal. Tales combates constituyen los espectáculos más interesantes que la fantasía puede soñar.

Un naturalista inglés se ha tomado el trabajo de compilar una serie de estos dramas que a diario se desarrollan en la naturaleza libre. Hace poco asistió dicho sabio en la colonia de Kenja a una de las más extrañas luchas de esta especie. Un enorme cocodrilo había hincado sus dientes en la pata trasera de un hipopótamo y trató de anegarlo. El paquidermo se defendió heroicamente; pero al fin relajaron sus esfuerzos. El cocodrilo consiguió tirarlo hacia una parte más honda del río, bajo cuya superficie desaparecieron ambos animales.

Nadie creerá que el antílope sea un digno adversario para un león. Sin embargo existe entre ellos una especie llamada Oryx que en su cuerno, largo y afilado como un alfanje, tiene un arma sumamente peligrosa. Un hambriento león atacó al guía de una manada de estos animales. Cuatro veces saltó el felino sobre su presa y cada vez pudo ésta acogerlo con su cuerno hasta clavárselo al fin en el vientre. Ambos animales cayeron al suelo; pero no por mucho tiempo pudo el antílope gozar de su triunfo, porque se desnucó en sus desesperados esfuerzos para retirar su cuerno del cuerpo del león.

Una lucha terrible entre una boa constrictor y un jaguar fué presenciado por otro naturalista. Aunque la gigantesca serpiente había enredado ya por completo a su víctima, la desgarró el jaguar con sus uñas tan horriblemente que la boa tuvo que soltar a su presa, que así se escapó a una muerte casi segura.

También en jardines zoológicos se ven a veces luchas de esta índole. En el zoo de Londres tuvieron dos elefantes, "Tippoo" y "Kaiser" un verdadero desafío a causa de un perro. Este can era el amigo particular de "Kaiser", lo que enceló a "Tippoo" hasta tal grado que un día cogió al perro con su trompa y lo mató arrojándole al suelo. La consecuencia fué una lucha sañuda entre los dos elefantes, que ciertamente habría terminado con la muerte de uno de los adversarios si los guardianes no hubieran conseguido separarlos.



Los caballeros andantes de la poesía

Cómo y dónde nacieron los trovadores. — Su verdadero carácter. —Trovadores que llegaron a reyes y a Papas.— Trovadores españoles famosos.

Mucho se ha escrito acerca de los trovadores y del movimiento literario iniciado por ellos, sin que ningún autor haya visto con claridad el verdadero carácter de aquellos errabundos poetas-músicos, cuya cuna fué la soleada Provenza, allá por los siglos VIII o IX. La crítica docta nos presenta al trovador como un hombre seriote, dado al estudio y a la meditación, algo intrigante político, y por remate, más amigo de las comodidades del hogar que del libre goce de la libre Naturaleza.

Con más certero juicio, el sentimiento popular tuvo siempre al trovador por cosa muy distinta, viendo en él lo que fué en realidad: un héroe novelesco de pies a cabeza. Sí; eran los trovadores aquellos gallardos mozos que, laud a la espalda y estoque al cinto, íbanse de castillo en castillo y de corte en corte a cantar apasionadas endechas, pastorales y baladas, tenzones y serventesios, subyugando corazones femeninos, engendrando odios, despertando celos o removiendo las fibras patrióticas de los pueblos. Ellos eran no la vacilante lámpara de la ciencia recogida y solitaria, sino la única luz vivaz y fúlgida que alumbró las tinieblas de la incipiente Edad Media.

Primer poeta de la moderna civilización, apareció el trovador en el único rincón de Europa donde la ausencia del ruido de las armas, común a todo el continente, permitía el tranquilo cultivo de las musas, protegido y estimulado por un príncipe-trovador, el inspirado Bonifacio IX, conde de Poitiers. Este, que en sus años juveniles habíase dado buen tiempo recorriendo los castillos señoriales de Aviñón, Arles, Tolosa y otras ciudades de la bella Provenza, ideó constituir en torno de sí una corte literaria donde se cantase en el pintoresco lenguaje de la región lemosina, en la lengua de "oc", todo lo que podía ser digno de ensalzamiento: la mujer, el hombre esforzado, el amor, la caballerosidad y la cortesía.

En aquel crisol literario se fundieron y depuraron todas las antiguas formas de la poesía, surgiendo un nuevo arte que durante más de dos siglos fué la exclusiva sensación estética que conmovió a una sociedad ruda e ignorantísima. Formada ya la escuela de trovadores, sólo faltaba que sus adeptos se lanzasen por el mundo difundiendo las dulzuras de la "gaya" ciencia; y fué lo que hicieron los trovadores provenzales.

¿Cómo habían de realizar éstos su nobilísimo empeño en una época cual aquella en que comenzaron su apostolado artístico? De la única manera compatible con los tiempos que corrían: constituyendo una verdadera orden de caballería poética; consagrándose, cual los caballeros andantes, al servicio de una dama, hermosa a ser posible, y en honor de la cual sostenían pruebas de ingenio de igual suerte que los "amadises" defendían las suyas a cintarazo limpio; profesando el mismo culto que ellos a Dios, a Eros y a la valentía, y al par que ellos ganándose de zoca en colodra, guapamente, buenamente, el diario sustento en amuralladas fortalezas o en dorados palacios, según caían las pesas. Fueron, pues, los trovadores, genuinos Quijotes poéticos con todas sus grandezas y miserias, hombres de aventuras amorosas y políticas, encanto de varias generaciones y, por punto general, muy razonables personas.

No se crea por lo que decimos anteriormente, respecto al prosaico arbitrarse el cotidiano condumio los trovadores, que éstos eran pelafustanes que no tenían sobre qué caerse muertos, o que, llegado el momento de la celebridad, desairaban las solicitaciones de la diosa Fortuna; nada de eso. El trovador procedía siempre de familia aristocrática; era una "cabeza a pájaro" de los tiempos medioevales que prefería irse cantando por esos mundos, en busca de sensaciones, a pudrirse mirando las viejas armaduras de sus gloriosos antepasados o a romperse la crisma con moros o cristianos por un quítame allá esas pajas. Y como, por fortuna para ellos, no eran insensibles al vientecillo de la ambición mundana, así que su talento les conquistaba la protección de un poderoso, dejábanse empujar hacia la altura de bonísima gana.

De entre las filas de la legión trovadoresca salieron, en efecto, algunos que llegaron a vestir la púrpura cardenalicia y a ceñir la tiara pontifical; entre ellos contáronse reyes, príncipes y magnates, privados de monarcas, ministros de Papas y magistrados de repúblicas. Se ve, pues, que en los trovadores no todo era cantar a las estrellas a campo raso cual Tannhauser, o a las hermosas castellanas bajo gótica ventana. Eran gente que estaban al plato y las tajadas: a lo espiritual que sublima el alma y a lo sustancioso que entona el cuerpo.

No fué España tierra favorable a la germinación de trovadores, que, por aquel entonces, tenían nuestros compatriotas harto que hacer en dar mandobles para dedicarse a pulsar la blanda lira. Así y todo, mencionan los eruditos como maestros en el arte de trovar a Guillermo de Tudela, Arnaldo "el Catalán", Guillermo de Cervera, el conde de Ampurias, Ponce Barba, Serverí de Gerona, Ponce de Ortafá y los cuatro o cinco trovadores que lleva el apellido March, entre los cuales merece especialísima recordación Ausias, valido y amigo del príncipe de Viana, hijo de Juan II de Aragón. Hase de advertir, sin embargo, que Ausias March, si bien merece la calificación de trovador porque rimaba o trovaba como los poetas provenzales, floreció ya cuando los caballeros andantes de la poesía, por razones políticas y sociales que no son de este lugar, habían abandonado desde hacía un siglo sus errabundas costumbres, convirtiéndose en poetas sedentarios o de "casa y boca".

De los trovadores lemosines llegados a España al ocurrir la florescencia de la poesía provenzal, y que en verdad fueron legión, hay uno que ejerció gran influencia no sólo en el desarrollo de la literatura hispana, sino en la política de Castilla. ¿Su nombre? Pues el ladino cuanto inspirado trovador Bonifacio Calvo, que entrometiéndose en la corte de Alfonso "el Sabio" dióse tan buena traza, que a poco de su arribo se convirtió en amigo, consejero y favorito del monarca, y en algo más que amigo de una infanta.

Tan entusiasmado estaba el autor de las "Cántigas" con su trovador y con todos los trovadores internados en Castilla al olorcillo de la protección real, que hasta pensó en ofrecerles una villa libre y franca para su estancia y hospedaje. Pensamiento que, dichosamente para los vates andariegos, no llegó a vías de hecho, y que de llegar le hubiese costado al sabio soberano grandes desazones. ¡Imaginad, en efecto, una ciudad gobernada por poetas, dentro de un reino todo prosa!

Y ahí tienes, amable lector, lo que fueron los tan traídos y llevados trovadores, sobre cuya novelesca existencia tejió un gran vate español admirable tragedia, y escribió un gran músico italiano inspirada cuanto siempre lozana partitura.

UN GENIO COMERCIAL



—Ahí lo tienes. Se ha hecho millonario con el sudor de las mujeres.
—¿Sí?
—Sí. Es el inventor de las sobaqueras de caucho.

El caballo de Hernán Cortés

El haber puesto el pintor Sans, en su célebre cuadro, al conquistador de Méjico un caballo blanco, no es más que uno de tantos errores a que involuntariamente están expuestos los pintores de asuntos históricos, por las dificultades que naturalmente encuentran para reunir todos los datos referentes al episodio que tratan de representar.

Sábese, en efecto, con certeza, que el caballo de Cortés fué castaño, sin una sola mancha de blanco. Así, por lo menos, se deduce del testimonio de Bernal Díaz, compañero del héroe y testigo presencial de aquella campaña, el cual, en el capítulo XXIII de su "Historia de la conquista de Nueva España", dejó una relación detallada de los diez y seis caballos que figuraron en el ejército expedicionario, expresando sus colores y condiciones y el nombre de sus propietarios.

Como el documento es poco conocido, lo reproducimos íntegro. Dice así:

"El capitán Cortés, un caballo castaño zaino, que luego se le murió en San Juan de Ulúa.

"Pedro de Albarado y Hernando López de Avila, una yegua castaña muy buena, de juego y de carrera; y de que llegamos a la Nueva España el Pedro de Albarado le compró la mitad de la yegua o se la tomó por fuerza.

"Alonso Hernández Puertocarrero, una yegua rucia de buena carrera, que le compró Cortés por las lanzadas de oro.

"Juan Velázquez de León, otra yegua rucia muy poderosa, que llamábamos la Rabona, muy revuelta y de buena carrera.

"Cristóbal de Olí, un caballo castaño escuro, harto bueno.

"Francisco de Montejo y Alonso de Avila, un caballo alazán tostado; no fué para cosa de guera.

"Francisco de Morla, un caballo castaño escuro, gran corredor y revuelto.

"Juan de Escalante, un caballo castaño claro, tresalvo; no fué bueno.

"Diego de Ordás, una yegua rucia, machorra, pasadera, aunque corría poco.

"Gonzalo Domínguez, un muy extremado jinete, un caballo castaño escuro, muy bueno y grande corredor.

"Pedro González de Trujillo, un buen caballo castaño, perfecto castaño, que corría muy bien.

"Morón, vecino del Vaimo, un caballo overo, labrado de las manos, y era bien revuelto.

"Vaeno, vecino de la Trinidad, un caballo overo algo sobre morcillo; no salió bueno.

"Lares, él muy buen jinete, un caballo muy bueno, de color castaño algo claro, y buen corredor.

"Ortiz el músico y un Bartolomé García, que solía tener minas de oro, un muy buen caballo escuro que decían el Arriero; éste fué uno de los buenos caballos que pasamos en la armada.

"Juan Sedeño, vecino de la Habana, una yegua castaña, y esta yegua parió en el navío."

Todos estos caballos fueron comprados en la isla de Cuba, y el mismo Bernal Díaz añade que no llevaron más porque no los había, y aún aquellos hubo que pagarlos a peso de oro.








LA MUJER Y EL HOGAR

Conocimientos de economía doméstica

TUBERCULOSIS (Continuación)

Tratamiento higiénico. Reposo. — El reposo nocturno, debe ser considerable: de 9 de la noche a 9 de la mañana y no se vacilará en tenderse media hora antes de la comida del mediodía, y de una o tres durante los días de calor.

Si hay un poco de fiebre, quedarse un poco más de tiempo en la cama; si la fiebre pasa de 39 grados, reposo día y noche. Se entiende que este reposo se hará durante el día en un sitio abrigado, o en una habitación con una ventana. Los paseos, según el cansancio, se harán a pie o en carruaje, de 10 a 11 y media de la mañana, y de 5 a 7 y media de la tarde.

Cura de aire.—La cura de aire que se verifica en la montaña o en el mar, en un sanatorio, o en una casa de campo, tiene por objeto hacer vivir al enfermo en una atmósfera incesantemente renovada. Las tres condiciones que debe reunir la residencia son: 1.° débiles oscilaciones de temperatura en el curso del día; 2.° terreno seco; 3.° acceso fácil al sol.

Al principio, en la forma con entorpecimiento, se hará en un sanatorio a gran altura sobre el nivel del mar, donde no se debe seguir, sin embargo, si la tristeza es persistente, los insomnios frecuentes, o si complica la situación una laringitis tuberculosa. Los sanatorios del llano o marítimos dan, por lo tanto, mejores resultados. Se podrá ir también a los de altura media.

El enfermo no debe cambiar de lugar, durante una crisis aguda. Durante los primeros días de su estancia permanecerá en la cama, o en la mecedora y no se entregará a los paseos, sino después de un completo reposo. El viaje, será, por lo demás, mucho menos fatigoso si se hace por etapas, y el cambio de clima será, en estas condiciones, menos sensible.

Tratamientos terapéuticos.—Respetar el estómago, siendo la alimentación la base del tratamiento; no debe darse por esa vía más que aceite de hígado de bacalao. Se suspenderá esta medicación una vez por semana, y se hará esto por completa, en caso de diarrea.

Irrigaciones de guayacol y de creosota. Glóbulos, inyección hipodérmica de metilarsinato disódico, preparación especial de cacodilato de soda.

Revulsivos. Botones de fuego.

El éter sirve en muchas circunstancias; es el calmante espasmódico por excelencia, el apaciguador de los nervios revolucionados y además es un digestivo muy poderoso, el remedio único de los cardíacos. Está indicado en los desmayos y en las sofocaciones, pero por aspiración; para absorber, el jarabe de éter es preferible. También tiene el éter su utilidad en caso de embriaguez; pues tiene la propiedad de hacer restituir muy pronto el exceso de líquido o de devolver la lucidez a los fervientes por el alcohol.

Consultorio del hogar

LOS SINAPISMOS (Continuación)

Los sinapismos se emplean en hojas o como antiguamente, con harina de mostaza desleída en agua fría puesta sobre una muselina, estos son remedios de primera necesidad para las congestiones, dolores de cabeza o sofocaciones. Colocados en las pantorrillas o sobre los muslos ejercen una acción rápida para acelerar la bajada de la sangre.

Los purgantes deben encontrarse siempre dispuestos a desembarazar de un empacho gastrointestinal o de una congestión del hígado. El agua de Montmirail, tomada a razón de un vaso por día, ejerce una acción directa sobre ese órgano. El aguardiente alemán es poco recomendable porque es un remedio demasiado brutal, pero en ciertas enfermedades está indicado a la dosis de 15 gramos en un taza de

El aceite de ricino es un purgante suave, pero desagradable de tomar, se puede dar de 30 a 40 gramos batido en el café o en zumo de naranja. El maná no se da más que a los niños, a la dosis de 12 a 30 gramos, o más, según la edad. El sulfato de magnesia es desagradable para tomar, pero se puede hacer una preparación con azúcar en polvo y el zumo de dos limones para tres vasos de agua a lo que se añaden de 30 a 45 gramos de sal de magnesia, se agita y se toma de cuarto en cuarto de hora un vaso de esta limonada.

Al lado de estos purgantes, tomados en las crisis agudas, se hace uso de laxantes; las hojas de sen, el ruibarbo y los áloes deben encontrarse siempre a mano para el restablecimiento de las funciones y devolver a la economía general toda su tranquilidad.

Las hojas de sen tienen el inconveniente de producir dolores de vientre, y para evitarlos, se deben macerar durante 12 horas en alcohol y después hacerlas hervir.

El ruibarbo, con su aparente amargor, es más suave y su empleo más benigno.

Consultorio femenino

Betty Ch.—Para espesar la cabellera cada mes, durante algún tiempo, es durante tres meses, debe recortar el cabello un centímetro más o menos.

Evite la ondulación frecuente y lociónese con:

Aceite de ricino	40 gramos
Rhum	1/5 de litro
Glicerina	5 gramos

María S. Bahía Blanca.—La más conocida de las casas que se dedican a la venta de dibujos es la casa Asplanato.

Leonor G. Capital. — Para evitar los puntos negros use muy poco jabón para hacer la toilette de la cara, y elija un jabón de muy buena calidad recomendado por el farmacéutico y que contenga alquitrán. No debe usarlo más que dos o tres veces por semana.

Juana P. Lomas de Zamora.—Para calmar el dolor de muelas disuelva una pastilla de aspirina en un vaso de agua y tenga un buche en la boca durante un rato, le calmará el dolor más agudo.

Sara S. Chivilcoy.—El jugo de fresas, el de limón, naranja, frambuesa o melón son excelentes para obtener manos lisas, suaves y blancas.

El pepino está dotado igualmente de propiedades suavizantes muy preciosas. Se pela un pepino fresco y con el jugo obtenido se lociona las manos después de cada lavado y se deja secar sin enjugarse.

NOTA.—Las lectoras que deseen realizar alguna consulta, pueden dirigir la correspondencia a nombre de la Señorita Redactora de la Sección Femenina de "Fray Mocho".—Calle Bolívar 879, Buenos Aires.

Secretos de tocador

DEPILATORIOS

El vello que crece sobre los labios o alrededor del mentón es la desesperación de las mujeres elegantes. En el deseo de desembarazarse de él, intentan con frecuencia, a la aventura, una cantidad de procedimientos a veces peligrosos.

Sin embargo no es muy complicado darle a la piel su nitidez. Existen productos excelentes, de los que se llega, con paciencia, a sacar partido.

El método más clásico es el de los Orientales, que emplean, desde hace siglos, una composición designada con el nombre de rusma, a base de cal viva y sulfuro de arsénico.

La fórmula es la siguiente:

Cal viva	60 gramos
Oropinente o sulfuro de arsénico	15 "
Lejía alcalina	500 "

Se hace hervir la cal y el sulfuro de arsénico en la lejía alcalina, se prueba el rusma con una pluma. Cuando las barbas de ésta caen, el rusma está a punto.

Entonces se frotan las partes que tienen vello y se lava luego con agua caliente.

No debe olvidarse que el rusma es corrosivo y que empleado en gran cantidad determinaría una peligrosa inflamación de la piel.

Poseemos medios más eficaces.

Uno de ellos consiste en aplicar durante cuatro días consecutivos la siguiente pomada:

Alcohol	12 gramos
Colodion	35 "
Aceite de ricino	2 "
Esencia de terebentina	1,50 "
Yodo	0,75 "

Como todos los productos a base de arsénico son peligrosos; son preferibles los productos a base de sulfuro de calcio.

Esta fórmula es de un jabón a base de cal:

Cal viva	8 gramos
Carbonato de potasio	1 "
Sulfuro de potasio	1 "

Es preciso guardar este jabón en un recipiente herméticamente cerrado.

El jabón de glicerolato de almidón no irrita la piel. Se compone así:

Bisulfito de calcio	2 gramos
Glicerolato de almidón	1 "
Almidón	1 "

En la práctica diaria, se utiliza una pincita con la que se arrancan uno a uno los pelos que estorban.

Para hacer esta operación más fácil, se extiende antes una de las composiciones precedentes.

La electricidad y la lengua

Los tiempos modernos nos han proporcionado muchas comodidades y muchos adelantos, pero también han servido para crear padecimientos que no se conocían en tiempo de los egipcios, por ejemplo.

Tal sucede con una enfermedad de la lengua, consistente en la pérdida de la sensibilidad de este órgano y en la atrofia de su punta, y que es debida a una especie de cicatriz que la invade en todo su espesor.

Regístranse casos en las personas que se ocupan de trabajos de electricidad; electricistas, telefonistas y hasta los mismos médicos están propensos a padecerla.

Hay que tener presente que sin fijarse en los inconvenientes que ofrece, todos cuantos se ocupan de electricidad, acostumbran a probar la corriente con la lengua, poniéndola en contacto con los extremos de los hilos de cobre y conocen si hay corriente por una sensación de picor especial que experimentan.

No se sabe con certeza si es la corriente misma o la pequeñísima cantidad de sales de cobre que deposita sobre la lengua el paso de la corriente, pero el caso es que, a la larga, palidece la punta y se hace insensible.

Conviene, por lo tanto, no esperar a que sobrevengan otras lesiones y abstenerse de probar de este modo la corriente, porque se evitan con ello graves enfermedades.

Propiedades de la cebolla

La cebolla reúne cualidades medicinales de gran valor curativo a la par que inofensivo.

Un kilo de cebollas hervidas y tomadas durante las 24 horas corrige y cura la ronquera o tos si ésta es producida por un enfriamiento.

Un pedazo de cebolla cruda introducida en la cavidad de un diente careado o aplicado sobre la encía, calma los dolores de muelas.

El zumo de cebolla con un pincelito a las verrugas, desaparecen a los pocos días.

Una cataplasma de cebollas hervidas, hace madurar y quitar la inflamación a los granos, forúnculos, etc.

Un pedacito de cebolla o su jugo aplicado a orzuelos, los disuelve en dos o tres días.

Cebollas hervidas y aplicadas al bajo vientre en cataplasma bien caliente, combaten la retención de la orina.

Las hemorragias de la nariz se cortan aplicando a la nuca una cebolla cortada.

Peinados de mañana y de noche



Cabellos cortos, cabellos largos, esta cuestión que ha hecho gastar tanta tinta está próxima a morir por falta de alimento.

Me guardaré muy bien de manifestar mi opinión, tanto más cuando mi opinión varía cada vez que veo una mujer encantadora con cabellos cortos, una hermosa mujer con cabellos largos. Que sean largos o cortos, los cabellos se adornan con peinetas que retienen el peinado y hermosean el conjunto.

En París se han puesto estas peinetas, cuyos modelos adjunto, que tanto sirven para ocultar una melena, como un rodete.

COLABORACION ESPONTANEA

Yo soy el rostro oscuro...

I

Yo tengo entre mis venas más sangre del nativo
que sangre del hispano, que es la que corre en ti.
Y flota en mis pupilas un fuego radioactivo
delatador de mi alta nobleza querandí.

Desciendo de los bravos que contra el cara pálida
—no puede aquilatarse mayúsculo valor—
lucharon, denodados, bañando en sangre cálida
la tierra que más tarde fué tierra de dolor.

Yo soy débil reflejo de la extinguida raza,
de aquella que añoraba bajo el jacarandá,
de aquella que vivía tranquila de la caza
entre la sombra undosa del bosque: su heredad.

II

Yo hablo, mi rubia dama, tu propia dulce lengua
porque otra no conozco; porque otra no aprendí,
pero no teme el labio decírtelo sin mengua
que es mucho más hermosa mi lengua querandí.

La de mi raza, aquella que sólo conocía
el rito consagrado de un algo original;
la que ignoraba el cieno del mundo y su falsía;
la que alejada estaba de su miseria y mal.

Soñaba taciturna con el fulgor divino
del sol durante el día, y por la noche azul
con las estrellas blancas de brillo sibilino
que a veces se envolvían en vaporoso tul.

Así su vida toda; hasta que al fin un día
atónitos sus ojos quedaron al mirar
entre las vagas sombras que un alba nueva abría,
embarcaciones raras con lentitud bogar.

Extravagantes naves que allá en la lontananza
donde se besa el cielo con el azul del mar,
surcaban en espléndida serena bienandanza
hacia la tierra extraña que Dios se dió a hermosear.

III

La historia nos lo cuenta, mi rubia y blanca dama,
que un solo afán traían los hombres del allá,
por el honor sin mancha de un lírico oriflama,
por el honor de un mundo, por la civilidad.

Pero si así creyeron llegar a lo sublime
se equivocó el iluso con su insincera fe,
que aún hoy, piedra por piedra, civilizada gime
de la miseria en lacras que le dejó su pie.

Para eso nunca; ¡oh, estirpe! se hubieran acercado
al esplendor salvaje del bosque: mi heredad;
del bosque taciturno que se dormía arrullado
por la calandria ufana de tanta libertad...

Mil veces más hermosa mi tierra hubiera sido
ostentadora altiva del secular ombú,
con su grandiosa pampa y en su verdor perdido
el gris-blanco plumaje del corredor ñandú.

La tierra encantadora. La tierra de zorzales.
La tierra legendaria del fuerte ñandubay.
La de los combates con flores abismales.
La que una vez, perdida, se debatió en un ¡ay!

Tierra nativa y mía, ¿por qué tú me la evocas?
Señora, ¿por qué haces vibrar mi corazón
en estas rimas, rimas indígenas y locas,
indígenas y locas de fe y recordación?

IV

Yo tengo entre mis venas más sangre del nativo
que sangre del hispano, que es la que corre en ti;
y flota en mis pupilas un fuego radioactivo
que a gritos me delata la raza querandí.

De ser indio, señora, me muestro enorgulloso
y enorgulloso me hallo que en mi cobriza tez
se desdibuje el rasgo varonilmente hermoso
de aquel que en estos lares vivió con sencillez.

José A. FERRATÉ ACOSTA.

¡Y sacudí las alas!...

Estaba extraviado, cual pobre peregrino
sobre mis yermos campos de cruel desolación;
estaba yo postrado en medio del camino
como un pájaro herido en pleno corazón...

Pasaban por lo alto las nubes y los vientos,
gemían en la fronda, bajo la luz solar,
los gárrulos cantores que alzaban sus lamentos
hasta el sangriento lecho del sol crepuscular.

Mas vino hasta mi lado la bondadosa Hermana.
En su cántaro fresco me incitó a beber
y entre mis labios puso—gentil Samaritana—
en cambio de mi acíbar, un poco de su miel...

La Vida ya agostaba mis rosales enfermos
cuando mi savia tuvo la savia del amor...
¡Y sacudí las alas sobre los campos yermos
de mi desolación!...

José María ABALLONE.

Eranse unas gafas...

Unas gafas, con las cuales,
en las noches invernales,
nuestro abuelo nos leía
bellos cuentos de arabesca fantasía.

Una virtud han tenido
estas gafas; pues han sido
viejas, sin haber pasado
por la juventud su cristal ahumado.

Hoy están casi arrumbadas,
¡oh, pobres gafas ahumadas!
... También ellas han caído,
—como todo—en las redes del olvido...

. . . .

Unas gafas, con las cuales,
en las noches invernales,
nuestro abuelo nos leía
bellos cuentos de arabesca fantasía.

Raimundo SAN JUAN MIGUEL.

"La puerta de la limosna"

(Leyenda española)

—Corría el 80. Sobre uno de los pórticos ojivales de la vetusta catedral, en las cornisas, o en los quicios de los abacos de sus columnas; de un pétreo terroso y mellado, el aire encaramaba suavemente copos de nieve, que se asían a las asperezas o a los tallados de la piedra, como si fueran leves partículas de algodón, dejadas caer desde el cielo con el mero objeto de embellecer el crudo invierno de la ciudad.

Así comenzó la linajuda abuela, desde su artístico sitial, reunida con sus nietos junto al balcón de recio y labrado hierro, y bajo el cobertizo que formaba su herrumbroso suelo, un belicoso escudo maltrecho por la edad, ostentaba como un trofeo, las carcomidas insignias del ilustre abolengo de los hidalgos moradores de aquel caserón solariego.

La marquesa de las Torres, condesa consorte del Solar de los Grandes, quedó viuda con una hija de este matrimonio. La cual casóse por amor y a disgusto de la marquesa, con un plebeyo adinerado: cuyos hijos oyen atentos la leyenda de "La puerta de la limosna", que solicitaran de la abuelita.

—Vosotros, hijos míos, habéis tenido ocasión de presenciar cuán poéticos son los panoramas de los días blancos... Una clamorosa esquila pierde su eco en la oquedad... Pues, en una de estas mañanitas, en la que los pobres acuden, hacinándose, a las gradas de las iglesias, quizás, para que presintiendo el rigor de la temperatura sobre sus cuerpos desharrapados, la piedad salga de los corazones y llegue hasta los bolsillos de los humanos potentados... La muy ilustre y no menos virtuosa marquesa de..., el nombre nada importa, era una dama no mal parecida que había vivido cuatro décadas de años, y habiéndose quedado viuda no ha mucho, era habitual concurrente a la iglesia, cumpliendo devotamente la penitencia que se había impuesto; dando a entender con ello, el mucho cariño que le profesara a su infortunado consorte. Separado de los demás pobres, yacía encogido un hombre, que no era anciano como los otros, y en cuyo semblante demacrado, un rostro ebúrneo mostraba a las claras, no el origen de una ralea mezquina, sino el desquicio, el punto final de una estirpe de aúlicos... Solíase detener la marquesa ante él, según versión de los más pobres, con una atención diferente a todos los otros menesterosos, haciéndole preguntas extensivas, que hería la negra honrilla de a los que, casi sin mirarlos, les dejaba caer en su regazo o en el mugriento castor, un óbolo, para alivio de su conciencia. Llegóse a propalar que no era tullido sino fingidamente, y que su miseria encerraba una tragicomedia romántica. Lo estribaban en que no se le había visto pedir sino ahí, donde aparecía momentos antes de salir la noble señora, y se alejaba en cuanto de ésta tomaba su dádiva y oía su plática... Las hablillas absurdas de los pobres penetraron en los palacios de los magnates y en los almanados castillos de los más nobles, llevadas por las almas gañines de los criados, ocultas bajo el resplandor de sus doradas libreas... La calumnia corre como la lava de un volcán... Hubo pobre, que afirmaba conocer al desdichado protagonista, de tiempos mejores, y que enamorado locamente de la marquesa, cuando se recoletó entre los muros del Solar de los Grandes, se internó en la montaña, llevando una vida anacoreta, y lacerando su existencia con el recuerdo de su dama, a quien seguía amando con resignada pasión... Una vez muerto el esposo, noticia que llegó a su conocimiento por un trozo de diario entre los residuos de su merienda, que dejó gentualla que merodeó por aquellos lejanos lugares, vino a la ciudad, esperando ver a la venerable señora, no para recibir la limosna monetaria, que como excusa, tomaba conjuntamente con sus dulces palabras de compasión y consuelo, sino por esto último, que él, con su lirismo, traducía en una limosna de amor.

Y, claro es, algún día tenía que llegar a oídos de la piadosa señora lo que la gente ignorante comentaba, cosa que dió lugar a que, aunque siguiera dando limosnas a todos los pobres, privase de ella a aquél, a pesar que con esto rompiera su tierno corazón. El infeliz fué ajando su vida, hasta que una mañana, de esas que el frío hace temblar hasta los que lo observan tras los gruesos cristales de los balcones, imploró con una mirada tan profunda, que la bondadosa marquesa, guiada por sus sentimientos filantrópicos, y hollando todos los prejuicios, se aproximó junto a él para aliviar un tanto su obscura pobreza; no hacía un instante que se había acercado, súbitamente comenzó el pobre a temblar, entonces enternecida, y ayudada por uno de los lacayos que la acompañaban a la iglesia, lo condujo a su propia morada, donde le prodigó solícitos cuidados, aunque estériles, pues el infeliz fallecía a los pocos momentos... La plebe habló mucho, los ricos no lo creían pero gustaban de oírlo referir a los otros. Y la dama austera y de abolengo, se vió salpicada del lodo que produjeron las injurias, de los nescientes. Aquí terminó el cuento —indicó la venerable abuelita—y es por ello que vulgarmente se le denomina "La puerta de la limosna".

Uno de los nietecitos; el más robusto, de pelo negro e hirsuto como su progenitor, objetó simpático.

—Qué mal termina, qué lástima. ¿Y por qué no puede ser cierto?

La marquesa de las Torres, dejó caer dos lágrimas como dos perlas minúsculas, y dándose cuenta de que el que hablaba así era el reflejo fiel del padre—de su ralea plebeya—repuso:

—Porque yo conocí a la dama aludida, y sé a ciencia cierta que supo hacer inmarcesible el respeto a su noble consorte, que Dios tenga en gloria.

Y mirando al testero del salón, detuvo su atención ante un retrato al óleo del conde del Solar de los Grandes, que, altanera y rígido, la inquiría al respecto. Luego volvió a dirigirse al nietecito de la faz morena, y prosiguió:

—Lo que sucede, hijo mío, es que no hay manjar más sabroso para la humanidad, que el de crear historias o sátiras en las vidas de sus semejantes...

L. JIMÉNEZ CORTÉS.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre. . $ 2.50	Trimestre . $ 3.00	Trimestre $ oro 2.00
Semestre . . „ 5.00	Semestre. . „ 6.00	Semestre. „ „ 4.00
Año. . . . „ 9.00	Año. . . . „ 11.00	Año. . . „ „ 8.00
N.° suelto. . 20 cts.	N.° suelto. . 25 cts.	
N.° atrasado. 40 „	N.° atrasado. 50 „	



Julio II -- Delante de Bolonia

Por EL CONDE DE GOBINEAU

(Traducción de Sara Fabregat)

El campamento francés. Un grupo de oficiales; uno enciende los fuegos del vivac; una partida de hombres de armas permanece montado; otros han descendido para apretar la cincha de los caballos; algunos comen un bocado en la mano. Las líneas de infantería están todas armadas. Los batallones marchan para llegar hasta las postas; acaban de cercar la villa. Media noche. El cielo está obscuro y sin luna. El gran maestre de Chaumont, gobernador del Milesado, con armadura completa, casco en la cabeza; Aníbal Bentivoglio, señor de Bolonia, y su hermano Hermes Bentivoglio, igualmente armados; Ives d'Alegre, capitán francés.

El gran maestre (a un oficial).—¿Se han ejecutado mis órdenes?

El oficial.—Sí, monseñor; la villa está cercada. Ni una rata no podría entrar ni salir sin nuestro permiso.

El gran maestre. — ¡Maravilloso! ¡Da una batida por el campo con la caballería ligera! ¡Que todo el mundo esté listo!

El oficial.—Sí, monseñor.

El gran maestre.—¡Ah, el viejo Julio! ¡Ah, el viejo cobarde! ¡Lo tenemos, al viejo traidor! Lo prenderemos, y que la fiebre me extermine si no lo reducimos a que pida perdón.

Aníbal Bentivoglio.—¡No lo merece! ¿Recordáis cómo ha traicionado a vuestro reverendísimo hermano, el cardenal d'Amboise? Es él quien se opuso a que fuera Papa.

El gran maestre.—¿Pensáis que lo ignoro, y que tengo humor de perdonarle?

Aníbal Bentivoglio.—Y a mí, me ha robado Bolonia, donde él no tiene un solo amigo.

Ives d'Alegre.—¿Ni un solo amigo? Es mucho decir, señor Aníbal. En vuestras villas de Italia, no se precisa más que un amigo y un compadre para ayudar a cualquier cosa.

Aníbal Bentivoglio.—Yo les digo que la población va a abrirnos las puertas cuando sepa que estamos aquí.

El gran maestre.—Tanto mejor. El rey estará muy contento y monseñor de Ferrara también. Lo que puede ocurrirle de menos a Julio II, es que sea depuesto como su predecesor hubiera sido si no hubiera muerto. Ciertamente, no valía menos que el Antecristo actual.

Aníbal Bentivoglio.—Valía más. Este no sueña más que con la espoliación y el asesinato de todos los príncipes.

El gran maestre.—¡He reflexionado! Es preciso, por lo tanto, hacer reposar un poco los caballos y dar de comer a los hombres. *(A un oficial).* ¡Que desmonten! Las tropas van a romper filas después de haber apostado los centinelas. ¿El capitán Molard ha llegado?

El oficial.—Llega en este instante. Sus aventureros están rendidos de fatiga.

El gran maestre. — ¡Brava gente! Que les den vino. Llegáis a tiempo, capitán Molard. ¡Muchas gracias por vuestra diligencia!

El capitán Molard.—Cumplí con mi deber, monseñor.

El gran maestre.—¿Sabréis que tenemos a nuestro "maître Renard"?

Aníbal Bentivoglio.—Y vamos a cortarle la cola.

Hermes Bentivoglio.—O la garganta.

El gran maestre.—¿Qué novedades traéis de Ferrara?

El capitán Molard.—Aquí está el señor Bayart que os las dará.

El gran maestre.—Buenas noches, capitán Bayart, sed bienvenido.

Bayart.—Que Dios os dé salud, monseñor. Aquí tenéis personas que valen más que yo, el barón de Conti, el barón de Fontrailles y el bravo capitán Mercurio con sus dos mil albaneses.

Aníbal Bentivoglio.—¿Es cierto que tan bravamente ha destrozado a su primo hermano?

Bayart.—Él lo ha hecho cortar en pedazos con todos sus hombres y han colocado las cabezas en la punta de las lanzas. Tengan piedad, no me gustan esas crueldades.

Ives d'Alegre.—Eso es perfidia y no guerra.

Aníbal Bentivoglio. — Eso es venganza. Cuando se arriesga la piel, se tienen todos los derechos sobre la de los otros.

Bayart.—Soy muy poca cosa para discutir con tan gran señor como vos. Por su parte el capitán Mercurio es un bravo, no hay duda. Sin embargo, yo hice condenar a muerte sin compasión a los pillos que han ahogado en una caverna a los pobres habitantes de Vicenza, y por todas partes donde caigan merodeadores bajo mi mano, cuento con hacer lo mismo. ¿Pero estamos aquí para contar historias?

El gran maestre.—No, por cierto. Esperemos que mañana de mañana el pueblo de Bolonia me habrá librado del Papa. El señor Aníbal me lo ha prometido.

Aníbal Bentivoglio. — Como yo os prometo que el rey Luis va a ser relevado de las excomunicaciones y el duque de Ferrara, yo y nuestros amigos igualmente.

Un oficial.—Un soldado de la guardia hace anunciar que el conde Juan Francisco Pico se presenta de parte del Papa para hablar con monseñor.

El gran maestre.—¡Ah! ¡Ah! ¡Conoce nuestra llegada, y el Santo Padre quiere evitar el apresuramiento de su pueblo en saltarle a la cara! Haz pasar al señor conde: escucharé lo que me va a decir.

EN BOLONIA

Una habitación del palacio donde reside el Papa. Julio II, enfermo, semiacostado en un sillón, rodeado de almohadones que él mueve a cada momento y que los sirvientes acomodan. El cardenal Regino, legado de Bolonia.

El cardenal.—No debéis dejaros prender por esos atrevidos de franceses.

El Papa.—No me dejaré prender. Seré yo que prenderé, estrangularé, patearé a mis enemigos. Puedes contarlo allá arriba. ¡Que me den de beber! *(Un camarero le alcanza un vaso de tisana).* ¡Puf!, ¡es amargo como la hiel! ¡Un vaso de vino!

El camarero.—¡Santísimo padre, los médicos os lo han prohibido expresamente!

El Papa.—¿A qué hora han partido los correos para avisar a los venecianos y a los españoles?

El cardenal.—Hace cuatro horas; es esta la primera noticia que nos llega de la partida de los franceses.

El Papa.—El asunto es que nuestros aliados estén aquí a tiempo. Haz escribir al obispo de Sión que apresure sus negociaciones con los suizos. Que alguien se apresure a reunir cuanto pueda de esos bárbaros que están en los campos del Milanesado. Cuanto más mal hagan ellos a las gentes de Luis XII, más próxima estará nuestra libertad.

El cardenal.—Los suizos son zopencos heroicos; espero mucho de ellos. Devotos a la iglesia, obedientes cuando se les paga bien.

El Papa.—¡Tan bandidos como los otros! ¿El conde Juan Francisco no ha llegado aún?

El cardenal.—Aún no. ¡Qué hábil diplomático!

El Papa.—No hay necesidad de mucha fineza para engañar a Luis XII. Ese bobalicón se hace pasar por hombre de bien, porque él es grosero, jovial y débil de cabeza como de corazón. Príncipe, ha traicionado su rey; marido, convirtió su primer mujer, una santa, en una miserable tan grande como pudo; hoy d'a obedece a la segunda, la que no es más que una furia, y matar, robar, nadie lo hace más rápidamente que él, siempre sonriendo, según dicen. ¡Ese es el valiente! ¡Pobre Italia! ¡Pobre Italia, verse hollada por tales gentes! Pero ese escándalo no ha de durar. Es preciso terminar con los pequeños príncipes y esas escandalosas repúblicas: Florencia, Siena, Luca; para ello nos servimos de los aragoneses, franceses, alemanes, y de cuanto haya a la mano, pero lucirá el día en que la Santa Iglesia, dueña de todo, encerrará bajo doble llave esos miserables en los desiertos que el cielo les ha dado por patria.

El cardenal. — La verdad es que vuestra Santidad ha preparado todo a maravillas: Enrique VIII de Inglaterra desencadenado sobre las costas de Francia; Fernando, amenazando los Pirineos.

El Papa.—Y yo negocio, negocio siempre con Luis; sorprendiéndolo hostigándolo, lo entretengo haciéndole creer que podremos entendernos; excomulgo con una mano a él y sus aliados, los bandidos ¡y con la otra le acaricio!... ¡He de rendirlo!

El cardenal.—¡Para ello contamos con quince mil suizos que van a llegar!

El Papa.—Y mi sobrino Marco Antonio Colonna se ha hecho de un ejército; he levantado otro para mi Francisco María de Urbino... Todo marcha bien... Sí, pero si de pronto los franceses nos sorprenden, sería un accidente capaz de echar por tierra nuestros planes. ¡He procedido aturdidamente al venir aquí!

El cardenal.—¡Un poco imprudentemente!

El Papa.—¿Tuve tiempo de ser prudente? Es preciso que yo haga pronto para hacer mucho. Si no contase con mi buena suerte quizá no me mezclara en nada. Vé a ver si el conde ha llegado.

La historia del primer vapor

Aunque el español Blasco de Garay aplicó a un navío de 200 toneladas ruedas propulsoras movidas "por una gran caldera llena de agua hirviendo", el primer barco de vapor que en realidad merece este nombre parece haber sido debido a Papin, que lo construyó en 1707, navegando con gran éxito en el Fulda. Por cierto, que este barco fué poco después destruído por los boteros que ejercían su profesión en aquel río, y que temían ser perjudicados por el invento. Sin embargo, la navegación de vapor no puede considerarse ni medio resuelta siquiera hasta 1787, cuando el inglés Guillermo Symmington contruyó una máquina que permitía alcanzar la entonces asombrosa velocidad de cinco millas por hora. La tal máquina fué instalada sobre la cubierta de un barquito de recreo, y funcionaba tan admirablemente, que animado por el éxito, el inventor construyó cuatro años más tarde otra máquina más perfecta, gracias a la cual podía el barco hacer siete millas por hora. Asocióse después con Lord Dundas, y entre ambos construyeron un nuevo barco, al que llamaron "Carlota Dundas", cuyo motor era una máquina de Watt, de doble efecto, que movía una manivela fijada en el eje de una rueda de paletas. La navegación del "Carlota Dundas", en el Clyde, en 1802, hace época en la historia de los grandes inventos.

Al año siguiente, el americano Fulton botaba en el Sena otro barco de vapor, bastante perfecto, pero no tan rápido como los de Symmington; pero aquel ensayo fué acogido con poco entusiasmo. Fulton volvió a los Estados Unidos, y en 1807 construía un nuevo barco de vapor que navegó por el río Hudson. Desde este momento, la aplicación del vapor a la navegación pudo ya considerarse resuelta, sobre todo cuando al año siguiente, también en los Estados Unidos, el vaporcito Fénix hizo un corto viaje por mar.

LA HISTORIA DEL CHALECO

a antigüedad del chaleco es mayor o que pudiera creerse. Los galos ya isaban bajo la blusa de vivos co- s que constituía su traje nacional. embargo, aunque tenía la verda- forma de un chaleco, aquella ida hacía más bien el papel de isa, pues iba pegada al cuerpo y eralmente, no se veía al exterior. ué siglos más tarde, al generali- e el uso de la armadura, cuando re ésta y la ropa interior se colo- on los guerreros chalecos muy pa- dos a los actuales, hechos de lana cualquier otra tela gruesa, y co- idos con el nombre de justillos o ones de armar. También usaron en Edad Media, chaleco, aquellos ofi- y empleos que necesitaban brazos editos y, por consiguiente, ir en igas de camisa, como les sucedía a médicos, los carniceros, los pana- os y los verdugos. En más de un dro antiguo de los que tienen por nto el martirio de algún santo, apa- e el ejecutor con chaleco y calzas escarlata.

lacia el siglo XIV, el justillo de iar se hizo doble y guateado, para rtiguar los golpes de las armas, y esta forma le llevaban sin corazs ima los guerreros pobres y los vul- es soldados de a pie. En España, a que un guerrero no pagase pecho, bastante que tuviese casco, lanza, ada y perpunte, que así llamaban a os chalecos acolchados. Andando el mpo, al perpunte se le añadieron ngas y hasta faldones, y se hizo él un jubón ordinario. Diríase que chaleco había muerto con esta nsformación, pero lejos de eso, al- nas centurias después, reaparece ba- una nueva forma.

A principios del siglo XVII, en efec- se introdujo en la indumentaria sculina el coleto, que en sus prin- ios no fué ni más ni menos que un leco hecho de cuero fino, general- nte de ante. Llevábanlo los caballe- para defender la ropa, casi siem- de ricas telas, del roce de la co- a. En Inglaterra, en Dinamarca y Holanda, donde la coraza se usó cho más tiempo que en otros países, empleo del coleto se extendió hasta clases más humildes. Todos los re- tos ingleses de la época de Cron- ll, nos muestran a los caballeros coletos de largos faldones, para rir por entero los de la ropilla, asoman casi siempre por la aber- a del chaleco de piel, mostrando ella sus ricos bordados.

Hacia la misma época, los cautivos los turcos que, rescatados o fugados gaban a España, traían sobre la ca- sa una especie de chaquetilla corta mangas de tal brevedad, que ape- llegaban al codo. Era esta parte su indumentaria el "yalek", que Turquía usaban los criados y gente baja estofa, y había venido a ser nda obligada de los esclavos cris- nos. Aquí llamaban al "yalek" jale- o chaleco, y este mismo nombre se ticó, por la semejanza de la cosa, coleto hecho de tela y cubierto de ..dos que más tarde empezaron a r los que venían de Francia.

El traje a la francesa, nacido en mpo de Luis XIV, fué el que hizo recer al chaleco de verdad, abierto la garganta, con bolsillos y más o me- ricamente bordado de seda, plata ro. Los caballeros españoles adopta- desde luego la moda francesa, y el eto de cuero y el jaleco de sabor ental, con sus bordados y su gruesos ones de plata quedaron para los la- dores, para la gente de los pueblos, todavía usa tales prendas, más o menos modificadas, pero siempre con su aire arcaico, en muchas provincias españolas, especialmente en León, Asturias, Zamora y Salamanca.

El entusiasmo con que los elegantes acogieron el chaleco francés, no es para descrito. Hacíanse de paño rico, de terciopelo y de seda, y había caballero que contaba los chalecos por docenas y hasta por centenares, llegando a tal extremo la extravagancia de los petimetres, que además del dibujo de la prenda, enriquecido hasta lo infinito, se bordaban sobre ella infinidad de figuras representando escenas cómicas, cinegéticas o pastoriles, más de una vez un tanto subidas de color. Ricacho había que ostentaba sobre su privilegiado vientre, los amores de Marte y Venus; otro lucía la representación de una batalla, y no faltaba elegante que se pavoneaba enseñando al desabotonarse la casaca, el asalto del cielo por los titanes.

Los botones de tan lujosas prendas eran de acero finamente trabajado, de oro o de piedras preciosas; los había también esmaltados o con miniaturas delicadísimas, que representaban retratos de bellezas antiguas, las metamorfosis de los dioses o escenas de los cuentos picarescos de Grecourt o de las obras teatrales más de moda, como "Ricardo Corazón de León" y "La loca de amor".

Todo esto acabó con la Revolución francesa. Los descamisados hicieron desaparecer el oro y la plata de los chalecos, y pintaron en sus enormes botones la diosa Razón, la Libertad y la guillotina. Aquellos revolucionarios, cuyo súcio desaliño se ha hecho proverbial, tenían a veces rasgos de coquetería verdaderamente singulares. De Marat cuentan sus biógrafos que muchas veces se le veía con la camisa negra de roña y encima un soberbio chaleco de seda. Entonces se crearon los chalecos a la Robespierre, blancos y con grandes solapas; la nueva moda hizo tal furor, que hubo petimetres que se pusieron tres o cuatro chalecos, uno encima de otro.

Fué aquella una época en que el chaleco era prenda obligada para todos, incluso para los militares. No se concibe un granadero de Napoleón, sin el chaleco blanco asomando bajo el peto de la casaca. En España, cuando la guerra de la independencia, lo usaban también todos los cuerpos.

En tiempo del directorio, se usó el chaleco de color gamuza, con botones de nácar y solapas enormes. Después vino el chaleco a rayas, el de colores chillones y el de flores y rameados, que en nuestros días se ha querido resucitar.

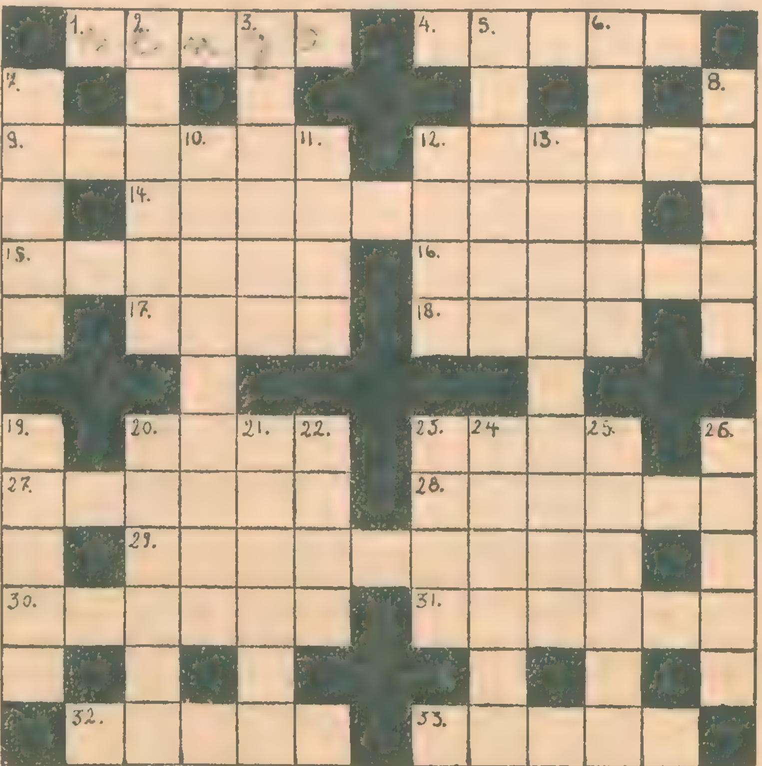
Juzgando por la variedad de formas y estilos que todavía se dan al chaleco, puede decirse que esta prenda no ha terminado todavía su evolución. Tan pronto se abotona hasta la barba como se abre hasta la cintura; un día tiene solapas y al siguiente no; se le hace llegar hasta media cadera o se le acerca a la cintura; y, en fin, no sabiendo los sastres que nueva extravagancia inventar, han ideado que el chaleco se lleve con el último botón sin abrochar.

Aun en un mismo período de la historia de la indumentaria, en un mismo país y acaso en un mismo ropero, se ven los más diversos tipos de chalecos: el de frac, abierto de escote; el de blanco piqué, el de color chillón, el de caza. Y por si no había bastante con todo esto, los sastres han inventado el chaleco de señora, de ricas telas, para acompañar al vestido "tailleur", que cada día cuenta mayor número de adeptas.

En suma, de todos los elementos de nuestra indumentaria, el chaleco es el que más dócilmente obedece a las veleidades de la moda que dominan a los espíritus frívolos de todos los tiempos y, por tanto, la prenda de vestir que presenta más variado polimorfismo.



PALABRAS CRUZADAS



HORIZONTALES

1—Sin pies.

4—El que pone en acción el tacto.

9—Propio del otoño.

12—Nombre de mujer, en plural.

14—Lugar donde se elabora la lana.

15—Número con el que se le califica al que es muy testarudo.

16—Lo que se hace con la ropa que se prepara para planchar.

17—Ciudad que fué residencia de Darío.

18—Pronombre.

20—Jugo de una fruta.

23—Nombre masculino.

27—Elisión, olvido.

28—Lo que es propio de la lana.

29—Animal.

30—Unión de palabras.

31—Instrumento músico de metal usado por los antiguos.

32—Trabajo hecho con barnices en el que sobresalen los japoneses.

33—Lo que buscan los candidatos.

VERTICALES

2—Descendencia o nombre que se da a los hijos.

3—Los que presiden al cabildo en las iglesias catedrales.

5—Lo que corona a los capiteles.

6—Dialecto, jerga, en francés.

7—Residencia de los reyes.

8—Nombre que dan a la inspiración los poetas.

10—Lechuza americana.

11—Pescado.

12—Verbo.

13—Se dice vulgarmente de las mujeres lindas.

19—Cetáceo.

20—Reacción química de los jugos.

21—Prominencia, altura.

22—Atrevido.

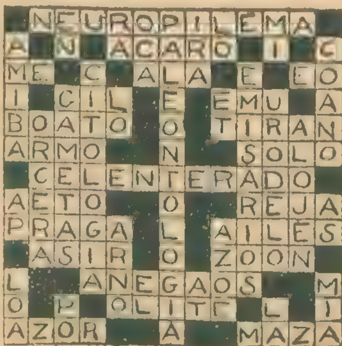
23—En el mar.

24—Sonido de una cosa tocada.

25—Pronombre demostrativo en italiano.

26—Sentimiento, pena, congoja.

Solución del problema anterior





EL TEATRO — CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO -

FUÉ UN ÉXITO "PADRE NUESTRO QUE ESTÁS ALLÁ ARRIBA", ESTRENADO EN EL AVENIDA.

La primera novedad ofrecida por el conjunto criollo que dirige el popular actor Luis Vittone, correspondió a una nueva producción de los jóvenes y aplaudidos autores, señores Rogelio Cordone y Carlos Goicoechea, binomio que cuenta en su haber de escritores escénicos con más de un éxito de buena ley. Basta recordar "Ya cayó el chivo en el lazo", premiada por el Círculo de Autores en la temporada anterior por ser la mejor pieza en un acto del año y "Aquí mando yo", estrenada por Orfilia Rico en el Liceo, y que se representó cerca de cien veces consecutivas, para certificar las grandes aptitudes de los nombrados autores para cultivar la literatura teatral.

A nuestro juicio, Cordone y Goicoechea constituyen la firma en que más puede confiar el teatro nacional cómico. Tienen gracia, ingenio fácil y desbordante y cierta intención, a menudo realizada, de dar una manera propia de hilvanar escenas y preparar los efectos hilarantes.

Sobre todo, cuidan de no ser exagerados, echan mano de un discretísimo sentido de la mesura, del equilibrio, fenómeno digno de subrayarse en nuestros proveedores de piezas festivas, que suelen abusar de los recursos o, mejor dicho, no reparar en medios para arrancar la carcajada.

Los chistes, en las piezas de Cordone y Goicoechea, son siempre graciosos y no producen risa por ser barbaridades lo que los personajes dicen, sino porque representan una expresión de ingenio. Cordone y Goicoechea juegan con las palabras y tienen ocurrencias irresistibles para toda clase de público.

En "Padre nuestro que estás allá arriba", hay un primer cuadro pintoresco como pocos, en el que abundan las frases ingeniosas y oportunísimas. Esa muchedumbre de asilados por el Ejército de Salvación, mantendría en constante hilaridad a una sala menos fría que el Avenida, donde la noche del estreno la gente parecía rusa o checoeslovaca... Se divertía como puede divertirse un pueblo que está por entrar en guerra... Diríase que, disfrutando del espectáculo, tenía el pensamiento en el casero o en el resultado de la última carrera. El fenómeno es común a todas las salas que en el argot teatral se califican de *frías*.

En el segundo cuadro se pasa, sin transición, del sainete a la comedia y ésta, al final, se transforma en drama. Ello no obstante, está construído con tal habilidad, que apenas se advierte esa brusca evolución. La pieza deja la impresión de una sorpresa bien preparada.

El asunto, que no relatamos por falta de espacio, es interesante y tiene su puntillo de trascendencia. Los autores dejan entender que el que nació granuja muere granuja.

El actor Vittone interpretó con gracejo un ebrio consuetudinario, siendo bien secundado por las actrices Blaya y Notar y los actores Félix Rico y Daglio.

El público llamó a escena a los autores, obligándoles usar de la palabra.

LA SALA DE CARCA

Como siempre, el Nacional concurridísimo. La pieza de Discépolo, "Babilonia", se perfila como de largo cartel. Es de desear, porque se trata de una obrita que rompe en cierto modo con los viejos moldes del sainete.

"Babilonia" apuntala por los cuatro costados a "Puente Alsina".

Primer estreno ha de ser "La muchacha de Montmartre", de José A. Saldías, que ha de mostrarnos lo que ha visto el autor en su paseo por el viejo mundo.

DIVIRTIÓ MUCHO "LA ECUYERE DE SARRASANI", EN EL NUEVO

La compañía del popular comediante Roberto Casaux, puso en escena una traducción y adaptación hecha por don Julio F. Escobar, de una pieza francesa de Moncey Eon, Nancey Pierrefond, de quienes entre otras conocemos la hilarante versión estrenada por Parravicini, "Cristóbal Colón en la Facultad de Medicina", que fué un largo éxito.

La obra que acabamos de conocer, es una graciosa pochade que revela la maestría de los autores. Somos de los que creemos que los franceses son insuperables en el género vodevilesco. Nadie mejor que ellos enredan tan hábilmente las cosas y crean situaciones de tan irresistible comicidad.

En "La ecuyere de Sarrasani" hay un religioso cuya bonhomía, ingenuidad y buena fé, frente a las suspicacias y picardías de la gente, resulta de grandes efectos teatrales. Es de ver como el contraste, el choque entre el mundo y ese santo hombre, tan distinto de los demás, provoca escenas jugosas y henchidas de gracia.

Casaux supo transmitirle una gran naturalidad y el tipo llenó el escenario a poco de entrar en él. Con la habitual inteligencia que pone el brillante actor, ese sacerdote dió la sensación de un personaje humano, humanísimo. Y si bien la comedia o la pochade, para decirlo con mayor propiedad, no se circunscribe a la actuación de ese religioso, su relieve eclipsó gran parte de la acción de los demás.

Los sucesivos e interminables enredos de "La ecuyere", mantuvieron al público siempre risueño y un aplauso sostenido arrancó al final. La Dealessi y demás intérpretes coadyuvaron al éxito.

POR EL LICEO

A estas horas, la compañía que encabeza Angelina Pagano ha debido ofrecer un nuevo estreno. Nos referimos a "Como en sayo la nueva producción de Defilipis Novoa, titulada "Los caminos del mundo", que tiene sus quilates artísticos según oficiosos informes.

CASINO

Mucha gente se ve diariamente en esta sala, cuyo cartel se renueva frecuentemente con novedades que gustan. La troupe ibérica de bailes y cantos regionales es, en estos momentos, el número "clou". Otros, empero, también son aplaudidos con igual entusiasmo.

"BARCOS AMARRADOS" de H. P. Blomberg y Pablo Suero, en el APOLO

Una pieza muy interesante ha resultado la del epígrafe. Con brillante colorido y mucho acierto nos presentan en ella los autores, una serie de tipos de la pintoresca vida de la marinería, reproducidos en la escena con fiel exactitud. La obra resulta sumamente amena, habiendo logrado los autores dar una nota de realidad y de arte, que merece encomio. La interpretación muy correcta, especialmente por parte de las señoras Bayardo y Puértolas y los señores Cicarelli, Corsini, etc.

la vida", comedia en tres actos del periodista Enrique H. Osés, primer ensayo del autor en el terreno escénico. A ella aludiremos en el próximo número.

TEATRO ITALIANO

Mucho público asiste a los espectáculos de la compañía de María Melato. La excelencia de las interpretaciones y la variedad de géneros, mantiene una constante expectativa en los aficionados a las buenas manifestaciones del teatro.

La Melato es muy celebrada, particularmente en los papeles dramáticos, en los que externa su rico temperamento y la bondad de su escuela.

DOÑA CAMILA

La aplaudida actriz continúa conmoviendo con su ajustada interpretación de Margarita Gautier, la popular heroína de la obra de Dumas (hijo). Creemos que hay para rato con la dama florida; sin embargo, la dirección artística ha puesto en en-

COMEDIA ESPAÑOLA

La veterana primera actriz Concha Olona encabeza un discreto conjunto que ha debutado en el Mayo con excelente éxito. Se presentó con "Un drama de Calderón", de Muñoz Seca, y "La jaula de la leona", de M. Linares Rivas. La compañía se propone representar las mejores obras del repertorio español contemporáneo, alternando la comedia con el sainete, para dar de todo, como en botica.

OTRA VEZ "DOÑA FRANCISQUITA"

La hermosa pieza del maestro Vives que tan clamoroso éxito alcanzó entre nosotros, se está dando en el Argentino por una compañía muy completa y competente, que renueva el éxito del estreno.

EL CARTEL DEL SARMIENTO

Continúa dándose con gran éxito la [pie]za de Osorio titulada "Tírate a muer[to]" cuyas múltiples e intrincadas inciden[cias] mantienen en permanente hilaridad a [la] sala durante toda la representación. Se [tra]ta de un acierto que seguramente ha[rá] perdurar largamente en el cartel.

BLANCA PODESTÁ

Un clamoroso y legítimo éxito ha ob[teni]do la ilustre actriz encarnando el pape[l de] León en "La montaña de las brujas" [de] Sánchez Gardel, reprisada en el Smart.

Se anunciaba para estos días el est[reno] de "El delirio del hotelero Bassa", tr[age]dia de Rosso Di San Secondo", que hizo conocer hace poco la Melato en versión original.

LA COCINA DEL IDEAL

La compañía del Ideal ha resuelto [po]ner cocina y servir a los buenos gastr[ono]mos teatrales una suculenta cena todas [las] noches con el título de "El plato del d[ía]". Según los avisos que se hacían, debió [ser] estrenada esta pieza el viernes últim[o]; de ser así, en el número próximo dar[emos] opinión y detalles.

MAIPO

"Las alegres chicas del ídem" si[guen] haciendo las delicias del público. Prob[able]mente son las chicas más favorecidas d[e to]das las que cultivan el género y mie[ntras] la obra envejece en el cartel, ellas se [man]tienen lozanas y frescas, seduciendo [con] sus gracias a los espectadores y esp[ecta]doras, porque estas chicas tienen la v[irtud] de atraer al público familiar que no se[a] el mogigato.

Próximamente será reemplazada la revista del cartel, o sea "Viva la muj[er]" con una producción cuyo título, com[o la] producción misma, está en ensayo.

JOSÉ GÓMEZ EN EL MARCONI

Ha sido muy bien recibida la inte[rpre]tación de "Los espectros", de Ibsen, por José Gómez y los discretos ele[men]tos que le acompañan.

La fuerte e interesante producción [del] autor Noruego gusta al público, demos[trán]dose una vez más que las obras mae[stras] están al alcance de todos los entusias[tas].

En breve será estrenado el drama "[...]rón", original de Folco Testena.

"FEMINA" estrenóse en la COMED[IA]

Hacía bastante tiempo que Carlos R[...] no efectuaba incursiones revisteriles [en] los teatros centrales. El hecho resu[ltaba] sorprendente y no podía durar. Es así [que] de buenas a primeras, he aquí que e[l in]quieto Carlitos avanza por la calle [Pelle]grini, llega al escenario de la Comed[ia y] estrena. ¿Qué estrena esta vez? Una r[evis]ta para mujeres solamente, desde lueg[o del] más riguroso género bataclanero.

Hay algunos cuadros en "Fémina" [...]sables, sobre todo el titulado "El bat[...] andaluz", quizás el mejor; pero hay [tam]bién bastante libertad verbal en la m[...]ría. Se conoce que el autor, antes que [...] ama la libertad...

Las artistas Antúnez, Abaroa, ambas [...]mos, Mir y Peris, se lucieron.

RESUCITÓ AGENOR

Aquella famosa pieza que levantó [...] temporada en el Buenos Aires, "Ageno[r] [...]ladillo", ha sido reprisada por el con[junto] Muiño-Alippi y, como siempre que rea[pare]ce el grotesco provinciano, el públic[o] [...] de su verba pintoresca y sus ocurre[ncias] de tierra adentro.

Prepara Alippi otra revista.

GRAND SPLENDID

Hoy martes 28 se estrenará una [...]ble película, "Juguete del placer", [con] Gloria Swanson, la famosísima est[rella]. Basta ese nombre para prever la expe[ctati]va que producirá la nueva producción [cine]matográfica y el lleno que determinar[á en] esta bella sala.

CAPITOL

Numeroso público viene frecuent[ando] esta sala, dedicada al cine. Se anu[ncian] para pronto notables estrenos.

PAPEL Y TINTA

Historias, por ANTONIO BURICH. Buenos Aires

El señor Burich ha reunido en un elegante tomo, una serie de cuentos de que es autor. No conocíamos trabajo alguno de este escritor que se inicia con este libro que es un reflejo de su espíritu inquieto y por ende una promesa de ulteriores obras más perfectas.

En todas las historias que nos expone el autor de este volumen, se ve la observación, por eso se hacen interesantes. Quizá los argumentos no sean muy originales, pero, están bien trazados y hacen que el lector se sienta atraído por saber su desenlace. Y cuando un escritor logra conquistar al lector, convencerlo o interesarlo, ha conseguido mucho, pues allí está la parte principal para profundizar su sentimiento y convencer.

Quizá en algunos pasajes se note cierto desaliño en la prosa, pero no altera las cualidades del libro. Entre las composiciones son dignas de citarse ''Fatalismo'', ''Amor de criolla'' y ''El jardín'', tal vez las más románticas.

''Historias'' es un excelente libro que debe ser leído.

F. B. V.

El desierto del amor, novela por FRANCISCO MAURIAC. Traducción directa del francés por D. WAINER.

Con la obra mencionada, nuestro colega ''Crítica'' añade un nuevo volumen a la interesante Biblioteca que con tanto éxito viene editando. Trátase de una producción de verdadero valor literario y acerca de cuyo autor se dice, en el prólogo del libro, lo que transcribimos a continuación:

''No sin cierta satisfacción ofrecemos la primera versión castellana de una obra de Francois Mauriac. Hemos seguido con viva atención su carrera literaria a través de novelas magníficas, llenas de vida y dolorosas, como pocas. Dolorosas, tal es la palabra exacta. Dentro del equilibrio de su construcción novelesca suelen unirse graciosamente las más perfectas condiciones de estilo, sensibilidad exquisita, originalidad absoluta, dramáticas descripciones del mundo de las pasiones y de las conciencias y del ''oscuro dominio'' del sexo, con la naturalidad, la vida y la luz en el relato. Mauriac deja siempre un sabor de amarga tristeza. Pocos como él han logrado enfocar de modo tan humano, y tan dolorosamente cierto, el tremendo dualismo de la carne y el espíritu que ha torturado a tantas almas inquietas. En ''El beso al leproso'', sublimiza la compasión infinita hacia la miseria física y sexual; en ''El río de fuego'', es el Deseo el ''leit motiv'' fundamental como en el ''Tristán'' wagneriano. En ''Genitrix'', Mauriac ha trazado uno de los documentos más emocionantes sobre la tristeza de la carne en el dolor augusto de la maternidad.

''El desierto del amor'' reúne sus más bellas calidades de forma y su obsesión de siempre.''

La tragedia humana, drama por Faggela.

En este drama, el señor Faggela nos demuestra que conoce bien sus personajes y sabe dar a cada uno la ubicación que le corresponde. Como obra social, justo es decir que dista mucho de ser un ejemplo. Por momentos parece que el autor pretendiera crear una nueva escuela, no sólo expresiva, sino también doctrinaria. Esto le resta valor y la presenta un tanto confusa.

Savia nueva, versos por Alicia Porro Freire. Montevideo.

Por una desconfianza instintiva, cuando cae en nuestras manos un libro de versos firmado por una mujer, y cuando la firma nos es totalmente desconocida, concentramos toda nuestra buena voluntad en su lectura, procurando amenguar en lo posible los defectos que imaginamos de antemano. ''Savia nueva'' se presenta con el doble agravante de ser la obra de una niña que apenas cuenta diez y siete años, según lo afirma su prologuista. Sin embargo, a medida que doblamos las páginas y saboreamos la frescura y el hondo sentido emotivo de sus versos, convenimos que con la señorita Alicia Porro Freire es justo hacer una excepción. Indudablemente nos encontramos frente a un espíritu selecto y precoz, que sabe penetrar en nuestras almas todas las congojas que le agitan.

''No son los versos de Alicia—dice en su prólogo la señorita Mercedes Pinto— los versos borrosos y dulzones de una jovencita. Son los versos fuertes de una mujer, muy mujer, en el pleno desarrollo de su feminidad.'' Es la pura verdad. Bien lo demuestra una de las composiciones iniciales que lleva el mismo título del libro, cuando dice:

Amémonos ahora que mi tallo está erguido,
—mi corteza es de seda—
Amémonos ahora... ¡Ah! ¡la vida es tan [corta!
Ahora que en tu tallo corre la savia jo- [ven...
¡Ahora que en mi tallo corre la savia [nueva!
Ahora que es crepúsculo en septiembre...
¡Amor es Juventud y es Primavera!

Los trabajos ''Amor'', ''Anhelo'' y ''Crepúsculo'', también acusan un estado erótico, difícil de explicar si nos detenemos en la corta edad de su autora, pero muy aceptables si atendemos a las razones de su prologuista.

Finalmente, recomendamos a la señorita Freire mayor esmero en el manejo del verso, pues no todas las veces un concepto brillante salva una realización deficiente. Y esperamos nuevos frutos de su inspiración, sazonados en el reposo y la serenidad...

E. M. de O.

El ser subconsciente, por el Dr. Gustavo Geley.

Esta nueva obra publicada por la Casa Maucci, de Barcelona, constituye una síntesis explicativa de los fenómenos obscuros de psicología normal y anormal, escrita por el antiguo interno de los Hospitales de Lyon, laureado por la Facultad de Medicina.

Las obras de Geley, malogrado director del Instituto Internacional de Metapsíquica, de París, se completan entre sí y forman un todo armónico. La que anunciamos puede clasificarse de preliminar de la que también editó la misma casa ''Del Inconsciente al Consciente''.

Para extraer todo el jugo que ésta última contiene, es conveniente, casi indispensable, apreciar antes al Ser Subconsciente en lo anormal y en lo normal, cosa que fácilmente se consigue siguiendo paso a paso el estudio que de ello hace su autor en la obra que tratamos. Vale la pena, por lo tanto, de que cuantos tengan interés en capacitarse de la trascendencia filosófica y metafísica que se deriva de la obra ''Del Inconsciente al Consciente'', empiecen por hacerse cargo de los postulados del El Ser Subconsciente. Al recomendarlo así, creemos dar un buen consejo.

Defensa del espiritismo moderno, por Alfredo Rusell Wallace. Editorial Maucci. Barcelona.

La ''Defensa del Espiritismo Moderno'', no es obra nueva: es la segunda edición de la que publicó el Centro Barcelonés de Estudios Psicológicos, y que hace años no se encontraba en las librerías. En su tiempo causó sensación, tanto por la autoridad científica del autor, como por la firmeza con que abogaba por los fenómenos espiritistas.

Hoy, aunque esa afirmación no es necesaria, porque apenas hay hombre ilustrado que se permita dudar de los hechos, no por ello deja de ser un libro de actualidad, en razón a los datos que tiene recopilados y a los trascendentales fenómenos que describe, y en razón, sobre todo, al estudio que hace del ''milagro'', desde el punto de vista del positivismo científico.

Noticia literaria. Un nuevo libro de Fernández Moreno.

En estos días aparecerá la última obra del poeta del verso breve y del campo argentino, titulada ''Aldea española'', publicada a todo lujo por la Editorial Tor. Formará un volumen de cerca doscientas páginas con una hermosa caráctula en tricolor hecha expresamente para esta edición por Sirio. Ya hacía tiempo que Fernández Moreno no nos obsequiaba con sus hermosas poesías y esperamos y deseamos que las anteriores no sean tan brillantes y sentidas como las de ahora, aunque lo conceptuamos defícil; en sus diez anteriores obras el poeta nos ha enseñado la belleza de cosas y objetos vulgares y ha elevado nuestros sentimientos artísticos y patrióticos a lugares que será difícil superar, aunque no lo haya querido reconocer el Jurado Municipal...

Hemos recibido

''El Cóndor'', novela por Pedro César Dominici. Ilustraciones de Victoriano de Vicente Gil.—Edición Tragant. Buenos Aires, 1925.

''Clarisa'', novela realista por Margarita E. Arsamasseva.—Editorial ''El Inca''. Buenos Aires, 1925.

''En torno de Cintia'', versos por Carlos Massini Correas.—Editorial ''El Inca''. Buenos Aires, 1925.

''Vidas turbias'', novela por Jorge Nelke.—Edición Juan Roldán y Cía. Buenos Aires, 1925.

''Lo desconocido, en las ideas y en las instituciones'', por el doctor Arturo Orgaz.—Publicación de la Universidad Nacional de Córdoba, 1925.

Instalaciones de alarma policíaca

Nuestros diarios tienen una gacetilla permanente: la de los robos de mayor o menor cuantía. Aunque después de meses o semanas se logre echar mano de los ladrones, rara es la vez que se recuperan los valores sustraídos, porque razones muy a la vista inducen al nuevo propietario a deshacerse lo más pronto posible del hurto y convertirlo en dinero antes de que su feo proceder se haga público.

Mientras la policía y el crimen luchen con armas desiguales, no cabe esperar una mejora en este campo por mucho que se esfuercen los encargados de la seguridad pública y por grandes que sean las recompensas ofrecidas por los damnificados.

Quien desea y toma lo ajeno contra la voluntad de su dueño, acude a los medios técnicos más perfectos y a los vehículos más rápidos. La policía, en cambio, se ve muchísimas veces obligada a usar instrumentos muy distantes de representar lo mejor del ramo. Con ello concede una enorme y decisiva ventaja a sus enemigos, que, si consiguen adelantarse aunque sólo sea un corto espacio a la policía, tienen la seguridad de que ésta ya no los podrá alcanzar.

De lo expuesto se deduce que la policía podría trabajar con mucho mayor economía de tiempo, dinero y trabajo, si se consigue pedir auxilio en el mismo momento de la iniciación de un robo. Esta llamada tiene que ser, como es natural, fiel y secreta. Así, además, se facilitaría la acción de la justicia, porque al que se coge con las manos en la masa, no le valen mentiras ni subterfugios. Esta última razón merece el aplauso de todas las gentes honradas, y no menor importancia tiene para el individuo particular la conservación de sus bienes.

Recapitulemos lo dicho hasta aquí: es necesario crear un servicio de alarma con fines exclusivamente policíacos. Ora intervenga la mano del hombre, ora sea reemplazada por mecanismos dotados de gran sensibilidad, la alarma se transmitirá en todo caso al local policíaco.

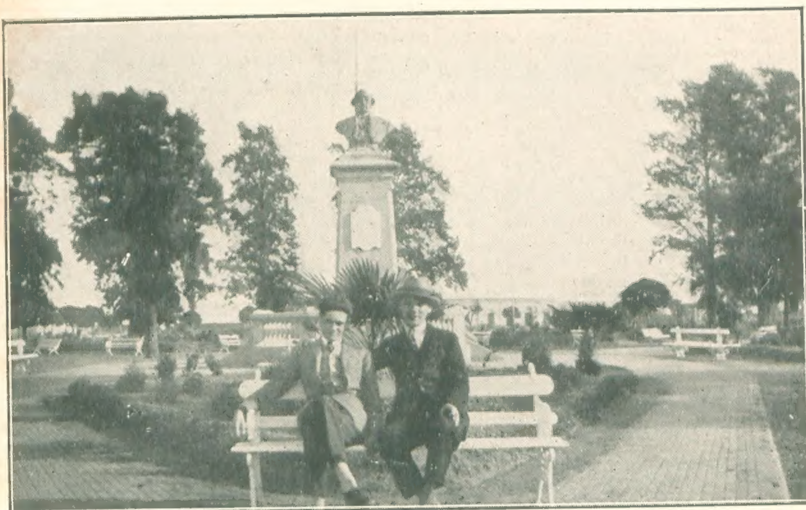
Todas las condiciones antedichas se hallan reunidas en las ''instalaciones de alarma policíaca'' que en los Estados Unidos poseen casi todas las grandes urbes y la mayor parte de las pequeñas. En Berlín se construyó una de estas instalaciones en el barrio donde están situados los edificios del gobierno, y la ciudad do Brunswick hace construir ahora otra.

Las instalaciones de alarma policíaca semejan en su construcción y funcionamiento a los anunciadores de incendios. Determinados principios y sistemas que garantizan una seguridad poco menos que absoluta, permiten construir una red de líneas, todas ellas en comunicación con los cuarteles de policía. En Alemania son por regla general los cuartelillos llamados de asalto los que reciben el anuncio telefónico de un robo; el cuartelillo envía entonces inmediatamente a sus agentes en automóvil al lugar señalado por el número del teléfono. Frente a este sistema tiene el moderno las siguientes ventajas: 1.° el mecanismo es absolutamente silencioso, pues el instrumento anunciador transmite automáticamente el número telefónico, ya sea con una manipulación, ya por medio de un enchufe de seguridad; 2.° la transmisión es instantánea; no es necesario aguardar a que se desocupe la línea para establecer entonces esta o aquella comunicación; 3.° seguridad y claridad de la transmisión. Una ruptura casual o intencionada del hilo transmisor no estorba en lo más mínimo la recepción del aviso. Lo mismo puede decirse del caso en que se transmiten simultáneamente dos o más alarmas por el mismo hilo.

Pero, esta instalación de alarma alcanza su mayor perfección, cuando se proveen de enchufes de seguridad las puertas, las ventanas y todos los puntos de menor resistencia que existen en las casas, bancos, tiendas, etc. De este modo, cualquier ensayo de robo se anunciará inmediatamente en la policía, sin que el intruso se dé cuenta de ello. Así, pues, sin ayuda de tercero, sin arriesgar la vida de nadie, se comunica el hecho delictuoso a la única instancia, cuya incumbencia es la persecución de los malhechores y la única en posesión de los medios más aptos para aprehender a los maleantes. En la inmensa mayoría de los casos lo logrará antes de que el amigo de lo ajeno haya llegado a la realización de sus siniestros planes.



Localidades de la provincia de Buenos Aires.—GUAMINI



Plaza Alsina y busto del general Mitre.



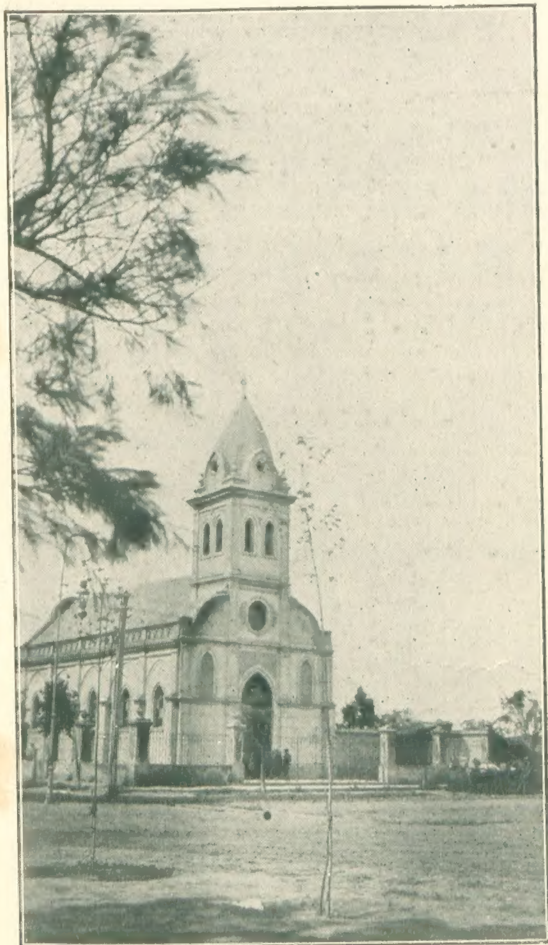
Edificio de la sucursal del Banco de la Provincia de Buenos Aires.



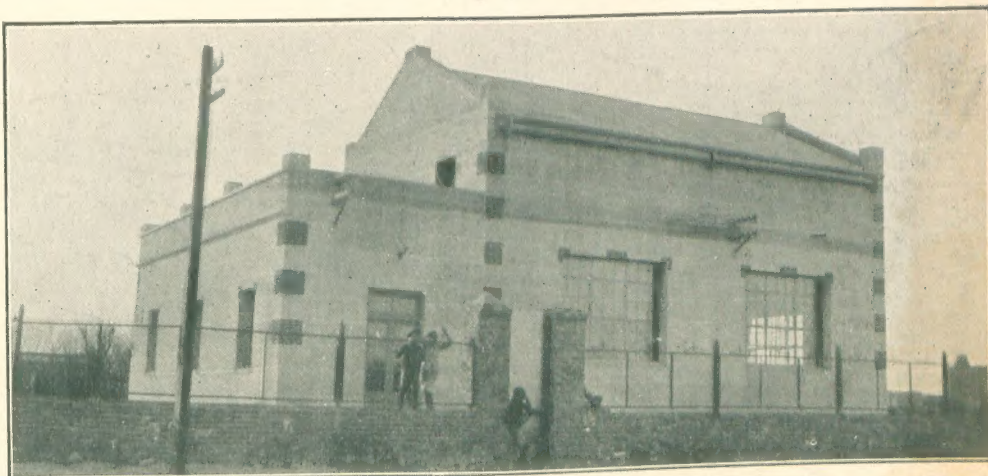
La municipalidad.



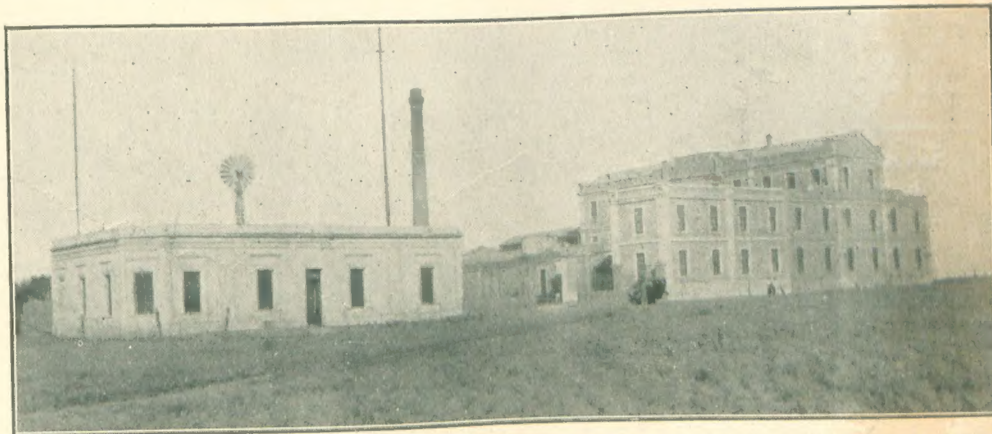
Comisaría de policía.



Iglesia parroquial.



Usina eléctrica.



Molino harinero "El Galileo", de la Sociedad Anónima Guglielmetti Hnos y Zibecchi Ltda.

Fots. Amadeo A. Fino.



GALLETITAS
MORENAS
cubiertas con chocolate

Riquísimas galletitas cubiertas con una fina capa de chocolate. Su higiénica envoltura de papel plateado, les da la delicada presentación de un bombón. Especiales para fiestas, bailes, lunchs, reuniones familiares, etc.

Deléitese con estas ricas Galletitas

Las Galletitas OPERA que elabora Bágley para el placer de los paladares refinados, son exquisitas obleas esmeradamente preparadas con relleno de diez gustos distintos: vainilla, limón, menta, frambuesa, cerezas, chocolate, coco, chocolate con coco, frutilla y naranja.

En cualquier circunstancia, las Galletitas OPERA de Bágley dan una nota de distinción y buen tono. Son insustituíbles tanto en los five o'clock teas como en toda reunión elegante.

Con el te de la tarde y con licores, no hay nada que las supere.

Galletitas OPERA
(deliciosas obleas con crema)
de **BÁGLEY**



En todos los almacenes y despensas.